
3 1761 09544744 7

AYER, HOY Y MAÑANA.

AYER, HOY Y MAÑANA,

ó

LA FÉ, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

DIBUJADOS A LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES.

TOMO III.

PARTE SEGUNDA.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT.
Costanilla de Sta. Teresa, núm, 3.—Madrid.

PARTE SEGUNDA.

HOY,

Ó LA SOCIEDAD DEL VAPOR EN 1850.

UN PRÓLOGO.

Cuando Dios quiera que la industria literaria dé un paso mas, hácia donde ya ha dado tantos otros, ningun autor se verá obligado á perder el tiempo y la paciencia, discurriendo el modo y la manera de escribir un prólogo, introduccion ó cosa semejante, que sirva de preámbulo á sus libros. Una vez hechos estos á mano y pluma, como ahora se hacen y no á máquina, como es posible que se hagan con el tiempo (cuando el libro sea tan digno de proteccion como la camisa) se enviará el manuscrito á la fábrica de prólogos, notas y comentarios, como ahora se envia un par de botas para que las echen medias suelas y tapas. Enton-

ces habrá en esa misma fábrica ó en otras análogas, gran surtido de sinfonías para toda clase de óperas y fondos para todo género de cuadros; y aun es posible que en estas obras de arte y en las literarias, se llegue á mucho mas. Es posible que esas fábricas se encarguen tambien de rellenar las obras ó de estirarlas en el martinete, y que con un pensamiento literario ó artístico, que en cuatro líneas trasmitirá el telégrafo, se haga una novela en cuatro tomos, ó una ópera en cuatro actos.

Pero todo esto, que será posible con el tiempo, es imposible ahora, y el autor de un libro se ve como me estoy viendo yo en este momento, con la pluma en la derecha y en la frente la izquierda, sin saber como empezar este prólogo, ni como le he de decir al público que me permita presentarle mi libro. Y no porque me falte resolucion para hacerlo, sino porque no tengo autoridad bastante para romper con la costumbre establecida por todos los autores modernos en materia de prólogos.

Como la sociedad presiente ya el dia en que el echar un prefacio y unas notas á un libro, ha de ser cosa tan mecánica como la de echarle tapas de

pergamino ó de tafilete, ya se desdeñan los escritores de hacer los prólogos á sus propios libros, y otro del oficio ó un amigo ó cualquier ciudadano que no sea ni amigo ni escritor, hace lo que con el tiempo hará el maquinista: escribe el prólogo.

Por otra parte, esta moda tiene tambien su esplicacion en el ritual de la galantería, y no está reñida sino muy en armonía con las demás costumbres de la época presente. Asi como no basta tener corazon para salir á pelear, ni razon y benevolencia para asistir á un juicio conciliatorio, sino que en ambos casos se necesita un *hombre bueno* que haga las veces de padrino, asi es natural que el libro, que sale á pelear contra los abusos, y á conciliar los ánimos y las opiniones de los lectores, necesite un padrino que le sirva de hombre bueno.

Es pues indispensable un .prologuista, y yo que presumo de venir á retratar las costumbres de estos tiempos, he sido un menguado en no haberlo advertido antes de ahora, para buscar, con la anticipacion debida, un amigo que me hubiera sacado del apuro antes de que las gentes hubieran

echado de ver que me hallaba apurado; y antes tambien de que, apremiando la necesidad de dar el libro á la estampa, no pueda disponer del manuscrito el tiempo necesario para que el autor del prólogo le examine con la detencion que el caso exige. Pero sea como quiera yo no puedo dispensarme de hacer lo que hacen otros, y puesto que una casualidad, que no creo del caso referir ahora, me ha proporcionado un prologuista mas ó menos literato, que me saque del compromiso, suplico al lector que espere dos horas, que es el plazo que me ha pedido para hojear el libro y escribir el prólogo, que le daré á continuacion..... .

. . . .

Y en cumplimiento de lo ofrecido y no sin pasarme la mano por la cara para limpiarme el rubor que me causan los elogios, que yo mismo me veo obligado á publicar de mí mismo, allá va ese peloton de líneas sueltas; especie de prosa vestida de verso, que ahora se usa en este carnaval sintáxico en que á su vez los versos se disfrazan de prosa.

PRÓLOGO.

Ardet, inflat, jugulat.
(J. Scaligero).

Satira quæ ridendo corrigit mores.
(Horacio).

Lassus Amyclea poteris requiescere pluma
Interior cycni quam tibi lana dedit.
(Martial).

Un libro nuevo es cuando menos un libro mas.

Esto ya es algo.

En España faltan muchas cosas.

Por eso no sobran los libros.

Diez años hemos aguardado el presente.

Nunca es tarde si la dicha es buena.

Nosotros somos muy amigos de su autor.

Quisiéramos no serlo para elogiar su libro.

Pero *amicus platus, sed magis amica veritas*, que dijo el latino.

Recomendamos su lectura.

La obra del Sr. Flores será la maravilla de los tiempos venideros.

El nombre de su autor irá unido á los de Ennio, Nevio y Pacuvio.

Estos fueron los primeros satíricos del mundo.

Tambien Cayo Lucilo hizo grandes sátiras.

No le fué en zaga Juvenal.

Pero Marcial es el gran epigramático latino.

En tiempos posteriores tenemos á Quevedo.

Mateo Aleman, Mendoza y otros, han escrito obras de costumbres.

Las costumbres de un siglo son su historia.

La historia de los pueblos es la vida de la humanidad.

La humanidad es la fuente de toda filosofía.

La filosofía es la ciencia de la vida.

Asi lo afirman varios filósofos.

Los que no lo afirman, no lo niegan.

Por no parecer pedantes omitimos nombres propios.

Los sábios de todos los siglos robustecerian nuestra opinion.

Pero haríamos interminable este trabajo.

Le daremos fin con estas palabras.

Resumamos:

Un libro nuevo es un libro mas.

El del señor Flores se echaba de menos.

Esto es incuestionable.

Felicitamos á su autor.

Ha adquirido una envidiable fama.

Dios se la prospere.

Así lo desea, su afectísimo amigo

El Baron de la Taravilla.

ACADEMICO DE SU LENGUA.

INTRODUCCION.

De prisa y corriendo, lector, porque este siglo de las carreras de caballos quiere que todo se haga corriendo y de prisa, vengo á saludarte y á pedirte permiso para continuar mi obra. No extrañes por lo tanto que no me detenga á darte gracias por la favorable acogida que has dispensado á la primera parte, y si eres igualmente benévolo con la segunda, antes de dar principio á la última aprovecharé un momento para rogarte que hagas lo mismo con ella. Por ahora solo tengo tiempo para decirte: que los inquisidores tomaron las de Villadiego, que en pos de ellos se fueron los alcaldes de Casa y Córte, y que alumbrados por el faro de la civilizacion, con viento de libertad por la popa, y con bogadores románticos, hemos perdido de vista el pasado y venido

á las playas del presente, que están á media milla del porvenir.

El cañon de los invasores nos hizo brincar sobre el lecho en que dormíamos con el sueño de los inocentes la siesta de los cándidos; desde la cama y sin mas ropa que la puesta, pasamos al carro de la revolucion, y arrastrados de precipicio en precipicio, hicimos en pocas horas las jornadas que debimos haber hecho en muchos años.

El carbon de piedra nos hizo luz en el camino, y al resplandor del gas nos pareció horrible el esqueleto del AYER; y apretando el paso, gracias al descubrimiento del vapor, pudimos llegar al HOY, desde donde vemos brillar en lontananza la chispa eléctrica que anuncia el MAÑANA.

Escamoteados por los extranjeros; apaleados por nosotros mismos; tan pronto vencidos como vencedores; ora huyendo y haciendo huir mas tarde; trocando la cogulla por la casaca de dos colores; el crucifijo por el sable, y las rogativas y los sermones por la insurreccion y los discursos patrióticos, hemos vivido la mitad del siglo XIX en una sociedad de perseguidos y perseguidores, emigrando por tandas al extranjero, para que el mundo no ignorara nuestras fraternales disensiones.

Avergonzados, vergüenza muy natural, de haber sido tanto tiempo ignorantes, quisimos ha-

cernos de un golpe sábios y sábios completos. El español que salió peor librado resultó doctor *in utroque*; pero no *in utroque jure*, sino *in utroque mundi*. De cada café salia una espuerta diaria de sábios; los corrillos de la Puerta del Sol rebosaban sabiduría á todas horas; y hubiéramos muerto de plétora de intelijencia, á no haber tenido la suerte de dar colocacion á los sábios de mas empuje, en las plazas que dejó vacantes el absolutismo, y en las muchas nuevas que trajo consigo la Constitucion.

Como no habia tiempo que perder, porque todos estaban conformes en que se habia perdido demasiado, ni siquiera pudimos detenernos á sortear los destinos, ni menos las reputaciones, y la que de estas se hizo mas de prisa fué la mejor de todas. Era urgente poner en escena la obra nueva, y se repartieron de cualquier modo los papeles. Así cuando hubieron pasado los primeros ensayos, empezó á conocer el público que eran demasiado malos los actores para una representacion formal y sería. Entonces se pensó en sacar á oposicion en el parlamento la plaza de director de escena y las de los primeros galanes, y aun se creyó que no sería malo llamar á concurso para proveer las de los otros actores de escalera abajo. Pero ya era tarde.

El hombre de Estado habia hecho profesion de serlo toda su vida; el tribuno monopolizaba la

elocuencia; el militar no soltaba el sable de la mano; el literato juraba que moriria siendo el mas distinguido; el artista se declaró inimitable y todos se hicieron inamovibles.

Así, mas ó menos silbadas, continuaron las primeras representaciones del sistema representativo, y aunque no dejamos de probar en ellas nuestro amor á la patria independencia, nuestro valor cívico y otras virtudes patrióticas que habrian puesto muy alto el nombre español, como el líquido habia estado fermentando mucho tiempo en el frasco, tenia algunas heces que al derramarse por el suelo viciaron un tanto la atmósfera. La libertad no habia tenido tiempo para sacudirse el polvo de la servidumbre, y en vez de darnos una tabla de derechos civiles, nos dió una manoplia de arreos militares; en vez de sacar la lengua desenvainó el sable, y encargó á los cañones que repartieran, sin violencia, la igualdad, y que difundieran, á cañonazos, la civilizacion.

El cuadro de esas pacíficas predicaciones, que no pueden gloriarse de haber hecho gran número de convertidos, deberia ser el asunto principal de esta segunda parte, si nos propusiéramos seguir paso á paso los de la civilizacion y la libertad; pero no tenemos fuerza para tanto. La pluma con que contamos para escribir estos cuadros, aunque es de hierro, tiene los puntos har-

to blandos, y no nos atrevemos á llevarla adonde acaso no le fuera fácil salir.

La asomaremos breves momentos á la testamentaría de don Cándido Retroceso, cuya última voluntad hemos trascrito en el final de la parte primera, y eso será todo lo mas que nos entremetamos en tan delicada materia.

Allí oirá, aunque no tenga el oido muy fino, los discursos solfeados de los patriotas, y las palizas purificadoras de los realistas; y verá, sin esforzar mucho la vista, como se reparten los primeros la herencia, y como deshacen los segundos las partijas en nombre de un menor de edad que se hallaba entre los herederos; y sobre todo, por que habian echado la cuenta sin la huéspeda.

Pero esto lo haremos mas tarde; cuando tengamos mas confianza con el lector para darle una paliza y cantarle el *trágala*, ó para encerrarle en un calabozo y entonarle la *pitita* desde la calle. Por ahora nos limitaremos á copiar las cosas tal cual se hallan, sin meternos á averiguar quien las ha puesto así, ni porque no están de otro modo.

Conque, amigo lector, que amigo y muy amigo te necesitamos en estos momentos, si al empezar esta obra te suplicamos que cerrases los ojos y suspendieses el habla, ahora te decimos que sueltes la lengua, porque una mas donde funcionan tantas es pecata minuta y puedes abrir

los ojos sin miedo para ver á la luz del gas las maravillas del vapor.

Tambien AYER te rogamos que no replicaras ni discutieras, y HOY te encargamos y aun te exijimos, que hagas todo lo contrario. Y esto, que te parecerá una contradiccion, consiste en que la privacion es causa del apetito, y no hay nadie mas hablador, que el que ha pasado mucho tiempo por mudo.

¡Quién ha de extrañar que los hijos del *silencio* sean los padres del *charlatanismo*!

Pasa, lector, la vista por el cuadro que sigue y por los demás que tenemos preparados, para retratar esta sociedad de las cerillas fosfóricas, y verás como no hay nada mas cierto que lo que acabamos de decir.

Y mientras tanto, Dios te guarde y á nosotros nos tenga de su mano, para que no se escapen de entre las nuestras los objetos que hemos de examinar, si nos lo permiten el magnetismo que hace bailar las mesas y los veladores; el ferro-carril que nos roba los parroquianos llevándolos á escape por esos mundos de Dios, y el telégrafo eléctrico que nos quita los pensamientos como un verdadero jugador de manos.

EPIDEMIA REINANTE

ó

FLUJO DE HABLAR PERMANENTE.

Primer cuadro crónico de la escuela del VAPOR, en este museo de AYER, HOY y MAÑANA.

Gracias á Dios que tenemos papel contínuo, y plumas de acero, y tinta permanente, y goma elástica para borrar la permanencia, y tinteros de presion, y obleas de piston, y papel secante;

Gracias á Dios que ya podemos hacer los cuadros cortos ó largos, segun convenga al asunto, sin que el mezquino tamaño del papel de tina corte el vuelo á nuestra fantasía;

Gracias á Dios, repetimos, gracias á Dios, que ya podremos decir sendas claridades y dibujar

toda clase de figuras, sin que se doblen ni se cansen los puntos de nuestra pluma metálica;

Gracias á Dios, y despues de Dios á la industria inglesa, que ya el papel ha sacado los pies de la tina y emparejado con el mas gigante de los lienzos, anda, anda, Dios sabe hasta donde;

Gracias á Dios, decimos por última vez, gracias á Dios, que hemos atravesado el desierto arenal de la ignorancia y venido á este florido vergel de la inteligencia.

A este paraiso perdido por nuestros padres, y que nosotros hemos hallado para gloria del presente siglo y regalo del venidero.

La época que corre, que no la que ha corrido ni la que ha de correr mas tarde, es la madre de la sabiduría, la patria de la inteligencia, la cuna de la ilustracion, el manantial de la abundancia, el non plus ultra de la prosperidad y de la perfeccion humana.

La época presente es ni mas ni menos que aquella piedra filosofal que tantas veces buscaron en vano los alquimistas de la antigüedad.

Para nosotros estaba reservada la grande empresa de hacer la felicidad del género humano.

Nosotros somos los buenos, nosotros, ni mas ni menos.

Nosotros somos los que hemos extinguido la pobreza, inventando la palabra *filantropía*;

Nosotros somos los que hemos cegado los

manantiales de la miseria, con solo decir que ya estaban abiertas las *fuentes de la riqueza pública*;

Nosotros somos los que hemos suprimido el diezmo, para establecer el diezmo y el décimo quinto y hasta el décimo nono;

Nosotros somos los que hemos quitado las contribuciones, sin hacer otra cosa que llamarlas *donativos forzosos*.

Nuestra es la gloria de haber creado el *papel-moneda*, para que el oro del Perú no nos asustara, diciendo que ya no queria venir á visitarnos;

A nosotros nos deberán las generaciones futuras el haber cavado la tierra hasta llegar á percibir el olor de la plata, que debe de estar en la quinta entraña del globo;

Nosotros somos los que hemos descubierto que los *talones* del Banco valen cien millones de veces mas que el de Aquiles;

Nosotros, somos los buenos, nosotros, ni mas ni menos.

Tú y yo, lector, tú y yo, que hemos tenido la dicha de nacer despues que nuestros padres, somos los maravillosos autores de las infinitas maravillas que encierra este mundo maravillero en que vivimos;

Nosotros somos los que peleando á la luz del fósforo, hemos derrotado el pedernal y puesto en vergonzosa fuga el acero y la yesca de chopo;

Nosotros somos los que cansados de que el

talento estuviera siempre encerrado en la cabeza, le hemos bajado á las piernas, y en vez de ligas, ceñimos laureles á los pies de las bailarinas;

Nosotros hemos mejorado las artes, sin mas que hacer un uso contínuo de la palabra *artista*; hemos perfeccionado las ciencias, abaratando las borlas de los doctores, y hemos hecho tantos ingertos en el árbol de la sabiduría humana, que ya tocan las ramas en lo divino.

En suma, tanto hemos hecho los hombres de HOY, que es posible que por no tener nada que hacer se mueran de tedio los de MAÑANA.

Porque no creas, lector, que todos nuestros trabajos están á la vista, ni que hay comenzada sino una pequeña parte; porque nuestra riqueza no consiste en lo que contamos de presente sino en lo que esperamos contar mas adelante.

Los hombres de AYER tuvieron un gran caudal de fé y nosotros le tenemos de esperanzas.

El arsenal de nuestros *propósitos* está tan provisto de todo, que no deja nada que desear.

Nos *proponemos* que el hombre sea libre; cosa que le sorprenderá sobremanera cuando llegue el caso; *pensamos* darle derecho á todo cuanto ve y aun enseñarle lo que jamás ha visto; *tratamos* de igualarle á todo lo criado, para que todo lo criado sea igual á él; y *haremos* lo posible y mucho mas, para instruirle y civilizarle.

Proyectamos toda clase de mejoras materiales,

no para que nos llamen materialistas, sino para espiritualizar la materia hasta ponerla mas sútil que el espíritu.

Hemos pensado tambien en que seria bueno dar una mano, y aunque fueran las dos, á la administracion de justicia, para que los magistrados sepan á qué atenerse y los ciudadanos á qué palo quedarse.

Tambien *se nos ha ocurrido*, y algo tenemos *proyectado*, acerca de la libertad del pensamiento y la del comercio, y la de la industria; pero son muchas libertades para dejarlas ir juntas, y las tenemos en observacion en la censura y en el arancel hasta mas adelante.

Ultimamente, no hay nada sobre que no hayamos hecho un *propósito*, incluso el de arrepentirnos de lo que HOY estamos haciendo, y el de la enmienda para lo sucesivo.

No habrá cosa que inventen los hombres de MAÑANA, que ya no hubiésemos *proyectado* nosotros. Y si tratan de asustarnos con decir que ellos van á volar, no podrán llevarnos de ventaja sino la mitad del invento; porque si ellos descubren la manera de ir hácia arriba, nosotros sabemos ir hácia abajo, y estamos pata.

Pero es inútil que nos cansemos en enumerar todas las habilidades de la generacion presente. Si lo dicho no basta para comprender lo mucho que valemos por lo que ya somos, y lo que po-

dremos valer por lo que proyectamos, quede sentado que hasta las cosas mas nimias han fijado la atencion de nuestros mas grandes hombres.

Nadie, amigo lector, nadie nos gana á previsores ni á proyectistas. Bien haya la discusion y la charla que hemos tenido desde que nos cayó de la boca la santa mordaza que nos puso la santidad del Santo Oficio.

Imposible parece que sin detenernos á echar en la alforja un poco de prudencia y algo de ilustracion, y algo y aun algos de moralidad, hayamos emprendido con tanta fortuna el camino de las reformas!

¡Y de qué manera le hemos andado! ¡Y cuánto en poco tiempo hemos corrido!

Abre bien los oidos, lector, ábrelos de par en par, que no quisiera que se te escapara ninguna palabra, porque aquí las palabras valen mucho mas que las obras.

Y te encargo que si algun hombre de AYER, comete la imprudencia de venir á este museo del VAPOR, le cojas del brazo para que no caiga al suelo, mareado por el torbellino de los siguientes cuadros.

CUADRO SEGUNDO.

Los gritos de Madrid ó la publicidad en mil ochocientos cincuenta.

Aquella voz débil, enfermiza y escasa, conque la España de 1800 anunciaba su existencia en el mundo industrial y mercantil, se ha convertido con el trascurso de medio siglo, no ya en una voz fuerte y robusta, sino en una gritería descompuesta y atronadora.

El primer grito de esa orquesta diabólica, es el que lanza la tierra, herida en sus entrañas por el incansable pico de los mineros, á cuyo eco lúgubre responde el atronador rodar de los carruages, el látigo de los cocheros, las imprecaciones de los mayorales, el silbido de la locomotora, los chillidos de la gente que huye atropellada y los

ladridos de los perros que se apartan por no dejarse atropellar.

A ese grito constante que ensordece la atmósfera, se junta el murmullo de los logreros, las confidencias de los bolsistas, el contínuo y desesperado vocear de los vendedores ambulantes, la campanilla chillona de los carros de la basura, la trompeta de las diligencias, el espeluznante arañar de las arpas, el chirrido de los organillos y cien ecos distintos que lanzan al aire, el martinete de los herreros, el tableteo de los molinos de chocolate, y el áspero galopar de las incansables máquinas de vapor.

La autoridad municipal no supo lo que se hizo al mandar que los infelices vendedores no pudiesen pregonar sus mercancías despues de las diez de la mañana. Semejante disposicion es inútil; no alivia en nada la agresion que la industria y el comercio cometen con nuestro pobre tímpano, criado con tanto regalo y tanto silencio en los calabozos del Santo Oficio.

El vendedor de mas pulmones no logra otra cosa sino arrojar un eco débil tísico, que rasga entre sus ruedas la diligencia que pasa volando y que apaga por completo el eco sordo que la va siguiendo.

¡Qué importa una voz mas ó menos, ni qué vale medio millon de gritos humanos, junto al bostezo de una locomotora, que parece encerrar

en sus pulmones de hierro todo el aliento de la humanidad!

Si quereis calmar el extremecimiento nervioso en que nos hace vivir la diabólica vibracion de la atmósfera; si pensais que el espíritu necesita algunas horas de reposo, mandad que cada mes haya una Semana Santa, y así tendremos cuarenta y ocho horas de descanso, sin las campanas que atruenan y los coches que aturden y el ruido de los obreros, que hace insoportable la vida en las grandes poblaciones.

¡Qué vale el enfermizo pregon de la verdulera, junto al contínuo martillar del arquitecto, que á fuerza de clavos se afana por terminar en marzo la jaula que empezó en febrero y que ha de estar alquilada en abril!

Y si al ruido del clavo, y al de la viga que se deja caer en tierra, y al del picapedrero que labra los sillares, añadís los gritos del carretero que canta los pares de ladrillos que entrega, y los del guarda, que los recibe contados, vereis que no vale la pena de suprimir un grito en una atmósfera de gritería, de confusion y de espanto.

Pero, dispensadme, queridos concejales; perdon una y mil veces, señor corregidor, por haberos dicho que vereis tal ó cual cosa, sin acordarme de que la bulla de la atmósfera no deja ver nada. Los gritos de la cal, cuyos autos de fé se hacen en medio de la calle; los del yeso, que sal-

ta al sacudir los costales en el arroyo, y finalmente, los que arranca el pavimento al sentirse arañado por las escobas de la villa, llenan el aire de una nube de polvo, que mal año para los físicos que dijeron que el aire es inodoro, incoloro é insípido. Hubiéranle ensayado en la córte y tendríanle por muy sápido, de mucho color y de olor tanto que no tendrian nada que pedirle.

Los pozos de aguas inmundas ponen tambien el grito en los cielos, rasgando la mordaza de piedra que les cubre la boca; ¡tan llenos de razon están los infelices!

El empedrado no grita, ni dice esta boca es mia, á pesar de que tiene tantas como piedras le faltan, pero se encarga de hacer gritar á los transeuntes, divirtiéndose en romperles, primero el calzado y luego el mejor conservado de sus callos.

Los carruages le arrancan sin compasion todos los huesos de la boca, pero cuando él logra coger una rueda, en alguna de sus mellas ó baches, tiene funcion completa y el público uno de sus mas gratos y mas económicos divertimientos.

No son, sin embargo, ninguno de los que quedan dichos los verdaderos *gritos del Madrid de* 1850.

Que hoy se pregonáran por las calles un millon de artículos, en vez de ciento que se ven-

dian antes, nada tendria de particular, ni habríamos intentado el escribir este cuadro, para añadir en él las voces con que HOY se anuncian las mercancías de AYER, ni las que se han inventado para las nuevas mercancías que salen á la plaza.

Hemos dicho que ha sido tal el ensanche que ha recibido el arte de gritar, que ya nadie sabe lo que grita y esto se ha convertido en una verdadera Babilonia.

Así pues, querido lector, te aconsejo que ábras los ojos y cierres los oidos, porque el dios Mercurio, que ha debido quedar sordo-mudo en fuerza de gritar, se ha puesto de acuerdo con Guttemberg, y para todas sus necesidades se vale de la imprenta.

Acércase el comerciante á una máquina de imprimir, refiérela su cuita, y en cinco segundos le entrega la máquina cinco mil gritos, que pegados en las esquinas, repartidos en los cafés, y arrojados á domicilio, por debajo de las puertas, anuncian la cosa en venta á satisfaccion del vendedor.

Las esquinas han protestado diferentes veces, al ver que las bizmaban y las entablillaban sin tener en cuenta su robustez, y hasta pensaron años atrás en nombrar un procurador que las defendiera de la invasion de los industriales; pero estos gritaron tan alto, que las esquinas queda-

ron convencidas de que no tenian razon para quejarse. Porque una de las cosas, y esto lo digo al paño, que se han logrado con los adelantamientos de la gritería, ha sido probar que el que mas grita es el que tiene mas razon.

Pero ya se vé, las esquinas, á pesar del flamante descubrimiento del magnetismo animal, (cuyas propiedades giratorias, aunque animales, las ha descubierto un ser racional y las han propagados otros seres *ejusdem fusfuris*) las esquinas no se mueven y no era cosa de obligar al comprador, á que pasase por delante del anuncio. Parecia natural que el anuncio se tomase la pena de ir en busca del comprador; era preciso que la esquina girase y anduviese; y con efecto, pásmate, lector, y tén cuidado de que no me oigan los inquisidores de AYER, las esquinas se mueven y andan.

¡No ves alzarse, sobre ese mar de cabezas que invade la calle, un estandarte que sigue el movimiento de la gente y anda de un lado para otro, haciendo alto de vez en cuando! Pues no esperes que le sigan frailes franciscanos, ni los niños de la doctrina, ni las mangas de la parroquia. Ese estandarte no anuncia una procesion; anuncia un periódico ó un libro ó un diorama ó la rifa de alguna tienda ó cosa de menos valor, como por ejemplo, la aparicion de un gigante ó de un enano, ó de un feto de siete cabezas y cuatro pares de brazos.

Ese estandarte no es otra cosa que un cartel, que aburrido de estar en la esquina sin llevar parroquianos á su dueño, se dejó enclavar en la punta de un palo y en brazos de un pobre de San Bernardino, anda gritando por las calles de la córte.

De noche le verás tomar la forma de los antiguos faroles de retreta, aclarando su voz con un sorbo de aceite ó con una vela de sebo, pero siempre gritando, y siempre sus gritos al alcance de las gentes que saben leer, que aun no son todas.

Pero tú dirás, y en tu vida habrás dicho cosa mas acertada, que el movimiento de ese cartel no es el de la esquina en que estaba pegado, y que si el magnetismo animal no ha hecho mejores pruebas de sus facultades se-movientes, el magnetismo animal es una farsa. Y aunque si esto dices, tampoco te falta razon para decirlo, no por eso has de creer que los esquinazos están quietos y siguen haciendo el poste como en tiempo de tus abuelos. Seria un gran disparate pensar que la industria, que ha sabido darse trazas para arrastrar con una sola máquina toda una poblacion, se habria de detener ante la dificultad de mover un esquinazo.

Asómate al balcon, y si vives en piso principal te ahorras la pena de asomarte, y mira esa esquina llena de anuncios y carteles que anda por en-

medio de la calle pregonando todo género de mercancías.

Un pequeño cuadrúpedo basta para darla impulso, y es admirable la inteligente paciencia con que el buen animal detiene el paso cada vez que algun curioso quiere leer un anuncio.

Excusado es decir que los gritos de esa esquina ambulante son tan elocuentes, tan iniciativos y tan apetitosos, como todos los que adornan los guardacantones, y los que forran los pisos bajos de las casas; subiéndose ya, por falta de terreno, hasta los pisos cuartos y los quintos, con ánimo sin duda de ver si bajan á comprar alguna cosa los habitantes de la luna.

Citaria, sin embargo, algunos de los mas notables sino pensara á renglon seguido ó á capítulo inmediato, dar un cuadro especial de todos ellos. Cosa que me será en extremo fácil, con solo retratar el *Diario oficial de Avisos*, que ha tenido la complacencia de venir á mi gabinete para que dé al público su importante y amena caricatura.

De las muestras de las tiendas diré únicamente cuatro palabras, que bien las merecen sus dueños, siquiera por los grandes gastos que van haciendo en ellas, anunciando sus nombres con letras de oro y trasmitiendo á la posteridad sus apellidos en láminas de bronce.

Sus apellidos, no los de los géneros que ven-

den, cosa que al parecer les importa callar, sino los suyos propios, de lo cual maldito si debe importarle nada al comprador.

Crucificado entre dos guarismos, que suelen ser el número de la casa repetido, se vé un *Pedro Fernandez*, ó un *Juan Gutierrez*; personas ambas que deben saber de sí mismas todo lo que el público ignora, y cuya tienda pasa en blanco el que no busca Pedros ni Juanes, sino que va á comprar lisa y llanamente zapatos ó pantalones, y no entra allí porque ignora lo que vende aquel señor, que á guisa de lápida mortuoria, pone sobre la puerta de su vivienda el número del nicho y el apellido del difunto.

Esta costumbre se ha ido poniendo en tanta boga, que las calles de Madrid mas parecen HOY un índice de sangre de la Inquisicion, ó un empadronamiento vecinal, que un repertorio de anuncios.

Y es indudable que la vanidad de los comerciantes quedará con esto mas satisfecha, pero no lo estará tanto el libro de caja.

Andando el tiempo, y á costa de su dinero, lograrán que el círculo de sus parroquianos sepan que donde dice *Rodriguez*, se debe leer *almacen de curtidos* ó *tienda de comestibles*; pero el forastero que necesita comprar una libra de queso ó media de garbanzos, no entrará á buscarla allí donde dice:—*N.º Dorados* 13.

Por absurdo que le parezca creer que hay un almacen de números treces dorados ¿no le será mas fácil creerlo así, que no pensar que el dueño de la tienda se llama Dorados, que vive en el número 13 y que vende aceite, jabon y velas?

Si al menos tuviera los géneros por de tan buena condicion como su apellido, ya se le podria perdonar que sacase al aire su cacho de genealogía; pero decir cómo se llama, cuando nadie se lo pregunta, y no decir lo que vende, que es lo que todos le han de preguntar, es una cosa imperdonable.

¡Y cuándo les da por callar el apellido y revelan el parentesco, anunciándose con el título de los *dos hermanos* ó el *padre y el hijo*, *ó los sobrinos*, sin añadir una sola palabra mas, á pesar de las muchas que caben en la muestra!

¡Y qué diremos del otro que no vende alfabetos, ni ovejas merinas, y sin embargo se contenta con decir, *á las* 25 *Bes*, y las pone una tras otra todas en hilera! ó de su vecino el *Cetro de oro*, que si vende alguna cosa de metal es cobre, plaqué ú hoja de lata!

A la villa de Pekin, dice una muestra y es el anuncio de loza de Talavera; *á los Estados-Unidos*, se lee en otra tienda, donde todos los géneros son catalanes; *la Providencia*, vende papalinas y encajes; la *Cruz de Malta*, es un almacen de navajas y alfanjes moriscos; *el Anacoreta*, ven-

de objetos de lujo para el tocador de las señoras; y en suma, amen de la concision de los rótulos, estos no están nunca en consonancia con los géneros cuya venta pregonan.

Altisonantes lo son todos, desde la mas hiperbólica de las hinchazones hasta la mas hinchada de las hipérboles.

Recientemente les ha entrado á muchos la manía de las *especialidades*, y no parece sino que la serpiente de Iriarte les ha dicho como al pato de la fábula:

que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.

Tal es el afan con que el uno procura ser diestro en el córte de pantalones, y anuncia en letras, grandes como piernas de hombre de siete pies, *especialidad en pantalones*; el otro dice, *especialidad en cuellos de camisa*, ó en *tacones de botas*, ó en *conteras para bastones*, ó en otra cosa cualquiera; hasta el punto de haber salido á relucir la *especialidad en pastillas de goma*. Hallazgo de gran consecuencia cuando el termómetro anuncia su *especialidad en* 8 *bajo cero*, y empiéza la especialidad de los catarros á buscar la especialidad de las pastillas.

La primera de esas especialidades, y la que aun sigue á la cabeza de todas, es la que de la

noche á la mañana apareció á la puerta de un francés, que noche y mañana se tomaba la pena de calzarnos la mano. A este guantero, que á decir de los elegantes es maravilloso en su oficio, no le dimos el pié de manera que pudiera decirse que le habíamos dado el pié y él se tomaba la mano, sino que le dimos esta y él nos tomó todo el cuerpo. Metióse lo que se llama en camisa de once varas, y como si toda la vida hubiésemos andado en cueros, se descolgó con una gran muestra, que decia: —*Al regenerador de la camisa.*

Semejante especialidad ha tenido diferentes especialísimas maneras de ser vista; y como la mayor parte de las gentes tienen necesidad de llevar la camisa zurcida, son pocos los que han podido llevar alguna á regenerar.

¡Con cuánta mas razon pudo haberse llamado regenerador de la camisa, el que inventó la manera de convertirla en papel de fumar ó de escribir!

¡Es poca la regeneracion que sufre la camisa en poder del modesto trapero que la vende á una fábrica de papel para que la convierta en billete de 4,000 reales, ó en título del 3 por 100, y finalmente en un talon ó en muchos talones de Banco! Porque de una camisa, (y allá va este problema á los que la mudan con tanta facilidad) de una camisa, bien podran salir una docena de talones de Banco. ¡Y sin embargo, el trapero la compra

por seis maravedís y la vende por seis ochavos! ¡Oh! pasmoso desprendimiento del dueño de la camisa, y sublime abnegacion del trapero! ¡Y ninguno de ellos se atreve á llamarse regenerador de la camisa!

No hay que desconfiar por nada, querido lector; aun hay modestia trapera en este siglo de los cambiantes de ropa.

Aun hay... pero volvamos á nuestro asunto y sigamos examinando los gritos de la córte, aunque sin entrar de lleno en el exámen crítico-ortográfico y crítico-racional de las muestras, porque esta tarea requiere grande solemnidad y no puede ir separada de la de los escaparates ó exposicion perpétua de artes, industria y comestibles.

Cuando destinemos un cuadro especial á esa tarea favorita de las señoras; cuando *vayamos de* tiendas, mientras las damas que nos acompañan, se franquean con el tendero, nosotros examinaremos la conciencia de su escaparate y de sus anuncios.

Ahora nos interesa dar principio al retrato del *Diario*, que ya nos está aguardando en el gabinete, y no es cosa de darle chasco.

Por conclusion á este primer artículo de gritos, y ya que hemos hablado algo de las muestras, daremos noticia de una que hemos visto recientemente y dice así: GRAN FABRICA Y DESPACHO DE NO.VELAS. 3.

Como que los negocios del vecino Imperio, no se oponen á que emigren algunos franceses, lo primero que nos ocurrió fué pensar si estaria en Madrid el famosó abastecedor Alejandro Dumas, y trayendo consigo su máquina de cien volúmenes por segundo, le habria dado la gana de establecer una fábrica de novelas. Tambien pensamos que aquella seria la imprenta de alguno de los editores castellanos que tienen en la córte los escritores franceses; y por último, nos decidimos á entrar en la fábrica de novelas á pedir una cualquiera.

—¿Quiere vd. de las de seis, ó de las de cinco en libra? nos preguntó el hombre que estaba en el despacho.

—¿Pues qué ya se dan al peso? le preguntamos sorprendidos.

—Siempre se han vendido así, contestó el hombre; por arrobas, medias arrobas y cuartillas.

—Saque vd. de las de á seis en libra, le dijimos por salir del paso.

¡Y qué dirás, lector, qué dirás que nos sacaron!... ¡Un manojo de velas de sebo!

Salimos avergonzados de nuestra torpeza, en no haber adivinado la del pintor que hizo la muestra, pero compadecidos del fabricante volvimos á hacerle notar el disparate que pesaba sobre su establecimiento y él nos dijo sonriendo:

—Usted ha leido mal, caballero, ahí dice bien claro, Gran fábrica y despacho de velas, número 3.

—Eso quiso poner el pintor, le replicamos, pero no lo ha puesto. Vea vd. como está escrito.

—Si lo sé, me dijo el fabricante de novelas de sebo, si yo mismo le dí el modelo.

—Vd. perdone, le replicamos.

—No hay de que, nos dijo, hay muchos como usted que ignoran que una N y una O son la abreviatura de la palabra número.

Figúrate, lector, ¡á lo que nos expusimos por entender de abreviaturas! Lo que hicimos fué abreviar el paso de tal modo que no dejamos de correr en todo el dia.

Y, sin embargo, en todo lo que anduvimos no habia otra cosa que abreviaturas por el estilo de las del fabricante de velas.

Por todas partes gritos de rabia, causados por el hambre de los unos y la hidrofobia metálica de los otros.

Hasta en la mansion del silencio gritan las lápidas sepulcrales, y andan por allí el dolor, la ortografía y el sentido comun, tapándose los oidos por no escuchar aquellos lamentos.

De los cuales tambien habremos de ocuparnos en estos cuadros contemporáneos.

CUADRO TERCERO.

Retrato al daguerreotipo del Diario oficial de avisos de Madrid.

Una de las grandes empresas que la época actual tiene abonada, en su cuenta corriente con la civilizacion, es el invento del daguerreotipo.

En la hoja de servicios de la luz, se lee la partida siguiente:

«Año de 1838.—Monsieur Daguerre ha des»cubierto que la luz en sus ratos de ócio, se en»tretiene en pintar cuadros sobre láminas de co»bre, plateadas. Su caballete es la cámara oscu»ra, no se vale de otros pinceles que de sus pro»pios rayos, prepara el cuadro con un vapor de »yodo y le barniza despues de acabado con uno »de mercurio.»

Desde que los franceses en 1832, compraron el secreto al señor Daguerre, dándole una pension de 6,000 francos anuales, todos los pintores de fama arrojamos los pinceles, y subidos á los

desvanes y á las azoteas, salimos en busca de una luz pura que nos ahorrase la pena de andar haciendo cuadrículas y educando la vista para copiar la naturaleza.

La luz ha correspondido á nuestra invitacion, y el lápiz ha quedado en las carteras, sin otro oficio que el de apuntar las señas de una casa ó alguna operacion mercantil.

Todos nos valemos ya del moderno artista y los retratos, que antes costaban veinte y cinco duros y solian parecerse al retratado tanto como el gallo de la pasion, ahora cuestan doce reales, y se parecen como una gota de agua á otra.

Es por lo tanto espuesto pararse en la calle frente á la casa de algun discípulo de Mr. Daguerre, porque cuando uno menos se cata, halla reproducida su imágen con una perfeccion envidiable.

Hoy nadie puede hacerlo impunemente delante de mi laboratorio; y te lo advierto, lector, para que sino quieres pasar á la posteridad en aleluya, te ahorres de cruzar por delante de mi daguerreotipo.

Por no haberlo hecho así el *Diario de Avisos*, te voy á dar su retrato.

Mírale bien: ni es alto ni bajo, y puede decirse que tiene una estatura regular entre los individuos de la familia periodística.

Cuando nació parecía un gigante, y sin em-

bargo, me ha traido un retrato que le hicieron siendo niño, otro de cuando era adulto, y otro de edad madura, y siempre ha sido un enano.

Pero no era mengua suya el no estar mas medrado, sino de las gentes con quienes vivia, que le tenian por tan enfermizo y de tan pocas fuerzas digestivas, que no le daban á comer otra cosa sino alguna fábula de Esopo, y unas cuantas efemérides, tal cual anécdocta los domingos, y de postres las pérdidas y los anuncios del teatro.

Desde que le mejoraron y le añadieron la comida, empezó á crecer y ya rayaba en los cincuenta y tres años de edád, cuando llegó á la estatura que hoy tiene.

Sale todas las madrugadas de su casa y vá de visita á las de sus amigos, que no bajarán de cuatro mil, sin que haya faltado nunca ni por enfermedad, ni por fiesta solemne, inclusas las del Jueves y Viernes Santo.

Espéranle con ánsia los contratistas para ver si anuncia alguna subasta; los prenderos para informarse de las almonedas; las amas de cria para ver si se ha dado por entendido de la leche fresca de dos meses, que tienen hace ya un año; míranle de reojo los criminales, porque los pregona en nombre del juez que entiende en la causa; los quintos procuran hacerse los distraidos cuando él los llama, amenazándoles con declararlos prófugos; el que se ha encontrado alguna

alhaja, le mira para esconderla si su dueño la busca; el que ha robado algun perro, se informa del hallazgo que ofrecen al que le entregue en tal ó cual parte, y por último, los aficionados al teatro le preguntan la funcion que se hace por la noche, y el *Diario* tiene obligacion de contestarles cumplidameute.

Es reputado por la gente machucha como uno de los mejores digestivos para el chocolate, y no ha faltado quien le haya dicho que no volviera á su casa, sino acertaba á ponerse de acuerdo con la cocinera, para llegar allí al mismo tiempo que estuviese el chocolate á punto de sorberse.

Tiénenle todos por muy embustero, casi mas que la señora de sus pensamientos la respetable *Gaceta*, pero esto no es enteramente exacto, y sus mentiras son siempre veniales y agenas á su voluntad, porque él no puede añadir ni quitar un solo comino á la salsa con que le dan aderezada la comida sus numerosos cocineros, y traga toda clase de venenos con la mayor resignacion.

El personal de su redaccion es infinito; apenas hay un solo español, del rey abajo, é incluso algunas veces el mismo rey, que no contribuya con sus escritos á ilustrar la opinion de los suscritores del *Diario*.

Pero los redactores de planta son los siguientes:

Redactor en gefe:—El gobernador militar, que

como el periódico es civil, y la época es seglar, ocupa, acaso por cuestion de buena crianza, el lugar de preferencia.

Redactores primeros:—Los ministros, los directores, los subdirectores, etc.;—el capitan general;—el gobernador civil;—el corregidor;—el ayuntamiento; -los jueces de primera instancia;—el clero y los sacristanes.

Idem segundos:—Los cambiantes de ropa;—los artistas;—los caleseros; los prestamistas;—los mineros;—los tenderos y las prenderas.

Redactores de escalera abajo:—Las patronas de huéspedes;—los sirvientes;—las nodrizas; y todos los distraidos que vuelven á su casa con una ó dos prendas de menos.

Los empresarios de los teatros y el observador meteorológico, son los encargados de la amena literatura.

Todos los redactores, sin distincion, escriben en el género sério y en el festivo, y aun en el caricato.

Rara vez tiene folletin, y en una ocasion se ocupó en proponer al ayuntamiento una reforma que consistia en demoler la poblacion; lo cual dió gran susto á los propietarios de fincas en la córte; pero la cosa quedó por fin como estaba.

Ya anteriormente habia propuesto otras reformas mas moderadas en deliciosísimos versos, y algunas de ellas fueron atendidas.

El café de Canosa y la casa del duque de Tamames, cayeron al suelo apenas les hizo mal de ojo esta redondilla, que hizo el poeta, al pasar con su lira al hombro por la Carrera de San Gerónimo.

«Y ya que tan cerca estamos
»De la casa de Tamames,
»Bueno es que la atencion llames,
»Lira, por si la *mermamos*.»

Por aquel entonces se habian plantado los árboles de la calle de Alcalá, á disgusto del poeta; el cual, como en su ardiente fantasía no conocia el invierno ni el verano, sino una vegetacion permanente, *inferia* afligido,

»Por un discurrir muy sano
»Que si dan sombra en verano,
»La darán en el invierno.

En esto á Dios gracias no fué tan afortunado como en la *merma* de la casa de Tamames y los árboles siguen creciendo; aunque sin dar sombra en invierno, porque no habiéndose suprimido el otoño, este les lleva la hoja y con ella la sombra que tanto temia el poeta.

Pero dejemos esas sombras y esas mermas que harian interminable este cuadro, y hagamos el retrato del héroe en cuestion, sin detenernos en mas accesorios ni dibujos.

NUM. 22,995. Año de 1850. Seis cuartos.

DIARIO OFICIAL DE AVISOS DE MADRID.

Las once mil vírgenes.—Cuarenta horas en las Maravillas.

SECCION OFICIAL.

Orden de la plaza.

Parada.—Asia, Africa y América.

Gefe de dia.—Teniente coronel, alférez de Gastadores de Mallorca.

Visita de hospitales.—Mahon.

EL GENERAL GOBERNADOR.

Corregimiento de Madrid.

Ayer han entrado por las puertas de la capital,

100 vacas, que componen 50,999 y media libras de peso y

700 carneros, que hacen 20,698 y tres cuartos libras.

Lo que se hace saber al público para su inteligencia.—EL SECRETARIO.

BANDO.

D. N. N., caballero del hábito de San Hermógenes, y condecorado con la cruz de mayo, etc., etc., alcalde corregidor de esta muy heróica villa, etc., etc. Hago saber:

Que habiendo observado que por los dependientes de Mi autoridad no se cumple con lo prevenido y expresamente dispuesto, en diferentes bandos y en los articulos 1001, 1002 y 1100 del Reglamento de policia urbana, y pareciéndome que ya es hora de que los dependientes de este corregimiento observen lo que se les tiene mandado, he dispuesto lo siguiente:

1.° Que ningun vecino dé lugar á que se salga el pozo de aguas inmundas, rebosando sobre las aceras con perjuicio de los transeuntes y de la salubridad pública.

2.° Que no ensucien las calles, fiados en el barrido, que podrá hacerse mas tarde ó mas temprano y nunca con el esmero que exige la cultura del vecindario.

3.° Que en las fuentes públicas no se promuevan disputas en averiguacion de á *quien le toca* la vez para llenar, sino que cada cual llene *cuando le toque.*

4.° Que ningun vecino se embriague con ánimo deliberado de insultar á los habitantes pacificos de la poblacion, ni con el de tenderse sobre la acera obstruyendo el libre paso de ella.

5.° y último. Que *no se permitan* tiestos de flores en las ventanas ni balcones, *ni regarlos* fuera de las horas en que no se pueda causar molestia al vecindario.

Los contraventores á las anteriores disposiciones quedan obligados á dejarse llevar por los dependientes de mi autoridad, ante los alcaldes de sus respectivos distritos.

Gobierno civil.

D. N. N., Brigadier de los reales *ejércitos* y gobernador *civil*, etc.

Habiendo observado que varias disposiciones y reglamentos de policia no se cumplen con la puntua-

lidad que se requiere, y estando decidido á no tolerar por mas tiempo la inobservancia de ciertas medidas, he tenido á bien dictar lo siguiente:

Se prohibe el uso de las navajas aun sin muelles si exceden de un palmo estando abiertas; *para venderlas* se necesita licencia de mi autoridad.

Beneficencia.

Se saca á pública subasta, por término de tres años, el cortado de las plumas para las escuelas de párvulos de los acogidos en los establecimientos de Beneficencia de esta córte, bajo las condiciones siguientes:

1.ª Las proposiciones se harán en pliego cerrado, literalmente ajustado al modelo que se inserta á continuacion.

2.ª Para presentarse á hacer postura será preciso depositar préviamente cien cuartos ó sea el valor de igual número de plumas, que se devolverán en el acto de terminarse la subasta; debiendo el que resultare agraciado, aumentar dicha suma hasta doscientos cuartos por via de fianza, que se le abonará al expirar los tres años de la contrata.

3.ª Los gastos de escritura y demás que ocurran serán de cuenta del contratista. Madrid, etc.

Modelo de proposicion.

Conforme con el pliego de condiciones publicado en la *Gaceta* oficial de de el abajo firmado, ofrece cortar todas las plumas que se necesiten en las escuelas de los establecimientos de Beneficencia por el término de tres años.

Lugar de la fecha.

Firma del proponente.

Judicial.

En virtud de providencia del señor don N., juez de primera instancia, etc., se cita llama y emplaza por tercera y última vez al caballero que hará poco mas de cuatro meses pasó por la Red de San Luis, y cuyo nombre y apellido, señas y habitacion se ignora, para que en término de tercero dia, se presente en este juzgado á prestar declaracion en la causa criminal que se sigue por este juzgado y escribanía de... apercibido que de no hacerlo así, le parará el perjuicio que haya lugar.

SECCION RELIGIOSA.

La Real y mas inmemorial y mas ilustre antigua archicofradía de las Benditas Ánimas del Purgatorio, celebra su acostumbrada fiesta semanal, con panegírico y reserva, todo á gran orquesta y con voces escogidas. Las personas que tengan papeleta de convite, entran por la puerta del costado. Las señoras que vayan á silla numerada, por la espalda.

†

D. N. P. de J. I. ha fallecido.

Respetando, como es justo, la expresa voluntad del difunto no se avisa á nadie que mañana á las 4 de la tarde se trasladan sus restos mortales, sin aparato alguno al cementerio de S. I.

†

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. J. P. marqués de H., Caballero gran Cruz de J., condecorado con otras de varios paises, etc., etc., etc., ha fallecido á las 8 y tres minutos de la mañana de ayer.

La Excma. é Ilma. Señora doña M. Z. viuda, la Señora doña N. P. hermaná, D. H. Z. hermano político, D. F. R. primo, D. I. Z. sobrino y los demás parientes y amigos, suplican á todas las personas que por un olvido involuntario, no hayan recibido convite especial, se sirvan asistir á la traslacion del cadáver, desde la casa mortuoria, calle de la Salud, núm. tantos, al cementerio de la sacramental de S. B., mañana á las tres de la tarde.

El duelo se desp de en el cementerio.

Se suplica encarecidamente el coche.

SECCION DE ANUNCIOS.

La primera sociedad Malicia, explotadora de la Cándida, en el término llamado del Nuevo Perú, avisa á sus accionistas que si no acuden á entregar el cuarto veinte y cinco por ciento de los capitales por que se hallen inscritos, se darán por caducadas sus acciones y no tendrán opcion á las grandes utilidades que tiene realizadas. (Es decimonono aviso).

La Superabundante.

Esta mina, que se halla en el rico y argentifero término de la Poderosa y la Floreciente, ha descubierto un nuevo filon de potencia tan extraordinaria que tiene asombrados á los inteligentes. En cuanto á la riqueza del mineral, la junta de gobierno ha creido un deber dar publicidad al siguiente análisis que ha hecho un célebre ingeniero francés, gran fisico-químico-mineralógico, que casualmente se halla de paso en esta capital.

Hé aqui la carta conque acompaña el ensayo: Señor presidente de la Superabundante.

Vengo de hacer el ensayo docimástico de los minerales de plomo que Vd. señor, me ha enviado á mi, y puedo asegurarle á Vd. señor que son tanto ricos como mas no he visto en mi vida. Cada quintla del mineral de Vd. señor, dará una

arroba, doce libras, siete onzas y seis adarmes de plata. Y para que conste lo firmo, etc.

Interesante, interesantísimo.

Consultando el decoro y el bienestar de los interesados, sin otro móvil que un principio de humanidad y de filantropía, se anticipa dinero sobre sueldos de cesantes, antiguos, jubilados, viudas y demás clases menesterosas. Es de advertir que se esceptúan los militares, y asimismo que no se tratará con corredores. La oficina de anticipos está establecida en la calle de la Garduña, núm. 99. También hay entrada á los préstamos por el 101.

Caridad pública.

Una familia desgraciada, que ha agotado todos los recursos de subsistencia, y que por razon de las circunstancias políticas se vió hace mas de diez años reducida á la indigencia, acude hoy á la generosidad del vecindario, para salir de las garras de la mas horrorosa de las muertes..... *el hambre.* Recibe toda clase de socorros en metálico y ropas usadas ó nuevas, en la calle de la Misericordia, número 3, cuarto boardilla.

Jornal para 25 años.

Se sacan á publica subasta 50,000 varas de galería, que segun el cálculo de los ingenieros, se necesitan para hallar el rico filon de la Boyante, que se perdió entre las minas Pompeya y Troya, abandonadas por los romanos. Dirigirse al picapedrero que vive en la calle de San Buenaventura, núm. 3.

Permuta.

Un propietario de fincas rústicas situadas á las inmediaciones de la córte, y cuyo valor asciende á tres millones de reales, desea permutar sus rentas con la cesantía de cualquier ministro; debiendo advertir que le es igual el ramo en que haya servido S. E. Se darán 30,000 rs. de prima y se advierte que el pago de la contribucion es de cuenta del que tome las fincas. En la calle del Azotado, número 25 triplicado darán razon.

Aviso á los taberneros.

En cumplimiento de lo que previene el art. 26 de la ley de 3 de setiembre de 1847, los individuos pertenecientes á esta clase, que quieran saber la cuota que por los peritos clasificadores les ha sido asignada, puedan pasar á casa del síndico *señor don* N. M. taberna del Rincon.

Buena ocasion para hacer dinero.

La persona que necesite 80,000 duros, puede dirigirse al que los tiene, que es el portero de la casa núm. 1 de la calle de Enhoramala vayas, esquina á la de Sal si puedes, el que da razon.

---

*Se necesita dinero, sobre garan*tías de buena especie, y se pagará un interés crecido. En la calle de la Amargura darán razon.

Filantropía.

En la calle de la Morería, número 13, se compran todos los atrasos de fallecidos y vivos, y se facilita dinero sobre papel del Estado.

Modo de vestir sin gastar dinero.

Monsieur Simeon Levigavan, cambiante de ropas viejas por nuevas en córte, viene de recibir una estupenda remesa de géneros de moda, y se hace un deber de anun-

ciarlo á los señores de la aristocracia que tanto le favorecen. Vive en la calle de la Pingarrona, número 1.

Nota. Los cambios solo se hacen en casa de los parroquianos.

Traspaso.

Se hace el de madama Caderas, corsetera de SS. MM. el rey de Stokolmo y el emperador de Marruecos. Tiene el taller provisto de toda clase de ballenas, arrancadas en vivo del cetáceo, y premiadas en la exposición pública del Indostan.

Las 499,999 *operaciones tan brillantes* como rápidas, tan sorprendentes como infalibles, que lleva conseguidas en sugetos desahuciados por los primeros profesores de Europa, es la mejor garantia que puede ofrecer el oculista Jacob, á las personas que se dignen honrarle con sus consultas. Lo único que puede añadir es que nació á orillas de la Catarata del Niágara, y que bate la de los ojos con increible rapidez y sin que le haya fallado un solo caso. Con igual perfeccion y esmero cura todas las demás dolencias del cuerpo humano, especialmente la sordera crónica y los defectos de la pronunciacion. Dará mas informes el sordo-mudo que vive en la cuesta de los Ciegos.

Una señora de circunstancias y antecedentes, que vive sola y sin otro patrimonio que dos hijas jóvenes, desea encontrar dos caballeros solteros, á quienes alquilar los muebles de su habitacion, siempre que coman por su cuenta, y la asistencia. Se advierte que no es casa de huéspedes ni la señora mujer de esos tratos.

Se vende una gran partida de leña de encina partida, pero sin mojarla ni adulterarla, como se hace en los demás almacenes. En la calle de las Aguas, esquina á la de las Tabernillas está el despacho.

Cebada.

Al sugeto que la necesite granada y limpia, se le dará arreglada y sin mezcla de paja. Darán razon en el almacen de jergones de la Cava baja.

Los jamones dulces y magros del salchichero extremeño se dan por piezas y por libras, en los portales de la calle de Toledo.

Por un Napoleon!!!

El sombrerero francés de la calle de la Montera, *viene* de hacer un descubrimiento químico, el cual por medio de la *galvano-plastique*, le permite dar un sombrero de primera calidad, por el ínfimo precio de 19 rs. y el sombrero que deseche el parroquiano.

El único y acreditado horno de bollos para chocolate, al estilo de San Juan de Letrán, acaba de hacer una considerable reforma en la elaboracion de sus géneros, y el gran despacho que tiene, le impide hacer lo que los demás establecimientos de su clase que calientan las pastas, vendiéndolas por recientes y frescas. Semejante superchería no se encuentra en el citado horno, en el que se *asan* toda clase de *asados*, sin tener tampoco la inmoral costumbre de cambiar las aves que llevan los parroquianos, por otras tísicas y secas.

Un empleado de corto sueldo, que ha sido destinado fuera de la córte, hace almoneda de todos los efectos de su uso, como son, divanes, espejos, mesas, relojes, galería de pinturas, una carretela y un *charavant* etc. Todo está sin usar,

y se dará por la mitad del coste que tuvo hace un mes en los almacenes de lujo de esta córte. No se quiere tratar con prenderos.

Cien visitas por 12 rs.

Ya en todos los paises civilizados se ha suprimido la ridícula costumbre de felicitar en persona los cumpleaños, años, dias, etc., y lo que ahora está en boga para esos casos, son las tarjetas de relieve en cartulina inglesa, y superior, y superfina, y doble, y que resiste sin resquebrajarse. Las hace á 12 rs. el ciento, sea cualquiera el nombre, el acreditado litógrafo de la calle de los Tintes. Con escudo de armas á 14 rs. con corona de duque á 13, idem de conde ó marqués á 12 y medio, con armas de família ó atributos profesionales á precios convencionales. Esta garantida por 200 años la permanencia de la tinta, y por dos meses la de la cartulina.

Industria española.

Con privilegio exclusivo y habiendo obtenido medalla en la exposicion publica de la industria de esta córte, y en las de Lóndres, París, Lisboa y Constantinopla, se vende la tan conocida y acreditada tierra de Segovia, á dos cuartos cada cucurucho de polvos. Todo cuanto se diga en elogio de esta tierra, cuyo lema ha sido siempre el de, *todo lo limpia,* será excusado; en los ministerios y en todas las oficinas se hace un gran consumo de ella, quedando limpio como una patena cuanto se frota con los dichos polvos.

A los viajeros.

Garantida la refrigeratibilidad de los polvos para hacer las bebidas de horchata, limon, agraz, etc. con el dictámen del protomedicato de Pekin y el de la academía de ciencias médicas de Turquia, no tenemos nada que decir sino que ya nadie viaja sin comprar un paquete de estos polvos, aun antes de proveerse del pasaporte. El comercio de los zumos ha quedado reducido á la impotencia, y ya son muchos los hortelanos de Valencia y Murcia que arrancan los limoneros y los naranjos por la poca salida que han tenido sus frutos, desde que se descubrieron los polvos refrigerantes.

Lápidas y panteones.

Al gusto de los interesados, y con equidad de precios, se construyen toda clase de lápidas mortuorias con el rico mármol negro de Jerusalem. Hay toda clase de letras de bronce, alegorias, siemprevivas, figuras llorando en todas las posturas imaginables, y cuantos adornos pueda desear la mas refinada melancolía de los parientes. Todo se sujeta con tornillos para evitar que los ladrones profanen la memoria del difunto, robándole el holocausto del parentesco ó de la amistad.

¡¡¡¡Quemazon!!!!

¿Lo quereis mas barato?... pues allá vá de valde. El pobrecito demonio patudo, conocido de este respetable público por el baratillero, ha decidido pedir limosna por las calles, y al efecto quiere prender fuego á los géneros de su almacén. Las indianas rayadas de puro hilo que se vendian á 38 y 40 reales vara, las dará á 2 y cuartillo; los pañuelos de 25 que estaban, á real y medio; y en suma, andar y ver. ¡Vengan vds. parroquianos, que el barato se quema! ¡que se abrasan los géneros de su tienda! ¡Quemazon! ¡Quemazon! ¡Quemazon!!!

Faltaria á su deber el dueño del acreditado establecimiento de peines de concha, titulado ***la Uña***

de vaca, si no anunciara á sus favorecedores la remesa que acaba de recibir de la India de los tan acreditados batidores de búfalo. Advierte que le durarán pocos dias, porque tiene grandes pedidos del extranjero.

La espuma del cielo.

No mas arrugas, ni pecas, ni manchas, ni paño; no mas temores de que el sol tueste los rostros de las hermosas. La espuma del cielo que se vende á 3 rs. cada frasquito, conserva siempre el cutis fresco, terso y suave, sin que las señoras que lo usan representen nunca mas edad que la de quince á veinte y cinco años.

En liquidacion.

Procedente de una quiebra se vende un gran surtido de escobas de caña, ruedos de pleita y aventadores para las cocinas, en el portal del valenciano de la calle de la Palma.

Importante y urgente.

Habiendo sabido que con la malévola intencion de desacreditar mi industria, se esparce la voz de que vendo caro, no puedo menos de asegurar que vendo y venderé mas barato que nadie, como lo tengo acreditado á mis numerosos parroquianos, en mi establecimiento central de fósforos, titulado: *No mas tinieblas*.

Betun cristalográfico.

Don Juan Lanas, caballero de la real y distinguida órden de C.; comendador de número de la de I.; socio corresponsal de la de Amigos del Pais de Cochinchina; é individuo de varias corporaciones científicas, artísticas, industriales y de comercio, etc., etc., etc., etc.. y teniente alcalde del distrito de......, Certifico:

Que habiendo nombrado una comision, compuesta de un fabricante de curtidos, un callista y un maestro de obra prima, para que examinara el betun cristalográfico de la invencion de don Lucio Reluciente, ha resultado, segun el informe conteste de dichos artistas, que no solo es lustroso y negro el betun cristalográfico, sino que es útil y beneficioso para la piel, que la conserva, y que es altamente humanitario, porque preserva los pies de la terrible enfermedad de los callos. Y á instancia del interesado doy la presente que firmo, etc.

Este betun se vende á 2 rs. cada caja.

NOTA. Se ruega al público que no se fie de las falsificaciones.

Nodriza.

Bárbara Cuévanos, solicita una cria su edad de diez y ocho años con leche de dos meses y persónas que la abonen, en el portal del zapatero de la calle de la Gorguera darán razon.

Sirviente.

Un jóven bien instruido en el manejo de papeles y que sabe llevar la pluma, desea entrar á servir de pinche de cocina, ó de ayuda de cámara de algun señor, ó de mayordomo de alguna señora, no tiene reparo en salir fuera de la córte aunque sea á la India donde darán razon. Es en la calle del Burro, número 1, el trapero que vive en el patio y responde de su buena conducta.

Gran venta de libros al peso.

La escasez del género hacia que en el siglo pasado se tuviese por indecorosa esta manera de vender la mercancía que hoy anunciamos. Los que se acerquen á examinar los títulos de las obras que ponemos á la venta, verán que se les ofrece una brillante ocasion de adquirir por poco precio una biblioteca escogida, en la que se hallan reunidos todos los conocimientos

humanos. Los precios son los siguientes:

Novelas, cuentos y anécdotas. . .	á 80	rs. arroba.
Viajes.	á 60	
Historia.	á 40	
Poesía.	á 20	
Educacion	á 10	
Ciencias.	á 5	

Los libros en latin se darán gratis á los que compren mas de dos arrobas de los otros.

Pérdidas.

Una señora sola que vive en la calle de la Pasa, frente al palacio de la Vicaría, ha perdido en la madrugada de ayer un perrito americano que hacia su única delicia. Tiene los ojos grandes y negros, un lunar en el hocico y desiguales las lanas del rabo. Se llama Lindoro y no come sino sopas de leche, hecha con la de vacas y con bizcochos de Valladolid. Se hace esta advertencia, por si la persona que lo hubiese recogido tuviera la crueldad de no volvérselo á dicha señora. Y tambien se advierte que está acostumbrado á peinarse con batidor de búfalo y á lavarse con jabon de almendra, y el hocico con agua de rosa. Al que lo entregue á su dueña, se le dará un buen hallazgo.

MIL REALES. Se dan de hallazgo por una perrita de casta americana, jóven, ginebra, manchada de color de canela, y una ráfaga negra desde el hocico por el cuello hasta la mitad del vientre. Lleva un lazo de raso azul con puntilla del mismo color, y una sortija con un diamante en el nudo del lazo. Se da tambien la sortija ó su valor además de los mil reales. Ya se ha perdido otras veces y la inconsolable familia ha tenido siempre la dicha de recobrarla. La señora de quien es la perra, está todos los dias desde la ocho de la mañana hasta igual hora de la noche, en el portal del valenciano de la Puerta del Sol, para dar mas señas al que se sirva llevarla su preciosa perrita. Se advierte que es señora que anda mucho por Madrid y tiene muchas relaciones con la policía por lo que no le será difícil encontrar la perrita en el caso de que pretendan ocultarla.

A las doce y treinta y cinco minutos de la mañana, al cruzar desde la iglesia del Buen Suceso á la perfumería de Venus, se extravió un perrito inglés pelado, jóven y de color de barro saguntino, con una estrella blanca en la frente. Se suplica á la persona que le haya recogido, le entregue en la portería del duque de N., donde darán mas señas y el hallazgo. Se sospecha el paradero y se tienen tomadas todas las oportunas precauciones para que no sea infructuoso este anuncio y se persiguirá al criminal.

EXPECTACULOS.

Teatro andaluz.

Gran funcion extraordinaria á beneficio de un artista desgraciado.

1.° Sinfonía del magnetismo animal.

2.° Se pondrá en escena el drama andaluz en siete actos y doce cuadros, original y en verso, primera produccion de un aplaudido escritor dramático, titulado:

LA ZOMBRA E NERON EN EL ZEPURCRO E LOZ NIÑOZ DE ESIJA.

3.° *Laz entretelaz der corason*

divertimiento de baile compuesto y dirigido por el tio Tarántula y en el que tomará parte la salerosa bailarina Frasquita Moñitos, conocida por la Peonza.

4.° La aplaudida zarzuela en tres actos original y en verso, titulada.

JASTA ER SIELO YEGA LA ZAL DE MI JA.

5.° y último.

Pa zandunga y zoleá, laz jembraz de por ayá.

baile dramático y lírico, cuyo argumento está sacado de una novela de Barter Escó, y en el que tomarán parte todos los individuos de la compañía.

Nota. Se está ensayando para ejecutarse á la mayor brevedad, el drama en cinco actos, intitulado *Loz Mozquitoz é Jerez*, original de seis aplaudidos escritores; la zarzuela en cuatro actos, titulada, *Una caña é manzaniya, ó la bataya de Baterló*; el gran drama-trágico en seis cuadros, cuyo título es, *La jambre de Jirlanda, ó laz platiquiyaz é puerta é Tierra*, y el fin de fiesta titulado: *Zoniche ó el a, e, i, o, u,*

Cosmo-engañorama.

Gran coleccion de vistas memopirotécnicas, entre las cuales siguen llamando la atencion de los inteligentes, la Empleomania, la Minerografía, la Mercachiflería y otras muchas traidas de París y arregladas al español por los mas eminentes artistas.

Fenómmeno increible.

Los sábios de Tartaria, y los de todos los diferentes paises que ha recorrido el niño Salomon están sorprendidos de la extraordinaria precocidad de esta criatura, verdadero prodigio de la naturaleza.

El niño Salomon tiene cuatro años, habla con perfeccion todos los idiomas vivos incluso el eslavo y el escandinavo y el de los paises salvages que no ha podido descubrir el hombre; contexta á cuantas preguntas se le hacen sobre las ciencias mas recónditas y resuelve en el acto y con solo el auxilio de la memoria, los mas difíciles problemas de matemáticas.

La entrada á real los hombres, y á seis cuartos los sábios.

Los mosquitos filarmónicos.

La paciencia con que Mr. Socaliña, individuo de la Academia de los Buscavidas, ha enseñado á esos animales, los mas imperceptibles é indóciles de la creacion, es una cosa que sorprende. Al lado de estos modernos filarmónicos, las ***pulgas industriosas*** son una patarata. Los mosquitos de Mr. Socaliña cantan todas las óperas de Donizetti y las modernas de Verdi, con una famosa afinacion. Mr. Socaliña los acompaña al órgano.

NOTA. Como el pecho de los animalitos es de poca cabida, la voz resulta muy débil, y para que el público pueda oirles cómodamente se dan á cada persona un par de trompetillas de corcho, cuya sustancia se ha descubierto ser un gran conductor de la voz del mosquito.

Observaciones metereológicas de ayer.

A las 6 de la mañana.	Polvo y basura.
A las 2 del dia.	Basura y polvo.
A las 6 de la tarde.	Polvo y basura.

Afecciones astronómicas de hoy.

Carros de la basura.	*Carros de Sabatini.*
Salen á las 7 de la mañana.	Salen á las 10 de la noche.
Se ponen á las 4 de la tarde.	Se ocultan á las 8 de la mañana.

Madrid: 1850.—Imprenta del Diario Oficial.



CUADRO CUARTO

La Puerta del Sol en 1800.

No busques, amigo lector, al dependiente del resguardo, que dando el quién vive á los géneros de nuestra propia familia mas parece un espía de la industria extranjera que un protector de las nacionales; ni al agente de la municipalidad, que cobra un cuarto por lo que puedan ensuciar las calles á los que solo traen intencion de ensuciarnos el estómago, ni busques al portero, ni preguntes por la portería.

No te acerques á examinar si son de madera ó de hierro, ó si están forradas en plata y claveteadas de oro; no pretendas hallar el cerrojo, ni creas que es un misterio el no encontrar la cerradura.

La Puerta del Sol es de la misma familia que

la Puerta Otomana, y ambas gozan el privilegio de estar siempre abiertas, sin que nadie acierte á cerrarlas y sin que se haya podido saber cómo lograron abrirlas.

Pero si algun anticuario, de los infinitos que pretenden poseer un eslabon de la cadena de los mares que circunda el globo, te dice que tiene la llave de la Puerta Otomana, dále las gracias por la noticia, y toma al punto en secreto, el camino de Lóndres si quieres hacer un negocio estupendo ó una jugada redonda, como decimos hoy que todo se ha convertido en un puro juego.

Algunos te aconsejarian que fueses á Rusia á vender la noticia del hallazgo, pero no hagas caso; no ganarias un ochavo por ese camino. Tiene el Czar una llave maestra para entrar cuando quiera á apagar con sus bayonetas el brillo de la media luna, y la usará algun dia, no tengas cuidado; ya parece que ha echado su ojo al idem de la cerradura. Los ingleses, en cambio, no tienen sino un cerrojillo diplomático, que para mayor dolor parece estar enmohecido, y si tú les proporcionas la llave y logran cerrar la puerta, te darán cuanto les pidas. Si te preguntan cuánto quieres por el corretage, dáte por satisfecho con el uno por mil de lo que á ellos les valga el negocio; son comerciantes y no les asustará tu franqueza.

Todo esto lo haces si la casualidad te proporciona este hallazgo, pero á propio intento no le bnsques, porque la llave de la Puerta Otomana tengo para mí que está en San Petersburgo y hace allí demasiado frio para que yo aconseje á mis lectores que vayan á tomar una pulmonía autocrática. Por otra parte, lo que á tí te interesa hallar no es la llave de la Puerta Otomana, sino la del Sol, y esa, no te canses en buscarla, ha tiempo que los vagos la arrojaron al mar de *il dolce far niente.*

Asimismo te encargo que no pierdas el tiempo en procurarte cartas de recomendacion, ni billetes de permiso para entrar allí, porque eso supondria que te ocupabas de algo y ya no serias admitido por los guardas de la Puerta del Sol.

La Puerta del Sol es ni mas ni menos que la tierra de Jauja, donde, como dicen las gentes, se come, se bebe y no se trabaja, y no quiero que te inhabilites para pisar sus famosos umbrales.

Su arquitectura no es ojival, ni romana, ni árabe, ni siquiera churrigueresca, por mas que esto último parezca lo mas exacto, atendido el arlequinado conjunto de sus heterogéneos retazos. La verdad es que no hay verdad ninguna, empezando por ella misma que es una solemne mentira. Si en vez de llamarse Puerta del Sol, se dejara llamar Plaza de la Ociosidad, nadie extrañaria que fuese el verdadero pórtico de todos

los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del teson con que ejercen su oficio llamándola Puerta del Sol, porque asi indican que su pereza es tanta, que ni aun para tomar el sol se dan el trabajo de pasar mas allá de la puerta.

Ella tiene, sin embargo, su etimólogía histórica y pretende ser una puerta jubilada del siglo XVI; y si te paras á oirla, te dirá que era nada menos que la puerta de un castillo en el que habia pintada una imágen del sol. ¡Pero quién hace caso de etimologías, ni de abolengos, ni de tradiciones históricas, HOY que al anochecer se declara viejo y caduco lo que nació aquella misma madrugada!

¡Medrados estábamos si hubiéramos de perder el tiempo en averiguar el por qué de las cosas, cuando cada cual recibe el título de lo que debe ser con solo ocultar las pruebas de lo que ha sido y presentar el testimonio de lo que está siendo!

No, amigo lector, dejemos á los archivos acogotados por las enciclopedias y demos un paseo por la Puerta del Sol de 1850, sin cuidarnos poco ni mucho de la de mil quinientos y tantos.

Obrando así no habrá nadie que nos tache de embusteros ni de encubridores. Si ella tiene una fé de bautismo que acredite su mayor edad ¿por qué la esconde? ¿Por qué encubre sus canas bajo la rubia peluca del modernísimo asfalto? ¿Por

qué no nos dice el año en que ha nacido, asi como nos cuenta que el año en que se ha maridado con el asfalto ha sido el de 1848, siendo su padrino de pila un Excmo. Sr. conde, alcalde corregidor de está muy heróica villa?

Pues, vive Dios, y no lo digo por jurar, que no hemos de tomarla en cuenta ni un año mas de los que ella propia declara. Y debe agradecernos esta conducta, porque nos veriamos obligados á pedirle explicaciones de la que observó en la guerra de la Independencia, abriéndose de par en par á los franceses enemigos, y mas tarde á los aliados y siempre á los revolucionarios, á quienes ha recibido sin dificultad de dia y de noche dejándoles alborotar la casa con los escándalos que daban en el portal de la misma.

Así nos será fácil perdonarla el orgullo con que insultaba á los vencidos, haciendo pregonar á los vencedores la gloria de haberla tomado. ¡La gloria de haber tomado la Puerta del Sol que tiene diez mangos por donde agarrarla!

Pues no lo tomes á broma, lector, hubo un tiempo en que se decia que *se tomaba la Puerta del Sol* y en que el tomarla era casi tenido por un milagro. Pero tiempo que no nos pertenece; nosotros vamos á tomarla despues que ella ha cubierto sus culpas con el tupido velo del asfalto.

Procura no pisar el epitafio, que allí está es-

culpido en caractéres de bronce, cruza los brazos, abre los ojos y mira.

¿Ves esa mezquina fachada que parece la de una pobre ermita, de la mas pobre aldea del mundo? pues es nada menos que la famosa iglesia del Buen Suceso, conocida en toda España y en el extranjero por haber tomado asiento de preferencia en la córte de ambas Castillas. Es un pequeño hospital en el que hoy se curan provisionalmente los infinitos heridos que produce la nueva industria de los carruages. Y recordando que el dia 2 de mayo de 1808, en vez de curar los heridos, dejó que los franceses fusilaran dentro de su recinto á algunos españoles, puede aplicársele, con cierta oportunidad, estos cuatro versos:

El señor don Juan de Robres
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital
y tambien hizo los pobres.

El adorno mas célebre de esa fachada es el reloj, que marcando dia y noche las horas, parece ser la voz de mando que obedecen con puntualidad los vagos, girando y contragirando al sol y á la sombra.

Muchas veces habrás leido en los billetes de las diligencias, que los carruages *saldrán con el reloj de la Puerta del Sol*, y sin embargo, van

solos, que el reloj no sale con nadie; y si hace alguna salida, es de juicio, trastornándose hasta el punto de llevarle al sol dos horas de ventaja ó de retraso. Tambien te dirán algunos que *llevan su reloj con el del Buen Suceso*, y esto tampoco es verdad, porque á no ser el gas que alguna noche le suele quitar la luz, no sabemos de ningun otro personaje que se le haya llevado de allí.

Puedes por lo tanto estar tranquilo y volverle la espalda, para dar frente á las calles Mayor y del Arenal, amenazadas siempre de tragarse la una á la otra, pero riéndose de los proyectistas que quieren medirles las espaldas para ensanchar el pecho de la una con la joroba de la otra.

La callejuela del Correo no la mires hasta las seis de la tarde; el inmundo callejon del Cofre no le veas nunca y ganará la vista casi tanto como el olfato; la estrecha calle de los Preciados, especie de cordon acústico que tiene la plazuela de Santo Domingo para comunicarse con la Puerta del Sol, tampoco merece fijar tu vista; á la calle del Cármen puedes echar de vez en cuando una mirada para ver las tiendas y las mujeres que entran y salen y suspiran en derredor de ellas. Asi tal vez te ahorrarás de preguntarme por qué no son honrados ni probos todos los hombres que lo parecen.

Donde yo quiero que pongas toda tu atencion es en las embocaduras de las calles de Carretas,

Montera, Alcalá y Carrera de San Gerónimo. Estas son las cuatro grandes avenidas del torrente; estos son los cuatro puntos por donde hemos de recibir el asalto; las cuatro brechas por donde ha de sitiarnos el enemigo.

A los vagos de profesion, á los verdaderos parroquianos de la casa, no esperes verlos llegar por ninguna parte; entran por todas, ó mejor dicho, están allí sin que nadie sepa por donde han venido, asi como nadie puede asegurar que alguna vez se fueron.

Ellos son el ejército permanente de la ociosidad, que guarnece el castillo de la vagancia.

Son una gran cantidad de sangre doblemente perdida, que aplicada á la locomocion podria representar una fuerza de cinco mil caballos.

¡Considera, lector, si no es una gran lástima que el gobierno deje perder esa fuerza, hoy que estamos en camino de aprovechar hasta el vapor que se escapa del humilde puchero del artesano!

¿Por qué hemos de andar bebiendo los vientos para agarrar el aire y estrujándole las entrañas, hacerle que sude su cacho de contribucion locomotora, sin haber utilizado primero la última gota de sangre perdida?

En buen hora que, por respetos á la especie humana, se guarden al vago ciertas atenciones, y no se le obligue ni á tirar de una carreta, ni á

mover los arcaduces de una noria, pero dejar que se pierda su sangre, es un desatino.

En su misma adorada peana de la Puerta del Sol, sin hacerle perder su estatuaria figura, hay un medio de utilizar su sangre, y nosotros no queremos dejar pasar esta ocasion sin proponerlo á la superior inteligencia del gobierno de S. M.

El reciente descubrimiento de la fuerza magnética es la mejor ley de vagos que pudieran haber inventado los mas famosos Licurgos de estos tiempos, y vamos á probarlo con el siguiente ejemplo:

Colóquese en medio de la Puerta del Sol una bomba hidráulica, de la fuerza de tres mil ó cuatro mil caballos, construida de manera que funcione por un movimiento de rotacion parecido al de las norias; encima del eje ó árbol principal fíjese una gran tabla, especie de mesa redonda en cuyo borde quepan á la vez las dos mil ó dos mil quinientas manos de los asistentes á la Puerta del Sol, y ya está hecho el milagro.

¡Oh! ¡si esto se hubiera pensado antes de pensar en construir el canal de Isabel II! Pero mas vale tarde que nunca; colóquese la máquina, que los vagos no se opondrán á darla movimiento. ¡Qué trabajo les ha de costar establecer el contacto de los pulgares y de los índices y girar en cadena magnética alrededor de la máqui-

na! Si les dijeran que era preciso abandonar la Puerta del Sol, el sacrificio seria mas costoso; pero nada de eso; pueden seguir allí, y aun siendo magnetizadores, seguir pareciendo vagos.

Mientras llega ese dia, que llegará apenas llegue mi proposicion á noticia de alguna compañía anónima, les dejamos andar cruzando desde el sol á la sombra, y vice-versa, atentos siempre á contar las campanadas del reloj; no para saber la hora que corre, ni las que van corridas, sino para contar las que han de ver correr sin moverse de allí.

Olvidados de ellos y considerando su inamovilidad como la de los edificios que forman la irregular plazuela, vamos por fin á examinar los diferentes grupos en que puede dividirse para el verdadero estudio craneoscópico de sus facultades morales.

Sin movernos un punto del asfalto, especie de muelle del lago, vamos á ver las diversas islas de ese archipiélago, y á examinar las distintas razas que las pueblan. Razas dejeneradas de las cuales algunas, aunque pocas, conservan un aire tradicional de los tiempos primitivos.

Es la primera, la mas madrugadora de todas, la de los *cobradores del comercio*; especie de jorobados voluntarios, que por no inclinar su cabeza ante el vil metal, le llevan á la espalda, sin que

se les puedan aplicar aquellos versos de un célebre fabulista:

En una alforja al hombro
llevo los vicios.
delante los ajenos
detrás los mios.

Precisamente nada de cuanto esos honrados isleños llevan á la espalda, es suyo. Aquella protuberancia, que á veces no podrian vender en setenta mil reales, es ajena y mas de un ocioso de los que viven en las islas inmediatas, abre los ojos y se relame de gusto, pensando en el que tendria si le dejasen reventar aquel tubérculo. Pero cuando se los vé congregados en la Puerta del Sol, aun no se les conoce la joroba; la llevan plegada debajo del brazo, y se entretienen en averiguar domicilios, en informarse de si algun golfo mercantil se ha declarado terreno quebrado, y en comunicarse las contraseñas para conocer la moneda falsa y el papel idem.

Al islote de su propiedad y del cual los cobradores no ocupan sino un pequeño espacio, van abordando los ajentes de bolsa, los corredores, los capitalistas, los aficionados á tener capital ó á que por tales los tenga el público, y por último, los *zurrupetos*.

Esta especie de la gran familia mercantil, aproximacion homeopática del capitalista, átomo

invisible del comerciante y pesadilla perpétua del corredor y aun del agente, es numerosísima. La exclaustracion, la ley de mayorazgos, y las once mil sociedades anónimas, crearon esa nueva industria, que recibe sin embargo, su mayor refuerzo en las prematuras cesantías de las oficinas del Estado. Las muertes repentinas, que ocasionan las reales órdenes, no dan el tiempo necesario para asegurar la certeza de la defuncion, y como en el cementerio de las clases pasivas, no se depositan préviamente los cadáveres, resulta que todos ellos son otros tantos Lázaros, que van á resucitar á la bolsa.

Allí se entregan... primero á *ver*, luego á *escuchar*, mas tarde á *oler*, y cuando empiezan á *gustar* el sabor de los negocios, *tocan* las ventajas de alguna *prima*, que apenas les alcanza en quinto grado de consanguinidad metálica.

Pero el zurrupeto, que parece el último habitante de la isla mercantil, es siempre el primero en todos los negocios.

Antes de cruzar el golfo de la Puerta del Sol, ya ha leido los periódicos extranjeros en casa de Monier, y enterádose de los cambios de Amsterdam y de Edimburgo, sobre cuyas plazas ni tiene quien le dé, ni quien le pida un ochavo de yerba-buena. Los artículos de fondo de la prensa madrileña los sabe de memoria, porque dice que no es buen comerciante el que no observa el rum-

bo de la opinion pública, para calcular la vida del ministerio y las probabilidades del reemplazo, y todos esos datos sumarlos juntos para ver si dan por resultado el alza ó la baja de los fondos. Tampoco estas noticias le importan poco ni mucho, porque él no juega ni la paga de cesante, que dicho se está que no es moneda corriente.

Un manojo de cartas y otro de papeles doblados á manera de póliza, es de rigor en el bolsillo del zurrupeto, y los saca sin cesar en presencia de las gentes, para darse un golpe en la frente, como si le pesara haberse dejado en la cartera el mas importante de todos. Si un amigo se acerca á darle los buenos dias y á informarse de su salud, le contesta al oido y con cierto aire de misterio, ni mas ni menos que si le hubiese propuesto alguna jugada.

Bullendo sin cesar, y marchando de uno en otro corrillo, pasa la mañana hasta las dos de la tarde que se dirige á la bolsa; donde le veremos en otra ocasion, porque ahora no podemos apartarnos de nuestro observatorio.

Hemos de seguir pegados al asfalto, hasta que hayamos visto todas las razas y bien puede decirse que aun no hemos comenzado la tarea.

Prescindiendo de la *isla funeraria*, á la que abordan todos los músicos trashumantes, ansiosos de oir doblar á muerto, y de otras varias islas, cuyos habitantes han ido á poblar la Plaza

Mayor y otros diferentes lugares, aun nos quedan las dos perlas del archipiélago, las dos poblaciones mas importantes del lago. Pasarlas en silencio, equivaldria á suprimir, á borrar del globo la Puerta del Sol, y no podemos hacerlo en conciencia. El *golfo del oro* y el *apostadero de la silla ministerial*, son los asuntos principales del cuadro.

Empecemos por el oro, que á fé que siendo ricos podremos dar mas largo plazo á las esperanzas.

Engolfémonos en ese mar de riqueza conque nos brinda la falanje de los nuevos descubridores peruanos; convengamos con ellos en que nuestros padres fueron unos babiecas que perdieron el tiempo en contar las siete cabrillas, sin ocurrirles bajar los ojos al suelo, donde habrian visto, lo que ya no es posible ocultar por mas tiempo.

¡Pobres gentes, que expusieron su vida por buscar en el Perú cuatro migajas de oro. y no vieron que al hacerse á la vela abandonaban una península de plata!

Sombras ilustres de Cristóbal Colon, de Hernan Cortés y de Pizarro, venid y prosternaos ante nuestra sabiduría minera, ante nuestra potente brújula, que sin mover el pie del pedestal en que la dejásteis aguardando las flotas de América, ha sabido encontrar los verdaderos tesoros

del mundo, y ya puede parodiar vuestro grito, de ¡tierra! ¡tierra! gritando—¡plata! ¡plata! ¡ya tenemos plata!

Ya somos ricos, muy ricos y no debemos á nadie nuestra riqueza. Ni á los algodones catalanes, ni á los caldos andaluces, ni á los granos de Castilla. No hemos querido ser ni tejedores, ni vinateros, ni menos labriegos, somos mineros.

Mineros, eso sí y á mucha honra, porque no habrá quien compare el producto que da una fanega de tierra sembrada de trigo, ó de alfalfa, con el que puede dar si se cava y se profundiza y allá en lo íntimo de sus entrañas, se descubre un filon de plomo argentífero, ó de puro argento, que todo puede suceder, y sucede y de menos, de mucho menos aun, nos hizo Dios.

Y una prueba de que esto es verdad, es la de que parece imposible que sean mentira todos esos mortales que danzan y bullen en el golfo del oro, con cada mendrugo de plata en la mano mayor que una libreta.

Acércate, lector, quiero que los veas y los oigas por tí propio para que no me taches de exagerado, y para que vayas haciendo amistad con ellos, porque no ha de ser esta la única vez que hemos de hallarlos en nuestro camino.

En la época actual, á cualquier punto que vayamos hemos de tropezar con mineros explota-

dores de mineral, ó con mineros explotadores de la explotacion de minas.

Estos últimos forman una inmensa mayoría; ellos son los que hormiguean en derredor del edificio de Correos, llenos los bolsillos de lastre mineral y la cartera de inscripciones anónimas; ellos son los que poseen la verdadera ciencia de hallar siempre el filon; y ellos en fin, los verdaderos hombres de este siglo minero.

Ya los veremos reunidos en junta general ó en junta de gobierno; los mineros son tan aficionados á juntas y á discusiones, y son tan diestros en ellas, que arrancan con un solo discurso 500 ó mas quintales de plata de la mas estéril de las rocas. Pero no una plata de mala ley, ni de naturaleza cuestionable, sino acuñada en pesos duros mejicanos, capaces de convencer y de confundir al mas incrédulo de los mortales.

En la misma Puerta del Sol, al aire libre, sin pozos ni galerías subterráneas, trabajan á cielo abierto una porcion de minas, y descubren filones de una potencia enorme, sin mas trabajo que el de echar un barreno al oido de los incautos.

Las voces mas usuales en aquellos círculos son las siguientes:

Vírgenes de la Zarza á 12,500.—*San Antonios* á 4,000.—*Esperanzas* á 100 duros.—Un cuarto de *Ilusion* en 20,000 rs.—Media *Santa Clara* en 700. —La *tercera Nicolasa* á 500... etc.

Y al recitar de semejante tarifa, acompaña el misterioso descubrimiento de un enorme pedrusco, recien llegado á la plaza, y que viene anunciando un fortunon disparatado.

Se trata de un riquísimo criadero de plata nativa que, buscando setas por ejemplo, descubrió un pobre pastor, al cual cuatro amigos le compraron el secreto, en cuatro ó cinco, ó diez, ó doce mil duros; la cantidad no hace al caso, aunque es el único mineral positivo que se ofrece á la vista del comprador. Por supuesto que no se ha querido dar participacion sino á los amigos, ni se han emitido mas que cien acciones, repartidas como pan bendito entre diez sujetos. Hay pedidos á docenas y hasta el gobierno quiere tener participacion en el negocio; pero todos quedarán iguales, porque ese tesoro se guarda para los amigos.

Si los que escuchan la historia del criadero son capaces de hallar otro pastor, que buscando setas se hunda en plata hasta la rodilla, se sonrien y el barreno no da resultados. Pero el verdadero minero no gasta la pólvora en salvas y cuando agarra la mecha, el golpe es seguro. Difícilmente dejará de oirle algun honrado propietario, de aquellos bienaventurados mortales, que el año de 1808 pusieron sus economías dos varas debajo de tierra; y cuatro años despues tres varas mas hondas; y en 1820 no se hable, y cuando entra-

ron los Angulemas no se diga. A esos inocentes ancianos, que cuando oyeron hablar de donativos patrióticos, echaron cinco llaves á la gaveta, y al nacimiento del sistema tributario estrenaron un cerrojo de quince pulgadas de grueso, les ha trastornado el cerebro el humo del carbon de piedra, y revoloteando como las mariposas en derredor de la luz del gas, maldicen la crisálida del obscurantismo y abogan por las minas, apenas curados del descalabro de las sociedades anónimas.

Para estos descubrió la mina el pastor, y estos son los que tienen la ingratitud de trocar los retratos de á 320 reales, que les dejaron sus amados monarcas Cárlos III y Cárlos IV, por un pedazo de papel contínuo, perfectamente litografiado y lleno de rúbricas y geroglíficos.

A sus casas vuelven todos los dias cargados de ilusiones y ricos de esperanzas, con cuatro ó cinco onzas de menos en los bolsillos del chaleco, y 20 ó 25 libras de mas en los de la levita ó la casaca.

De lo que pasa allí dentro nada podemos decir en este cuadro, y lo dejamos para mas adelante que pensamos hacer la obra de caridad de escribir una completa historia del minero.

Otro sacrificio no menos meritorio nos falta que hacer antes de terminar el presente retablo. Hemos ofrecido asomar las narices al apostadero de la silla ministerial y ya no tiene remedio. Es

preciso dejarse llevar por las circunstancias y situarse en el esquinazo de la calle del Cármen ó mejor dicho, en el primer tercio de la calle de la Montera.

Aunque la nave del Estado vaya en bonanza, milagro que rara vez acontece, y esté en calma el siempre proceloso mar de las pasiones políticas, el barómetro del apostadero señala nublado, ó vario, ó tempestad y en una palabra, *crísis.* Los habitantes del apostadero no saben vivir fuera de ese elemento; necesitan la crisis como el pez necesita el agua, y el pescador las grandes avenidas del rio. Y esa necesidad es muy natural; se comprende con solo saber que ninguno de aquellos isleños es ministro, ni siquiera subsecretario, ni aun director, y si vds. me apuran, ni escribiente de direccion.

Figúrense vds. y se figuran la purísima verdad, que toda la gente que allí se reune es mayor de edad y libre por lo tanto para gastar su hacienda como mejor les plazca. Su hacienda es el tiempo y le emplean en tomar el sol en invierno y la sombra en verano, quitando y poniendo ministros, sublevando provincias, levantando partidas de facciosos y trazando conflictos internacionales.

Al forastero, que cruza por entre aquellos grupos, se le antoja que son otras tantas cuadrillas de vagos que están allí pasando el tiempo

como pudieran pasarlo en presidio ó en cualquier otro entretenimiento parecido, y resulta que el forastero se engaña como un chino; que á decir de las gentes, casi siempre engañadas por los hijos del Celeste imperio, son los mayores bobalicones del mundo.

Los vagos del apostadero ministerial son gente tan aplicada que el menos trabajador se atreve á tomar sobre sus hombros y aun á pecho, la presidencia del consejo de ministros. Todos ellos son como el verdadero aficionado á la caza, que cuando no puede echarse á la cara reses mayores se va al soto á buscar conejos, ó sale á matar perdices, y á falta de estas, va á matar vencejos; y por último, si no hay mas que gorriones, á los gorriones tira, que no es cosa de volverse á casa con el morral vacío.

El verdadero habitante del apostadero sale á cazar noticias y si es tiempo de veda en el campo ministerial, dirige la puntería á las provincias ó al extranjero y caza lo que se le presenta para no volver á su casa desprovisto de noticias.

Acércase al primer grupo de amigos y les saluda diciéndoles:

—¿Qué tenemos?

—Vd. dirá, le responden.

—Yo no sé nada, replica sonriendo, anoche á última hora se dijo si habia crisis... pero yo no lo creo.

Aun no ha pronunciado la palabra crisis cuando si destaca del grupo algun amigo y acercándose á otro corrillo, dice con aire de misterio:

—Señores, noticia, el ministerio está en crisis.

—¿De veras? le preguntan.

—Era de esperar, dicen otros: ¿salen todos?

—Todos.

—¿Y quién entra á reemplazarlos?

—No se sabe.

—Calle vd., replica algun observador, yo he visto hace cosa de una hora pasar hácia palacio y muy de prisa el coche del general R... Tal vez...

Antes de que el observador acabe de esplanar sus conjeturas ya se ha separado del corro un sugeto que se acerca á otro grupo diciendo:

—¡Conque ya tenemos nuevo ministerio!...

—¡Noticia fresca, le replican, si ayer trajo la *Gaceta* los nombramientos!

—Pues está vd. tocando el violon; ese ministerio ha caido.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser, acabo yo de ver á...

—A quien vd. quiera, lo que yo aseguro á usted es que está formando gabinete el general R...

—¿Y se sabe con qué personas cuenta?

—Es natural que lleve para Estado al marqués de M...

—¡Valiente calabaza!

—Para Hacienda á J...

—¡Santa Bárbara nos asista!... no van á quedar ni los ochavos de tanteo para el tresillo.

—En Gracia y Justicia entrará L...

—¡Qué disparate!... Harán renuncia todos los magistrados.

—¿Y por qué? es de la carrera.

—Tiene vd. razon; estudió leyes y al único reo que defendió como abogado, pedia el fiscal la inmediata y le ahorcaron de resultas de la defensa!

—Eso no tiene nada que ver para que sea buen ministro.

—Verdad es, siga vd diciendo; ¿quién cree usted que entrará en Guerra?

—El mismo R... que tendrá esa cartera y la presidencia.

—¿Y en Marina?

—El general M...

—¿Y en Fomento?

—El general H...

—¿Con que cree vd. que habrá tres generales?

—¡Como no sean cuatro ó cinco!

—¡Cáspita!... Pues entonces harán ministro de Gracia y Justicia á algun general?

—¡No, pero si el general R... queda solo con la presidencia y en el ministerio de Estado, no entra el marqués!...

Tampoco esperan los de este grupo á que acabe el preopinante de discurrir sobre lo que podrá

suceder en la formacion del ministerio, y acercándose á los demás corrillos, agitados ya con la noticia de crisis, dicen:

—¿Con que saben vds. ya los nombres de los nuevos ministros?...

—¿Es cosa segura?

—Me acaba de afirmar, persona que tiene motivos para saberlo, que juran dentro de media hora.

—¿Y quiénes son ellos?... Vengan, vengan.

—Guerra con la presidencia, R... Estado, el marqnés de M... Hacienda, J... Gracia y Justicia, L... Marina, M... y Fomento, H...

—¿Y Gobernacion?

—No se sabe.

—Pues falta lo mejor.

—Echarán mano de algun general.

—Es probable.

—Pues dígole á vd. que será cosa de que todos aprendamos el paso de ataque y la carga á once voces.

—Amigo mio, es preciso andar con las circunstancias.

—¿Y cree vd. que esta gente resolverá la cuestion?... ¿Durarán mucho?

—Lo que la sal en el agua... Este ministerio nace muerto.

—¿Tendrá mayoría en las Cortes?

—¡Qué ha de tener!... ni veinte votos!

—¡Bah!... ¡como den *turron*!...

—No sea vd. niño, aunque den turron... Se lo comerán y luego... á buscar otro padrino.

—Pues tendrán que disolver las Córtes.

—¿Quién lo duda? ¡pues si este Congreso nació muerto!

—En ese caso dígole á vd. que para elecciones no nos alcanza el tiempo.

Y así, ni mas ni menos, siguen conjeturando acerca de la conducta que seguirán en el poder aquellos hombres que el mentidero de la Puerta del Sol, acaba de elevar á los primeros puestos de la nacion.

De una noticia de crisis negativa, de un hombre que llega diciendo que ha oido hablar de crisis, pero que no lo cree, se ha formado un completo y al parecer positivo cambio ministerial. Y lo mas chistoso del caso es que al mismo autor de la inocente noticia, se la devuelven tan acabada y completa, que le es imposible adivinar su orígen y la dá entera fé y crédito.

El mismo rumbo lleva cualquier otra noticia sobre aparicion de facciosos, ó cosa por el estilo. De doce pasan á ser doscientos, y acaban en ocho mil; á cuyo número el autor de la noticia añade los doce que á él le constan, y vuelve á su casa con ocho mil facciosos mas.

Son las noticias en esos mentideros lo mismo que las bolas de nieve: se sueltan como un gar-

banzo y cuando acaban de rodar tienen el volúmen de una montaña.

Excuso decir á vds. lo que crecen despues que salen del apostadero hasta que llegan á las columnas de los periódicos..

Y mientras los políticos baten el cobre en el apostadero, siguen cruzando el lago y haciendo conversiones de sol y sombra los demás parásitos de las islas inmediatas; mirando al reloj, cada vez que repite la hora, esperando que sea la una para ver salir la gente de la misa del Buen Suceso, y resignándose á continuar allí hasta las seis de la tarde; á cuya hora parten los correos, siempre favorecidos por una extraordinaria é incansable concurrencia de ociosos, que todos los dias parece que ven por primera vez rodar un carruage.

El negociante perrero, que desde que la célebre Mariblanca se retiró del bullicio del siglo á la soledad de la plazuela de las Descalzas, es la figura mas importante de la Puerta del Sol, sigue inmóvil, con su alforja llena de habitantes del Nuevo Mundo, ó de peninsulares rebajados; que esto de hacer pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense y teñirle la piel hasta dejarle negro como el ébano, es el gato por liebre del comercio canino.

Nunca pregona su mercancía, y aun hay quien dice que le ha visto enternecerse cuando

ha tenido que hacer el sacrificio de cambiar un perro por una onza de oro; pero esto no se sabe de cierto, y no falta quien diga que no llora el perrero, sino el marido de la señora que compra el perro. Cosa muy natural, no por el dinero, sino por los pobres animalitos que están sujetos á un tráfico capaz de excitar el dia menos pensado la filantropía de los ingleses; gente tan humana y tan compasiva, que por acudir al socorro de los negros, tiene la abnegacion de ver morir de hambre á sus propios hermanos los blancos de Irlanda, y aun á los mismos bretones.

Los demás negociantes de la Puerta del Sol, son todos negociantes de poco pelo. Aguadores, fosforeros, bolleros y algun otro vendedor de papel cortado para cartas. Industria tan moderna como la de escribir, que en cierta clase de gentes tiene muy poca antigüedad.

Pero cuando en este asunto y en otros, comparamos el estado de HOY con el de AYER, nos parece que estamos un paso del MAÑANA.

Y esto es tan cierto, que antes de pasar adelante en estos cuadros del presente, vamos á echar una mirada retrospectiva para que el lector pueda medir por sí propio el camino que hemos andado en estos últimos años.

Antes de desplegar los grandes lienzos de la coleccion, bueno será que nos entretengamos

en dibujar el cuadro de la transicion de lo pasado á lo presente, empezando por abrir el *testamento de don Cándido Retroceso*, que como sabe el lector, falleció de una pulmonía francesa el año de 1808.

CUADRO QUINTO.

Un realista y un doceañista.

Dos cantidades iguales á una tercera, son iguales entre sí.

Aun no soñaban los modernos domadores de fieras en degradar la noble alcurnia de los tigres y de los leones, hasta el punto de encerrarlos en una misma jaula con las ovejas, sin el menor sobresalto de estas últimas, cuando ya se habian llevado á cabo diferentes maridajes entre animales de distintas especies y de diversas inclinaciones.

Las líneas divisorias que Buffon, Cuvier y otros naturalistas de fama, habian echado entre los carniceros y los herbívoros, no valian de nada al pastor que criaba un lobeznillo para acurru-

carle y dormirle cuando fuera anciano, entre el rebaño de sus queridas ovejas, y la beata, que en sus ratos profanos, domesticaba los ratones y apaciguaba la fiereza del gato, hasta el punto de hacerlos que comiesen en una misma cazuela, se reia de las antipatías de que hablaban los libros y daba un solemne mentís á todos los Buffones del mundo.

Ha mucho tiempo ya que no es cierto aquello de que el perro y el gato no caben en un mismo plato, y es cosa sabida que como dijo el otro, y el otro era un francés segun se ve por la muestra, *il ne faut q' une instant pour unir deux belles ames.*

Si, amigo lector, es cosa sabida que dos almas nobles se unen en menos que canta un gallo. La cuestion no estriba en otra cosa que en hallar un corchete; por lo demás, nada es mas cierto que lo que te digo. El mundo se compone de quebrados que andan rodando hasta convertirse en enteros; si coges un cuarto y le añades otro, no harás mas que medio, pero si le buscas tres cuartos tendrás un entero.

Esta es la teoría del matrimonio, y ya habrás visto que para que haya una simpatía perfecta no se han de buscar dos genios simpáticos, sino dos genialidades distintas, que á fuerza de estar tirando y aflojando, restablezcan el equilibrio.

¿Quién ha visto lucha mas encarnizada que la de dos gallos dentro de un mismo gallinero? Y

sin embargo, ¿hay nada mas igual á un gallo que otro gallo?

Todo esto te lo digo, porque supongo lo que estarás diciendo desde que hayas visto el título de este cuadro.

Creo que estarás asustado de que me haya atrevido á bosquejar en un solo lienzo dos enemigos tan irreconciliables como son el realista y el doceañista; pero aun pienso que sea mayor tu asombro, al decirte que por ellos he añadido aquel axioma matemático de que dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí.

Y tan cierto es que á ellos aludo, que este cuadro no tiene otro objeto sino el de probar la identidad de esas dos criaturas, que habiendo nacido gemelas, se han empeñado en andar siempre reñidas, haciendo el Jacob y el Esaú ó mas bien el Cain y el Abel de la historia.

No soy yo, sin embargo, quien ha de hacer el paralelo entre ambos pretendidos rivales; procuraré retratar al uno y al otro con la mayor imparcialidad, y tú, lector, serás el juez del campo.

Cuando el trabajo esté concluido tomarás un espejo, para que veas si siendo iguales entre sí pueden dejar de ser iguales á un tercero. Lo único que te advierto, y bien pudiera tener esta advertencia por excusada, es que mis retratos no son políticos, por mas que lo sean los originales retratados.

Tambien quiero que sepas que no he ido en su busca, sino que ellos me han salido al encuentro. Los he tropezado en la testamentaria de don Cándido Retroceso, y me han seguido á todas partes.

Sin ellos me seria imposible trazarte un ligero bosquejo de lo que ocurrió para que dejásemos de ser lo que éramos en 1800 y para que seamos lo que somos en 1850. Para lo que hemos de ser en 1899, ni quita ni pone su presencia. Son dos guarismos políticos de que vamos á hacer una abstraccion completa en la futura revolucion matemática.

El primero, don Plácido Regalías y Privilegios, vino al mundo en el año de 1785; faltábanle veinte y dos meses, no cabales, para cumplir veinte y cinco años antes de la entrada de los franceses en España, y como muchacho menor de edad, no supo lo qne se hizo al oponerse á cuanto quiso hacer José Bonaparte, y llevó sus calaveradas hasta el punto de apellidarle Pepe Botellas.

Tampoco el segundo, don Restituto Igualdades y Garantías, era mayor de edad cuando estalló la guerra de la Independencia, y cometió el disparate de enamorarse del emperador, hasta el punto de seguirle á Francia, riyéndose de la nota de afrancesado conque le motejaban sus compatriotas. Nota injusta en verdad, porque

Restituto amaba y aun habia defendido la independencia de su patria, y solo era adicto al intruso monarca, porque le creia destinado por la Providencia y hasta llovido para labrar la felicidad de los españoles.

Hasta entonces Plácido y Restituto, habian vivido como dos buenos hermanos, mamando la misma leche de dos madres igualmente Católicas, Apostólicas, Romanas, y á mayor honra y gloria de Dios y de su amado Monarca, realistas hasta la médula de los huesos; estudiando poco y en latin para que abultase menos, con los mismos frailes; dejando de leer los mismos libros y sacando por consecuencia de una idéntica educacion, idénticos resultados.

Aun no habiau cumplido quince años de edad, cuando les heló la sangre saber que en Francia, en un pais que apenas sabian buscar en el mapa, habian degollado un rey, y que habia un tribunal revolucionario, que con razon se les antojó compuesto de antropófagos, que mataba las gentes *como á chinches*.

Entonces alzaron la vista al cielo, rezaron un *pater noster* por el alma del difunto monarca, le mandaron decir media docena de misas, y salieron á la calle á descubrirse respetuosamente en presencia del suyo, y á besar la mano á los frailes inquisidores que hallaron al paso.

Don Cándido Retroceso, gozaba en esa época

de una perfecta salud, y veia medrar á Plácido y á Restituto á la sombra de los conventos, satisfecho y tranquilo, sin ocurrirle pensar en que pudiera existir Napoleon Bonaparte, ni menos que éste supiera la existencia de España.

Tenia don Cándido trazado á su modo el destino del siglo XIX, que no era por cierto el de los fósforos, ni el del gas, ni el de los caminos de hierro, y pensando seriamente en la suerte de los dos muchachos, dedicó á Plácido á la abogacía y á Restituto le hizo médico.

Aquí dió principio la separacion de aquellos dos seres, amamantados, criados y latinizados tan de comun acuerdo, que ya habian cumplido diez y ocho años de edad y aun eran gemelos en génio y en aspiraciones.

La primera division que se estableció entre ambos fué la de que Restituto, al hablar del Criador del mundo le llamaba Ser Supremo, y Plácido le seguia conociendo con el nombre de Dios, en lo cual daba no poco gusto á don Cándido. Pero aun esa metafísica divergencia, que mas tarde tomó ¡pásmense vds! unas proporciones colosales, hasta el punto de caracterizar y hacer dos grandes escuelas y dos grandes partidos, no tuvo consecuencia alguna en la identidad absoluta de los gemelos. Plácido sabia mas de teología que de jurisprudencia y rociaba con el vinagrillo de los Santos Padres las pestilentes doctrinas del

presunto Esculapio; y Restituto, que tenia sus temores de hacerse materialista, se cargaba de fé, para ahuyentar la materia y mas aprendia de medicina revelada que de verdadera medicina.

Asi las cosas, quedóse don Cándido, como ya dijimos en el último cuadro de la primera parte, dormido con la ventana abierta, y por el lado de los Pirincos le entró una pulmonía francesa que le quitó la vida por instantes.

Solo tuvo tiempo para hacer el codicilo, de que ya tiene noticia el lector, y sus herederos Plácido y Restituto, le lloraron juntos mientras estuvo de cuerpo presente el cadáver; y luego... luego hicieron lo que todos los que heredan: regañar sobre quién ha de llevar la mejor parte.

Y hé aquí el orígen de mis dos personajes.

Hijos de un fanático, cada cual dió distinto rumbo á su fanatismo, pero ninguno dejó de ser consecuente con la educacion que habia recibido en sus primeros años.

Ambos siguieron siendo honrados, virtuosos y buenos; é intolerantes ambos, que esta fué la manzana de su discordia, la intolerancia.

Hasta el dia de su muerte hubieran podido marchar juntos, si hubiesen sabido tolerarse mútuamente sus defectos; pero no lo hicieron así, y por eso andan errantes cada cual por diverso camino, viniéndose á las manos á cada momento.

Hoy están muriéndose de viejos y aun siguen irreconciliables, creyendo que el mundo es pequeño para los dos.

Sus hijos, en cambio, conservan las mismas denominaciones, y pretenden estar en distintos bandos; pero el hambre les ha enseñado á ser tolerantes y comen en el mismo plato.

Conservan las mismas banderas, aunque no tan limpias como las tenian sus padres, y se baten cuando llega el caso; pero viven juntos, viajan juntos, y yo tengo para mí que están esperando á que sus padres bajen al sepulcro, para darse un abrazo, y refundirse en una sola familia, que no será ninguna de las antiguas.

Si lo hicieran HOY, que aun viven los hombres de AYER, seria una imprudencia; seria atentar contra la vida de los pobres ancianos; lo harán MAÑANA, que como época nueva, no pertenece á los unos ni á los otros.

Pero volviendo á nuestros personajes, diremos que por el bien parecer, y por el qué dirán, no rompieron lanzas hasta el año de 1810, en que tras de las juntas supremas, habia venido la central y luego la regencia, y por último las Córtes; á cuyo nombre se entusiasmó don Restituto, y torció el gesto don Plácido.

Y desde ese dia, tirando cada cual por su lado, rompieron los galgos el collar con que habian marchado unidos hasta entonces.

Pero ya eran mayores de edad el uno y el otro, y como el hábito no hace al monje, han conservado siempre los mismos defectos y las mismas virtudes, y sobre todo, la misma intolerancia.

La única cualidad que los separa un tanto es la consecuencia del uno y la inconsecuencia del otro.

Don Plácido, forzoso es confesarlo, ha sido mas consecuente que su hermano. Dijo que no queria alterar ni un punto lo que le habia dejado su padre, y que si daba algun paso seria hácia atrás, y con efecto, no ha dado un solo paso hácia adelante. Cuando vé la luz de gas se cubre los ojos y se santigua como si fuera un relámpago; no coge un periódico en la mano ni para envolver especias, y se tapa los oidos cuando oye el silbido de una locomotora, diciendo tres veces Jesus, y haciendo la cruz como si viera al demonio.

Don Restituto, por el contrario, dió libertad á la imprenta, y echó á correr asustado de su obra como el alguacil que entrega la llave del toril para que suelten el toro; ofreció reformas, hasta el punto de comprar su cacho de tela colorada para hacerse el gorro frigio, y aun no habia principiado la obra, cuando empezó á refrenar el carro de la revolucion, diciendo Jesus me valga, y haciendo la cruz, deslumbrado con los resplan-

dores de la antorcha de la civilizacion, que él propio habia encendido.

De manera, que hoy se encuentra de nuevo junto á su hermano, sin saberse explicar si es él quien ha retrocedido ó es el otro el que ha avanzado.

Y á pesar de todo esto, no se hablan ni se miran siquiera, y están como verdaderos perros y gatos.

Han tenido sus diferentes alternativas de mandar y de ser mandados el uno por el otro; han apaleado y se han dejado apalear; han hecho emigrar y han emigrado; y por último... hace muchos años que vienen jugando á perseguidores y perseguidos, como veremos en los cuadros próximos.

CUADRO SEXTO.

El 12, el 20, 37 y el 45.

VOY á aumentar y lo siento, el producto de una de las rentas mas vergonzosas, que constituian en 1850 el pingüe mayorazgo de la nacion Ibera.

Con estos cuatro números, que forman el título del presente cuadro, harian los suscritores aficionados cuatrocientas combinaciones, y alguno habria que los jugase mondos y lirondos, á palo seco, ó á terno y ambo, lamentándose y teniéndome por un menguado por haber omitido el quinto. Pero se engañan si creen que ha sido olvido lo que ha sido hecho á todo intento.

A la boca del bombo político ha estado una vez la bola; pero como los globos de esta lotería son de cristal, la vieron los jugadores, grita-

ron, se alborotó el cotarro y la echaron de nuevo al fondo hasta mejor ocasion.

Hoy por hoy, en buen hora lo digamos, aun no han salido mas que cuatro extractos:

El de 1812, el de 1820, el de 1837 y el de 1845.

Si, amigo lector, cuatro veces hemos encantarado los destinos de la patria, y otras tantas hemos sacado á pulso una Constitucion hecha y derecha.

Y no creas que vinieron nunca á meter la mano en el bombo los niños de los Desamparados, ni otros angelitos por el estilo, sino hombres granados y talludos, mayor de veinte y cinco años el que menos, y todos elegidos por sus propios paisanos.

Si en estas loterías tomásemos en cuenta una extraccion masculina, por mal nombre llamada el Estatuto, aun podriamos dar gusto á los jugadores, completando el quinterno; pero la hemos echado al fondo, como á la otra bola que no ha mucho tiempo quiso salir premiada. Nos sobra y nos basta con las cuatro citadas, de las cuales no hemos de tomar otra cosa que las fechas, para ponernos de cuatro brincos en la época presente.

Ellas se han guardado mucho de ponerse en rigorosa práctica, y nosotros tendremos buen cuidado de no decir el por qué no se han obser-

vado y cumplido, y de callar lo que hubiesen sido si los hombres las hubieran observado.

El autor de estos cuadros, no es aficionado á juzgar por intenciones, que á serlo empezaria por rogar á sus lectores que le tuvieran por el hombre de mejor intencion en cuanto á desear escribir mucho y bueno; pero como el hombre propone y Dios dispone, resulta que deseando el autor escribir un cuadro cada dia, enferma, y pasa dos meses si dar una sola plumada.

Y hé aquí lo que podrá muy bien haber sucedido á los autores de las Constituciones; habrán enfermado, y los mejores propósitos y los mas bellos programas no han podido realizarse.

Dios mejorará sus horas, si lo creyere justo; mientras tanto daremos cuatro brochazos acerca de los cuatro números premiados:

El 12, el 20, el 37 y el 45.

Ya conocen vds. á don Restituto, pues figúrense que siendo su apellido Igualdades, buscó una esposa que se llamaba Libertades patrias; y de este matrimonio le nació una hija que recibió el nombre de *Constitucion del año doce.*

Aquí tenemos ya el primer extracto.

Ahora díganme vds., si es posible, que haya un padre tan desnaturalizado, que deje de amar con delirio, con pasion, y hasta con ceguedad, al fruto primero de unos amores tan castos, nobles y dignos!

Restituto era todo un hombre de bien, y trató lo primero de ser consecuente con su nombre de pila, restituyendo á los pueblos sus antiguas venerandas Córtes, sus fueros y libertades. Casado con estas últimas, pidió fruto de bendicion, á grandes voces y en no pequeños discursos y amó á la hija de sus entrañas con todo el delirio de un buen padre.

¿Hay en esto nada de particular? ¿Habrá quien diga que semejante amor, no es racional y justo? Ustedes responderán que nó, y sin embargo, se engañan.

Don Plácido, su hermano gemelo, le maldijo y de Pílades y Orestes, ó de Justo y Pastor que habian sido hasta entónces, se convirtieron en dos encarnizados rivales, viniendo á ser un nuevo Cain el uno del otro.

Ya no era Restituto, ni virtuoso, ni honrado, ni buen esposo, ni buen amigo, y á pesar de que Plácido le habia visto recibir el agua del bautismo, se obcecó hasta el punto de negarle el título de cristiano.

Ambos quemaron las naves, para no arrepentirse de su juramento, y lo que juraron fué no volverse á saludar en esta vida. Nada dijeron de la otra, porque cada cual cree que á su contrario le está reservado el infierno y ambos piensan que para sí está guardada la gloria.

Pero al nacimiento de la *niña*, Restituto esta-

ba comiendo el pan de la boda, y no se acordaba de la maldicion de su hermano.

Embriagado con las dulzuras de la paternidad, no pensaba en otra cosa que en recibir felicitaciones de los amigos y en hacer caricias al rorro.

Llevaba un ejemplar del nuevo código en el bolsillo, y le repasaba á todas horas; primero, para aprenderle de memoria y luego para que no se le olvidára lo que habia aprendido. Tenia la portada en un cuadro con lazos verdes, y es fama que nunca se quedó dormido sin meter el código debajo de la almohada.

Despertábase á cada momento sobresaltado y soñando que se le habia perdido y era tanto su amor, que hay quien dice que de tanto guardarle y esconderle, le ahogó entre sus brazos.

Indudablemente no murió la niña á manos de los contrarios de su padre, sino que la quitó la vida su propia coquetería, y su constitucion demasiado nerviosa.

Dijo que daba carta blanca á todos los hombres para que la escribiesen cuanto les diese la gana, y apenas recibia unas epístolas poco galantes, y aun ciertos requiebros fuertes, se asustaba, perseguia á los amantes y le daba el ataque de nervios.

A pesar de que llevaba el apellido Igualdad, excluyó del número de sus adoradores, á *los afri-*

canos, porque eran *morenos*, y les mandó que fuesen á hacer méritos y virtudes y que probáran ser hijos de *padres ingénuos*, con otras gollerías por el estilo.

Plácido no se valió de las armas que le daba su propia sobrina, sino que agarró una espada y se lanzó á hacer el Viriato por montes y vericuetos.

La tizona y el Crucifijo eran su código fundamental, y tampoco se dormia sin tener la primera junto á la almohada; hasta que por fin murió la niña y se acabó la historia del año 12, para resucitar en 1820.

Y hé aquí el segundo extracto de la lotería constitucional:

Ya hacia algun tiempo que la niña habia resucitado, cuando el monarca se acercó á olerla, la reconoció y la declaró hija suya.

A don Restituto le pareció excelente sugeto el tutor de la chica; dijo muchas veces y á grandes voces, viva el Rey Constitucional, y se tendió á dormir á pierna suelta, pero siempre con el código debajo de la almohada.

No tenia el menor recelo, ni le ocurria pensar en que pudieran robarle nuevamente la criatura, pero trató de evitar un por si acaso, y al efecto no paró hasta que hubo convertido todos los *reales en nacionales*, (cambio de nombre á que dió gran importancia) y á mayor abundamiento,

hizo que toda la gente de su casa estrenara vestidos verdes; y aun él mismo se mandó hacer un frac del propio color, que lució á manera de ***trágala*** por delante de la casa de don Plácido.

El cual, forzoso es decirlo, aunque andaba á salto de mata, siempre que tropezaba á su antiguo amigo, estornudaba como para llamarle ***negro***, refrendando de este modo su patente de ***blanco***, y con mas fé en su estornudo que en una descarga de metralla.

Restituto le devolvia los estornudos, cantándole el trágala todas las noches debajo de los balcones, y el pobre Plácido mordia las sábanas de corage, cada vez que oia aquello de:

Tú que no quieres
Constitucion,
Trágala y muere
Vil servilon.

Con esto y con poner cuatro velas de cera delante de los retratos de sus héroes, y pasearlos en triunfo por las calles, creia Restituto tan asegurada la libertad, que dió poca importancia á la desamortizacion de los bienes de los frailes y á las demás leyes económicas, verdadero objeto de su bullanga política.

Con haber añadido á la gracia de Dios, la gracia de la Constitucion, haber suprimido los reales en las muestras de los estancos del tabaco y

juegos de billar y vuelto á levantar los edificios que habian sido demolidos el año 14, por el grave delito de encerrar en sus cimientos un ejemplar de la Constitucion del año 12, ya no tenia cuidado ni temor alguno.

Y si algun recelo pudiera quedarle, el establecimiento de las sociedades secretas vino á llenarle de paz y de tranquilidad.

A la garantía constitucional de su frac verde, añadió un martillo de marfil por puño de su baston, y formando *triángulo* con otros dos amigos, el *compás* de la secta masónica le daba la medida de su felicidad.

Si á esto añaden vds. el fusil que le dió la patria para que la defendiera en casos urgentes, y la sirviese á todas horas, en cosas de ninguna urgencia, se convencerán de que tenia razon para estar tranquilo y sosegado, y para seguir echando la siesta con su adorado código por almohada.

Si seguia persiguiendo sin tregua á don Plácido, era una gollería hija de la idea que tenian ambos de que ó el uno ó el otro estaban de sobra en el mundo.

Pero esa persecucion y ese encono eran su sueño dorado, y en vez de llamar á cuentas al amigo, haciéndole gozar, para que se aficionara, las dulzuras de la libertad, le seguia cantando el trágala y le llamaba *palomo*; y por último, el

otro, que á decir verdad lo estaba deseando, volvió á empuñar el Cristo en la izquierda y la Santa Bárbara en la derecha y se lanzó á la segunda jornada.

El Rey, que seguia siendo constitucional de muy buen grado, se equivocó al guiñar el ojo, y en vez de dirigirse á Restituto, le hizo la seña á Plácido, y éste á los suyos, que como eran pocos se trajeron unos cuantos de Francia y cayó enferma la *niña*.

Hubo junta de médicos; estuvieron como de costumbre discordes, y prevaleció el dictámen de que la chica fuese á tomar los aires de Cádiz.

Allí se declaró la enfermedad mortal y murió... ¡vaya si murió!.. Pregúntenselo vds. á los muchachos de entonces, á quienes Restituto habia redimido de la pena de azotes, que cantaban desconsolados aquello de:

Compañero no alborotes
Estudia sin dilacion,
Que ya no hay Constitucion
Y volverán los azotes.

Don Plácido, que fué el enterrador, podria darnos mejores informes, pero ya nos los dará en el cuadro próximo.

Ahora seguiremos jugando los extractos de la lotería constitucional.

Allá va el 37, que aunque ya desde el año 30

andaban metiendo la mano en el bombo, no le atraparon sino siete años despues.

A este número no habia jugado don Restituto, el cual, han de saber vds., que seguia apuntando el 12, sin que hubiera fuerzas humanas que le hicieran cambiar la cédula.

Ni porque se le dijo que su código era malo para aquella época, cosa que le hizo poner el grito en el cielo; ni porque se trató de consolarle volviéndole la oracion por pasiva, y diciéndole que el código era demasiado bueno para una época tan mala, de ninguna manera pudo lograrse que desistiera de su empeño.

Un solo medio habia, y ese fué el que se puso en juego, para que transigiera con la reforma de la que él queria conservar *pura* y *neta*. Ese medio es el que se usa vulgarmente para que se duerman los niños; darles miedo con el coco.

El coco de don Restituto era don Plácido, que andaba de monte en monte y de pueblo en pueblo, atronando el valle y la selva con sus gritos de *viva el Rey* y *muera la nacion*, sin ocurrirle al dar esta sentencia de muerte, rezar un *pater noster* por su alma, que no por ser realista, dejaba de ser nacional, y ciudadana.

El temor de que las discordias del partido liberal diesen el triunfo al servil, hizo que Restituto saliera de sus trece, desistiendo por fin del año 12, y aunque de dientes adentro jamás reco-

noció por hija suya la Constitucion del 37, juró guardarla y observarla; y así lo hizo, pero sin dejar de dormir sobre el código adorado.

Su edad por una parte, que sin ser decrépita era avanzada, y por otra, el no ser exclusivamente suya la nueva jugada, le colocó en una posicion harto secundaria, en la que, sin embargo, hacia muchas veces el principal papel, comunicando con sus peroratas una gran fé en los principios á los nuevos liberales.

Pero estos, que ya habian olido al nacer el carbon de piedra, y cuya madre no necesitó pajuela para encender la vela de San Ramon; deslumbrados con la luz del fósforo, no vieron otra cosa que el tanto por ciento, y en vez de adorar el código fundamental, adoraron las cotizaciones de la bolsa, fundamento de su riqueza.

Creyeron que á Restituto, su padre legítimo, no podian darle mejor oficio que el de hacerle guardian de la Fé, y se la entregaron por completo, nombrándole patriarca y santon del gremio constitucional y permitiéndole que fundase una sociedad de veteranos, y que comprase un carro fúnebre.

La indirecta no podia ser menos disimulada, y mientras Restituto iba llevando al compás del himno de Riego todos sus antiguos compañeros al campo santo, ellos iban labrando con los materiales de la incredulidad y del egoismo que les

suministraba el tanto por ciento, el cementerio de la fé y del entusiasmo.

Cuando don Restituto les daba la voz de alerta, diciéndoles que no enterraran lo que habrian de querer resucitar mas tarde, le llamaban flamason y exaltado; y por último, republicano.

Epíteto horrible que le hacia temblar de arriba abajo y recordando con miedo el noventa y tantos de Francia, rezaba por el rey que fué á la guillotina, y no volvia á desplegar sus lábios.

Lo único que hizo fué mordérselos de corage al encontrarse mano á mano, y por una série de convenios y transacciones que él reprobaba altamente, con su irreconciliable enemigo don Plácido.

Este golpe fué mortal para el pobre don Restituto. Quiso pararle en 1840, y volvió á sacar el código de debajo de la almohada, pero ya era tarde. Sus hijos le hicieron burla, y se prepararon á jugar de nuevo á la lotería constitucional, sacando premiado cinco años despues el número 45.

Desde entonces acá, mi pobre doceañista, no ha hecho otra cosa que encerrarse en su casa, arreglar sns asuntos domésticos, y hacer testamento, encargando que le entierren con un ejemplar del código del año 12.

A este último extracto no ha querido jugar ni poco ni mucho, y solo cuando oye decir que va

á salir otro del bombo, se incorpora y tose fuerte con ánimo de asustar á los muchachos, para que cuando menos, dejen el juego conforme se halla.

Y el autor de este cuadro, imitando el ejemplo de don Restituto, no se atreve á tocar el número 45, porque está tan delicado y tan enfermo que teme que se le quede entre las manos.

Han hecho demasiadas enmiendas en la lápida constitucional, y es fácil que al cogerla, para asegurar el 45, se caiga y se rompa.

Y una vez hecha pedazos, es posible que no se encuentren artistas que la recompongan.

Al compás del himno de Riego se los ha ido llevando uno á uno el carro fúnebre de los veteranos.

La generacion moderna que los vé conducir al cementerio, sin verter una lágrima, tiene otro modo de ver las cosas, y de otro modo tambien la veremos en muchos de los cuadros próximos.

CUADRO SÉTIMO.

El 14, el 24, el 33 y... el ¡Dios sabe cuántos!

TAMBIEN don Plácido jugaba á la lotería, y tambien metió la mano en el bombo y acertó dos números y medio, y aun no ha perdido la esperanza de acertar el otro medio y el cuarto; pero se ha encariñado con un *quinto* y aunque sus hijos le ofrecen un *sesto*, no quiere salir de sus trece, ni mas ni menos que don Restituto que se ha empeñado en morir abrazado al doce.

Se rie de la obstinacion de su antiguo camarada y al renegar de la fé conque éste guarda su código del año doce, conserva la suya incólume y cree y espera la venida del Mesías prometido sin importarle nada de que el tal Mesías haya abdicado.

Hablarle á don Plácido del conde de Molina y del conde de Montemolin, es lo mismo que referirle un cuento de las Mil y unas noches. Para él no ha pasado nada, absolutamente nada, ni aun el tiempo, desde la víspera del Convenio de Vergara, y el hermano del difunto monarca Fernando VII, es ni mas ni menos que el rey de las Españas y de las Indias, don Cárlos V de Borbon, y su primogénito el verdadero, y el único y valedero príncipe de Asturias.

Todo lo demás es patarata y cuentos de brujas, y armas que emplean para seducirle los pícaros de los *negros*, á los cuales odia HOY tan cordialmente como los odiaba AYER y como los odiará MAÑANA, si Dios le deja llegar allá.

Murió (Dios le tenga en su santa gloria) el rey Cárlos III, y aclamó, y juró, y rindió homenaje y vasallaje á su hijo el señor don Cárlos IV (Q. D. H.) Antojósele á este buen rey abdicar, ó aparentar que abdicaba la corona en su hijo don Fernando, y tambien don Plácido gritó de todo corazon ¡viva el rey! y de todo corazon se hizo realista. Pero murió Fernando *el Deseado*, y antes de morir tuvo la feliz idea de instituir heredera del trono á su hija, y don Plácido torció el gesto y se hizo carlista. Y aunque parezca repentina esta resolucion no por eso dejó de ser muy pensada. Desde 1828 tuvo intenciones de jugarle una mala pasada al rey en favor de su hermano.

Vió que los liberales apuntaban al ambo, y él se empeñó en ganarles con un quinterno. Hasta la hora presente aun no le ha salido premiado el número cinco, y sus hijos, como hemos dicho antes, quieren saltar una bola y darle *un sexto*; pero no precipitemos las jugadas; examinemos la primera; la del año 1814.

En esta época don Plácido creyó que habia conquistado el mundo, con solo haber desterrado el Código de 1812, y despues de quemar por mano del verdugo, todos los ejemplares que cayeron en las suyas, se dió á perseguir con encono y con ahinco al pobre don Restituto.

Si le veia pasar por la calle, con los ojos bajos y cariacontecido, era señal... de lo que no podia dejar de suceder; de que no le gustaba aquel régimen de cosas, ni mucho menos el régimen de las personas; y este inofensivo mal humor le valia un insulto, ó una amenaza, y cuando menos ¡figúrense vds. lo que seria lo mas! una paliza, un destierro, y á veces la horca.

Si por el contrario estaba alegre, ya se le antojaba á don Plácido que le habia soplado la dama, esto es que le ganaba la partida, y le mandaba á un calabozo ordinario, ó á los del Santo Oficio, y de allí al tormento para que cantara y dijera lo que en manera alguna podia decir porque lo ignoraba.

La puerta de Toledo, por ejemplo, y quien ese monumento cita quiere que por citados se

tengan todos los que se construyeron en la época de la Constitucion, cayó al suelo á los gritos de *muera la Nacion* y *viva el Rey*, creyéndose don Plácido el mas feliz del mundo, despues que hubo sacado de la piedra angular del edificio, el pícaro código que hacia dos años que estaba pudriendo tierra.

Estas y otras jornadas famosas, produjeron una gran fiesta nacional (con perdon sea dicho de la palabra realista), y el pobre don Restituto, que como vds. saben, era entonces un pícaro negro, no sabia que hacer para no incurrir en el desagrado de su intolerante Cain.

Si salia á la calle, le corrian y le silbaban sacudiéndole el polvo, porque no victoreaba de corazon al monarca; si no salia y tenia cerrados los balcones, se los abrian á pedradas; y por último, dicen las gentes que lo vieron, que habiéndose vestido en cierta ocasion una casaca negra, se acercó á olerla don Plácido, y sobre si era teñida, y antes habia sido verde, le molió las costillas de tal modo que en mucho tiempo no pudo vestir casaca verde ni colorada.

Semejante tolerancia hizo que don Restituto saliese de su abatimiento, y convencido de que en la mesa redonda del absolutismo no le permitian ni la inofensiva distraccion de ver comer á los realistas, pensó seriamente en el restablecimiento del comedero constitucional.

No habia prensa pública donde condimentar los manjares, y se encerró en las cuevas, asociándose en secreto con sus amigos políticos, estableciendo con ellos el *comunismo* y la *fracmasonería*; palabra esta última que se le atragantó de tal manera á don Plácido, que jamás pudo pronunciarla de otro modo que llamando á los sectarios de ella flémasones.

Pero no contento con estos clubs, y á pesar de su entrañable amor á la discusion pacífica, tambien se largó Restituto á los montes, y

Viriato guerrero,
pasando de orador á guerrillero,
y de aquí á capitan contra-faccioso
gefe fué á los realistas ominoso.

Lo fué tanto, que don Plácido se hizo cruces y creyó que soñaba, cuando le quitó el sueño el restablecimiento de la niña, en el segundo extracto constitucional del año de 1820, de que ya hemos hablado en el cuadro anterior.

Lo que nos pertenece en el presente es decir diez palabras de los famosos diez años de la segunda contradanza realista.

De esa *ominosa decada*, segun la llaman los santos padres del partido liberal.

Es probable que les parezca á vds. un poco mas fuerte que la primera, y esto no tiene nada de particular; todas las segundas nupcias son

terribles, y está probado entre las mujeres, que no hay marido tan insufrible, como el que despues de haber sufrido á una mujer, se dispone á aguantar la segunda.

Cogió don Plácido tan á deseo el año 24, y estaba tan harto ya de la palabra constitucion y del apellido constitucional, que le ofendia gravemente el que por decirle que estaba sano le dijesen que tenia una *constitucion* robusta (1), y se pasaba los dias enteros gritando ¡viva el Rey á secas! y ¡viva la Inquisicion sin telarañas!

Aunque no era esto lo único que hacia, sino que desde luego se entretuvo en arrancar todas las lápidas de la Constitucion y en devolver á los estancos el apellido de reales, (lo cual no mejoró gran cosa la calidad del tabaco) y en atarse al sombrero una cinta blanca, con el consabido rótulo de *viva el Rey y la Religion*, y en otras cosas por el estilo.

Lo que hizo de mas positivo y de mayor sustancia, y esto bien sabe Dios que no fué por él ni por sus hijos, sino por los pobrecitos frailes, sus

(1) En Milan, el año de 1845, un censor de imprenta, austriaco por mas señas, suprimió en un periódico de teatros titulado *El Pirata* la palabra constitucion, tratándose de un caso de longevidad, en el que decia el periodista que el individuo en cuestion tenia una constitucion de bronce. A lo cual debió decir el tudesco:—Si las constituciones de papel se nos indigestan y atragantan ¡qué nos sucederá con las de bronce!

hermanos en Cristo, fué amortizar de nuevo los bienes de las comunidades, sin cuidarse de devolver á los compradores el dinero que habian soltado por las fincas, y aun exigiéndoles las rentas cobradas en los tres años; pero teniendo la generosidad de perdonarles la vida.

Si él hubiera sabido que habian de pagarle con la ingratitud de llamar ominosa década á los diez años de su pacífico despotismo, quién sabe si habria usado tanta generosidad; pero lo hizo porque la nobleza sienta bien en todas las almas y porque tenia otras cosas mas que hacer, que no todo era pensar en perseguir á Restituto.

Tenia que derribar de nuevo los monumentos que se habian vuelto á reedificar; aunque esta vez, como mas práctico en la materia, ya no demolió toda la puerta de Toledo, sino que trajo la aguja realista y siguiendo la direccion del iman, solo arrancó las piedras necesarias para atrapar la que se habia engullido el código.

Asimismo debia pensar en disponer comparsas de danzantes para que bailaran y divirtieran al soberano, y en buscar matronas que se encargasen de hacer el papel de España, á los gritos de muera la nacion; y por último, tenia que pensar en hacer versos para los arcos de triunfos; y no versos de tres al cuarto, que don Plácido, aunque realista, era poeta. Dígalo sino la siguiente décima que le inspiró el gozo de

restablecer en su nicho al San Bruno de la calle de Alcalá:

Al modelo de las artes,
A tí Bruno de los Brunos,
Al perseguido de tunos,
Al que admiró en todas partes;
Al que ¡oh mi Dios! no me apartes
De tenerle devocion;
Al que dos veces balcon
Vió este nicho convertido.
¡Gracias á Dios que ha caido
La infame Constitucion!

Con efecto: dos veces habia quitado don Restituto la efigie del santo para aprovechar el hueco de la fachada en poner un balcon, y Plácido tenia razon para pedir á Dios que no le apartara de tener devocion al que habia visto dos veces convertido en balcon el nicho.

Y no le faltaba tampoco, cuando lamentando lo mucho que los negros habian hecho sufrir al monarca, dijo en la siguiente, dolorosísima y compunjida décima:

No le dejan tomar baños,
A nuestro rey don Fernando,
Que lo estaba deseando
Para remediar sus daños;
¡Oh funestos desengaños!
Cual lo sacan de Sevilla,
Sin pasarlo por la villa,
En un coche... ¡pero malo!

Y lo tratan como á un palo
Que lo arrancan de una silla.

Por supuesto que esta comparacion del modo con que trataron al monarca fué solo un decir, porque, á lo que parece, el poeta no habia sido nunca silla ni cosa semejante, ni es de suponer que la silla á que aludia fuese de alcornoque. Eso no pasa de ser una imágen poética mejor ó peor, pero que desde luego tiene la ventaja de la novedad; y en cuanto á la calidad del coche, cuando el poeta se dió tanta prisa y hace tan grande exclamacion para decir que era malo, lo seria, porque don Plácido no era hombre de decir una cosa por otra; ni de callar lo que sabia, que todo lo contaba viniese ó no á cuento. Y en prueba de esto, sepan vds. que apenas averiguó que el régimen constitucional era nocivo al *jabon*, compuso la siguiente copla arreglada á la belicosa música de la *pitita*:

Las lavanderas del rio
No quieren Constitucion,
Porque con ese sistema
No pega bien el jabon.

Y aun detrás de ese jabon rebelde, le pegaba á Restituto esta otra enjabonadura:

Españoles, aliados,
Clamemos Religion,

¡Viva el Rey! ¡Viva la paz!
Viva la paz y la buena union.
Pitita, bonita,
Con el pio, pio, pon,
Viva Fernando
Y la Inquisicion.

Verdad es que estos versos no eran sus primeros ensayos, porque ya habia compuesto otros muchos, y fué siempre tan aficionado á la poesía que hasta á las estátuas que pintaba para los arcos de triunfo les escribia un pareado por lo menos. Siendo uno de los que mas fama le conquistaron, el que escribió en boca de la España cuando puesta en jarras, que así la pintó el artista, decia:

Aunque cautiva me ví
Tuve amigos, y salí.

Pensamiento que habria envidiado cualquier cigarrera al salir de la cárcel; por la recomendacion de sus amantes, y que no era peor que este otro que decia la misma matrona, dirigiéndose á la figura que representaba la Francia:

Viniste, viste, venciste
Y al Rey libre nos trujiste.

Por lo que hace á composiciones de mayor importancia, como *loas para representadas*, y otros contagios poéticos que padecia don Pláci-

do, ya la fama ha eternizado su memoria, que no en valde sacó á la escena el rio Manzanares, para que dirigiese la palabra al soberano en nombre de las lavanderas; sin hacerse cargo de que el pobre rio tenia la boca seca, desde que *sable en boca*, le pasaron á nado los hermanos de los Angulemas (1).

Andaba pues don Plácido muy atareado, y el poco tiempo que le dejaban libre las musas, le gastaba en regatear *escudos de fidelidad*, y en hacer legía para la famosa *purificacion* de los negros.

Preparacion diabólica, que como entonces andaba algo atrasada la química, daba unos resultados funestos hasta el punto de que muchos liberales perecieron en la operacion.

Otros, en cambio, murieron antes de pensar en purificarse y váyase lo uno por lo otro.

Tampoco tenia don Plácido tiempo para pensar en esas desgracias, porque tras de ocuparse en averiguar si Restituto comia carne en dias de vigilia y si rezaba el rosario en familia, tenia que

(1) Thiers lo ha dicho en su *Historia del Consulado y del Imperio*, en la seguridad de que el pobre rio no ha de ponerle demanda de injuria y de calumnia; porque no leerá la obra, y aunque la lea, es español y no le sentará mal tener tan buena fama en el extranjero. ¡Qué bromas gastan los escritores franceses! Tentados estamos á creer que el ponerse el sable en la boca fué para refrescar los lábios, por no hallar en el rio una gota de agua con que hacerlo.

hacer centinelas, diciendo ¡atrás paisano! á sus propios vecinos y tenia, sobre todo, que ser realista, oficio no tan regalon ni tan descansado como vds. se figuran.

Si era propietario, que este ha sido siempre uno de los mejores medios de buscarse la vida, le quitaba el sueño pensar en que alguno de sus arrendadores y aun de sus inquilinos, tuviese en sus venas una gota de sangre liberal; si vejetaba, mamando de las arcas reales en alguna oficina del Estado, jamás despachaba un expediente sin olerle primero para ver si procedia del bando contrario; en cuyo caso, ó le echaba debajo de la mesa ó le resolvia negativamente; y por último, si era artesano ó arte-podrido (que realistas y no pocos, habia en el trasiego de las aguas inmundas) tomaba informes del que le llamaba para darle trabajo; y si resultaba ser algun pícaro negro, tenia la abnegacion de renunciar el acomodo.

En suma, amigo lector, don Plácido y los suyos no vivian ni descansaban un solo momento, siempre persiguiendo á sus propios hermanos y sin considerarse seguros, á pesar de tenerlos á todos comiendo el pan de la emigracion en el extranjero. De cuyo alimento, y sirva esto de aviso, tambien hemos de decir cuatro palabras en esta obra; porque seria imperdonable que dejásemos de amasar una cochura del *pan de la emigracion*,

que tan triste celebridad nos ha dado en el extranjero.

No habrá un solo lector que, si no ha emigrado haya dejado de tener algun pariente en la emigracion, y es preciso que consagremos á todos un ligero recuerdo.

Mientras don Plácido estuvo en el poder, huyendo de su intolerable realismo y por no ver la cara al padre de los Angulemas, se acogió don Restituto á la Gran Bretaña, donde repuesto del susto que le habian dado los interventores franceses, se dió á pensar en la mejor manera de volver á saludar las playas españolas, para embutir otra vez el código en la puerta de Toledo y quitar el San Bruno de la calle de Alcalá.

Conspirando y dando treguas á sus esperanzas, con una fé envidiable, le llegó por fin la hora de que la madre patria abriese un portillo, diciendo que entrasen por él los que por él cupieran, que no fueron muchos, aunque sí los bastantes para poner de mal humor á don Plácido hasta el punto de abandonar el realismo de Fernando VII y hacerse realista de Cárlos V.

Aqui dió principio su última jugada; este extracto es el que tiene jugado hace muchos años con la esperanza de alcanzar el premio.

Acertó el número 14 y el 24; quiso acertar el 33 y el 34 y el 35, y todos los años juega hasta el... ¡Dios sabe cuántos!

CUADRO OCTAVO.

Los hojalateros.

Antes de que Fernando VII cerrára el ojo, ya le habian dado á entender los realistas que estaban esperando á que se muriera para proclamar rey de España á su hermano don Cárlos; y este prójimo, que por precaucion habia sido remitido á Portugal, en una série de curiosas cartas, que dirigia á su *muy amado y muy venerado y muy reverenciado, Fernando, hermano de su corazon y de su alma*, andaba declinando la conciencia y la desobediencia en todos sus casos, y conjugaba sin cesar los verbos de acatar y de resistir, diciendo que Díos sabia cuanto le pesaba, pero que Dios se lo mandaba... Y en suma, que se resignaba á ser rey por dar gusto á sus muy amados vasallos.

Pero estos pícaros desagradecidos correspondieron tan mal al amor del monarca, que aclamaron, juraron y reconocieron por única heredera del trono á la augusta princesa, que aun hoy ocupa el sólio, á pesar del desdichado don Plácido que, como queda dicho, se alistó en las banderas del príncipe rebelde.

Claváronse estas en las montañas de Navarra, y allí anduvieron unos cuantos, pocos, carlistas, y otros cuantos, muchos, empujados por la intolerancia del bando liberal, entonces apellidado cristino.

Don Plácido tenia demasiada edad para empuñar de nuevo la tizona, y se quedó á vivir en la córte, entregándose de lleno á la conspiracion, mientras sus hijos se batian con denuedo, peleando á la sombra del estandarte carlista, contra sus primas carnales las hijas de don Restituto, quien no menos denodado defendia la causa de su Reina y la libertad de su patria.

De las malhadadas proezas de ambos campeones no pienso, sin embargo, decir una sola palabra en este artículo, ni en el resto de la obra. Quédese la triste tarea de narrar los hechos de una guerra civil tan desastrosa como la nuestra, para otras plumas mejor cortadas, aunque no mejor entretenidas. A mí me sobra con ver á don Plácido trabajar desde su gabinete en favor del partido realista; y algo mas lo han de agra-

decer los lectores de este cuadro, que si les diera el de una de las batallas en que, carlistas ó liberales, los vencidos y los vencedores no dejaban de ser españoles.

Mientras los ingleses, ocupados en reconocer de buena fé á la reina de España, *no veian* que el pretendido rey de la España misma, les compraba fusiles y municiones, y cuando la Francia hacia asimismo el *amante corto de vista*, don Plácido, que no podia manejar esas armas ni fabricar otras por el estilo, tenia en su propia casa el martinete de la fé y en él forjaba toda clase de esperanzas carlistas.

Decirle que los servicios que prestaba á su partido no eran activos ni de importancia, sobre ser injusto, le habria sulfurado y aburrido, porque como él decia, y tenia razon, sin la fé que él fabricaba constantemente, ni se habrian engrosado las filas carlistas, ni hubiese durado tanto tiempo la guerra civil.

En servicio de su rey no omitia diligencia alguna, y todo le parecia conveniente y digno. Era falsificador de pasaportes y de títulos y de reales despachos; inventaba notas diplomáticas; fraguaba correspondencias autógrafas; fingia proclamas; tenia el fac-símile de todas las rúbricas y sellos de las autoridades legítimas, y apenas nombraba el gobierno de la reina un nuevo funcionario, cuando ya le habia estereotipado el apellido.

Era, en suma, tanta su actividad y su fé tanta, que creemos indispensable copiar *ad pedem litteræ* su laboratorio.

De otro modo todo cuanto dijéramos seria descolorido y pálido é inexacto quizá; es preciso que el lector le vea en accion un momento.

No hay mas remedio sino alzar el telon y que salga de una vez á la escena el verdadero rezago del siglo XVIII, el incansable obrero de la colmena realista, el porta-estandarte del carlismo. Por no haber tomado las armas en defensa de las ideas que mas que nadie adoraba, le han bautizado sus correligionarios políticos con el apodo de *hojalatero*, suponiendo que no hacia otra cosa que suspirar y decir *¡ojala!* á imitacion de aquella inmensa cohorte de pretendientes, que invadian el real de don Cárlos, para alojarse los primeros, evitar que comiesen los segundos y pasar la vida diciendo.—*¡ojala ataquen!* ¡y ojala ganen!

Para que vds. vean cuan injusta era semejante suposicion allá va el retrato de este mal llamado hojalatero, que á pesar de ser fabricante de la fé, tenia por principio que «á Dios rogando y con el mazo dando.»

Quiero empezar por presentarle en la calle, para que una vez hecho el conocimiento podamos entrar en su casa cuando nos plazca; para lo cual será preciso que el que tenga bigote le

suprima, porque si nos toma por *urbanos* será difícil que tenga la urbanidad de abrirnos la puerta y si lo hace será con recelo y desconfianza.

Asi se presentaba en la calle receloso y huido, siempre temblándole las piernas, cosa que se adivinaba por el movimiento que hacian los colosales faldones de su levita; sonriéndose, aunque la sonrisa no viniera á cuento, y mirando de reojo á cuantos pasaban por su lado.

Vivia en el barrio de Leganitos, porque aquellos vientos no le llevaban tan á menudo el himno de Riego; salia á pasear por la cuesta de Areneros y la Florida y rara vez se asomaba por el centro de la poblacion; aunque lo hacia algunas, obligado por las circunstancias, y hé aquí el momento en que yo quiero que vds. le vean.

Supongamos que ha tropezado con un amigo de los *netos*, cesante como él de la famosa contaduría de *Expolios y vacantes*, y que éste le saluda preguntándole en voz baja, y con aire de reserva y de misterio:

—¿Qué tenemos de cosas? ¿Cuándo viene el amo?

El carlista vuelve la vista, alarga el cuello, y despues de convencerse de que no hay quien pueda escucharle, se acerca al oido de su compañero y le dice:

—El dia de San Cárlos tendrá el amo besamanos en su Real Palacio de esta Córte.

—¿Es posible?

—Lo que vd. oye.

—¡Pero hombre, si San Cárlos es el dia cuatro del mes que viene! ¡Si solo faltan cinco dias!

—Pues amiguito no hay mas que lo que usted oye.

A ese tiempo suenan pisadas, se acerca alguno que trae bigote, y nuestros carlistas alzando la voz y ambos á la vez, se ponen á hablar del tiempo, y aciertan á decir que está raso, precisamente cuando está diluviando, ó vice-versa, y á veces callan de repente para mayor disimulo, y ya cuando el otro va lejos, tosen y continúan hablando en voz baja.

—¿Y se sabe, dice el incrédulo, quién ha dado esa noticia?

—Si señor, replica el noticiero incomodado, y se sabe mas...

—¿Qué se sabe? venga, venga, exclama el otro alborozado.

—Pues señor, se sabe, dice el carlista, volviendo á mirar y á toser y á hacer misterios, se sabe que le apoya el *ruso*.

El ruso, y perdonen vds. esta advertencia, que á guisa de digresion les hago, el ruso no era ningun bandido que llevara ese apodo, sino el czar de Rusia, el emperador Nicolásen cuerpo y en alma. Los carlistas en Dios creian, á su rey adoraban y en el ruso tenian y tienen ¡por

qué no se ha de decir! tienen aun hoy sus esperanzas.

—¡El ruso!.. repetia extasiado el incrédulo... ¡Conque nos apoya el ruso!

—¿Y vd. ha podido dudarlo?

—Y diga vd. ¿se sabe cómo ha sido eso?

—Muy sencillo, diciéndole á la Francia que si ella no pone en el trono de España á nuestro rey don Cárlos, que la deje pasar 400,000 bayonetas.

—¿Rusas?

—Rusas... Si señor, rusas y muy rusas.

—¡Eso se ha dicho ya tantas veces!... dice con desconfianza el incrédulo.

—Y es verdad desde que se dijo.

—¿Pues cómo ha tardado tanto tiempo en venir?

—Vaya, vd. no entiende una jota de estos asuntos; la diplomácia, amigo mio, no es cosa de hacer buñuelos; se necesitan notas y mas notas, y luego ha de saber vd. que el amo no queria recibir auxilios extranjeros.

—¡Conque si hubiera querido!...

—Ya estaria en el trono.

—Y diga vd. ¿eso de los rusos se sabe de positivo? ¿Quién lo ha dicho?

—¿Me jura vd. guardar secreto?

—¡Y vd. lo duda!

—Pues señor, lo ha dicho doña Transverberacion, la esposa del consejero de Indias.

—¿Será verdad?

—Como que ha tenido una revelacion y dice que vió en éxtasis estar entrando batallones rusos mas de veinte horas.

—Si ella lo ha dicho, lo creo; ¿pero quién se lo ha oido decir?

—Eso es querer saber demasiado... conténtese vd. con que ya viene el amo, y váyase disponiendo para el besamanos.

—¿El dia 4?

—Si señor, el dia 4.

Así se despedian los dos amigos, volviendo á marchar cada cual por su camino, siempre recelosos, tímidos y desasosegados, pero sin dejar de pensar en el ruso, que era, como hemos dicho, su ídolo adorado.

Si al llegar á su casa veia nuestro hombre parado en el portal algun desconocido, antojábasele que era un espía y daba un paso atrás y no entraba hasta tomar sus precauciones; que no eran las de montar una pistola ni otras parecidas, sino las de acercarse con timidez y sonreirse y saludarle hasta infundirle sospechas. Si el desconocido tenia el capricho de no afeitarse los pelos del bigote, ó paseaba dos veces la calle, ya no dormia el carlista en su casa y pronto mudaba de domicilio, pero sin deshacerse de su precioso legajo de proclamas, pasaportes en blanco y facsímiles.

Si por el contrario entraba en su casa sin tropiezo alguno, preguntaba al punto si habia tenido cartas y con ellas se encerraba en el gabinete misterioso, en el taller de las noticias, en el famoso laboratorio de la fé carlista.

Era su primer operacion mirar el sello de la carta y la letra del sobrescrito y luego examinar con detencion la oblea para averiguar si habia cedido á la llave maestra del resguardo cristino, que él creia instalado en la administracion de correos. Y esto no lo hacia á mal hacer, sino por si el gobierno liberal no tenia mas virtud que la de guardar el secreto de la correspondencia, dejarle sin ninguna, que era su obligacion á fuer de buen vasallo del señor rey don Cárlos V.

Por supuesto que las cartas ya venian amasadas de tal modo que solo podia aprovechar su contenido á los estómagos realistas, y para entenderlas se necesitaba una clave diabólica y saber algo mas que los rudimentos de matemáticas y aun tener mucha práctica en el arte del marqués de Villena.

Las mas fáciles, las que desde luego estaban al alcance de la policía, y por las que el solo delito de recibirlas, ó lo que es menos aun, el de consentir que se las dirigieran, ha costado mas de un proceso y un destierro, eran por el estilo de la siguiente:

«Mi querido primo: me alegraré que al

recibo de esta, se te haya pasado el mal humor que tenias por mi tardanza en ir á tu lado. Ya lo hubiese hecho si el amo hubiese querido tomar los baños del Norte, pero se ha empeñado en curarse con las yerbas de su pais y por eso se ha retrasado el viaje. Le haremos sin embargo, Dios mediante, muy pronto, tanto que pienso que comamos juntos el pavo de Navidad. Tomás está cada dia mas gordo y pasea mucho. Ayer salió á caza y mató 300 cuervos, haciendo huir los restantes. No acabó con el bando por no pasar el rio. Aquí estamos cada dia mas obsequiados y con mucho dinero, pero dile á la tia que no por eso la hemos de dejar un solo ochavo de nuestra hijuela, y que vaya desocupando la casa para el dia de Noche-Buena.»

«En cuanto á lo que me decias de que se aseguraba que el amo habia cambiado de costumbres y que ya comia á la francesa, no es cierto; sigue haciendo la vida de siempre y cuando vaya á esa piensa montar la casa como en tiempo de su bisabuelo, usando todos los muebles que tiene arrinconados la tia, y quemando todos los nuevos que no quepan en los sótanos y en las guardillas.»

«Conque á Dios y ya no me escribas porque estaré en camino para esa.»

Esta carta, que original perdió por un des-

cuido nuestro carlista, le dió tan malos ratos que se mudó de casa y no volvió á dormir con tranquilidad, temiendo á cada instante que le habia de ocasionar algun disgusto grave. Porque han de saber vds. que el carlista no leia, ni creia que se pudiese leer lo que estaba escrito, sino lo siguiente:

«El rey no ha querido el auxilio del ruso ni de las demás potencias del Norte, porque sabe que para triunfar de los cristinos le basta con el apoyo de sus vasallos. El dia de Noche-Buena estará sentado en el trono de sus mayores; Zumalacárregui dispersó ayer los batallones cristinos haciéndoles 300 muertos. Hemos recibido mucho dinero y todo el pais es nuestro, pero no por eso dejaremos de sacar á los liberales hasta el último ochavo de lo que nos han usurpado, y la reina ya puede ir desocupando el palacio. No creas que el rey se ha liberalizado; es mas absoluto que nunca y cuando vaya á Madrid piensa restablecer el Santo Oficio, y tal vez dedicarse á quemar á los negros que no puedan tener cabida en las cárceles.»

El monarca no usaba, sin embargo, este lenguaje en las proclamas, que traducidas al francés en los diarios de París, ó directamente de la córte de Oñate, recibia el carlista. Decia, por el contrario en todas ellas, que perdonaba á sus muy amados vasallos y que daba un plazo de

quince ó mas dias, para que el ejército depusiera las armas, en la seguridad de que ofrecia olvido y perdon.

Estos plazos se iban prorogando constantemente, y no hubiesen tenido término nunca, tanta era la bondad del soberano, á no haberse terminado la cosa de otro modo. Pero como en este pícaro mundo no hay nada eterno, á pesar de las *nieblas* y *de lo quebrado* del terreno y de las noches, que eran todas de invierno y muy largas, segun los partes de los generales cristinos, á pesar de todo, tuvo fin la guerra.

Lo que no ha tenido fin ni lo tendrá sino con la muerte es la fé del carlista.

Ya no la sigue trabajando en el laboratorio, pero tenia tan buen repuesto de ella, que aun hoy confia y aun hoy espera que triunfe su causa.

¡Ay, hace bien en esperar!

La esperanza no paga contribucion, ni pide pan, ni consume turno en los sucesos de la vida.

La esperanza es el escudo que la Providencia ha dado á la humanidad para que pare los golpes de la fortuna.

CUADRO NOVENO.

Un pronunciamiento.

Bien pudiéramos salir de dudas y con solo tomarnos el trabajo de alargar el brazo, sin movernos de la silla, atrapar un Diccionario de la lengua, hojearle hasta tropezar con la palabra *Pronunciamiento* y ya estábamos del otro lado.

Seria capaz de decirnos, *auctoritate academicorum*, que pronunciamiento es el acto de pronunciarse; con lo cual el Diccionario de la lengua se quedaria muy satisfecho y nosotros muy por satisfacer.

Líbrenos Dios de incurrir en semejante torpeza, y antes de acudir á la obra magna del taller que *limpia y fija*, fijemos la vista en cualquiera de esos sables cortos y corvos, que tienen

de venta los ropavejeros del Rastro, preguntémosle que cosa es pronunciamiento y vds. verán como salimos del paso.

Si las diferentes ocasiones en que ha sufrido persecucion por la justicia, no le han quitado la facultad de suspirar, lo cual seria en extremo injusto tratándose de quien ha hecho suspirar á tantos, dará un suspiro, nos mirará de arriba á abajo, hasta convencerse de que ni somos de la policía secreta ni lo parecemos, y satisfecho de que todos seamos unos (el sable y nosotros) nos dirá por fin.

«Pronunciamiento, era un dia y á veces dos y »cuatro y ocho, de jolgorio, de salvas y de himno »de Riego, en que mi amo echaba el bodegon »por la ventana y sus quehaceres debajo de la »mesa, trocando la obligacion de ciudadano por »su aficion á las faenas del militar.»

Apenas se oia en la calle el primer redoble de las cajas de la Benemérita, que venian tocando generala, cuando ya mi amo se estaba abrochando al cuerpo la levita de dos colores, y cruzados sobre el pecho mi tahalí y el de la cartuchera ,cogia al hombro la caña hueca, se apretaba las carrilleras del morrion, y dando una patada al ama y un empujon á los niños, si trataban de ponérsele delante para que no fuera á exponer su vida, se lanzaba resuelto á la calle, no sin detenerse primero en el portal á cargar el fusil.

El mozo de la compañía, que á mayor abundamiento iba tras de las cajas, avisando á domicilio á los académicos del Marte ciudadano, se le encontraba ya camino de la Plaza, en que de antemano y para casos tales, estaba acordado que se reuniera el batallon, y con una familiaridad de todo punto republicana, le paraba diciéndole:

—No quieres ser de los últimos.

—En decir que oigo la caja, respondia mi amo, ya quisiera estar entre las filas. ¿Y qué tenemos?

—Que tratan de mudar el ministerio.

—Si son unos bribones.

—¿Quiénes?

—Los ministros.

—No tal; si los que quieren cambiar el ministerio son los soldados.

—¡Ah! ya!... pues firme con ellos; si mientras haya ejército no podemos tener paz.

Y al decir esto se solia oir á lo lejos una descarga, á cuyo ruido gritaban las gentes y corrian en todas direcciones, sin que nadie acertara á encontrar su casa y sin que fuera posible refugiarse en la agena, porque de un solo golpe, y como si obedecieran á una sola voz, se habian cerrado todas las puertas.

Y con esto, mi amo que no sabia latin ni le hacia falta, pero que sabia cuan *dulce et decorum est pro patria mori*, se plantaba en medio del arroyo, y echándose el fusil á la cara, decia ¡*alto*!

y *¡viva la Constitucion!* y *¡viva el ministerio!* y *¡atrás, paisano!* Y como todos le contestaban amen, seguia adelante en su camino hasta llegar á la Plaza donde se reunía su gente.

Estos á su vez, que ya *habian tomado* las callejuelas contiguas, le gritaban ¡alto! y le daban el ¿quién vive? y él respondia miliciano nacional, y le mandaban dar un viva á la Constitucion y daba dos y tres y cuatro y entraba por fin en filas.

Y allí el comandante, cuando estaba reunido el grueso de la fuerza, les dirigia una breve plática, que interrumpia no pocas veces el ruido de la fusilería inmediata, y las voces de *¡batallon! ¡firmes! ¡carguen! etc.*

Y con esto, y el ir y venir de los ordenanzas y de los ayudantes y la aparicion de algun concejal, especie de pájaro popular del cual apenas ha quedado otra cosa que los nidos en que se ayuntaba, y por esto se siguen llamando Ayuntamientos; con todo eso, repito, se daba por comenzado el motin.

Excuso decir á vds. que así sabia mi amo ni la mayor parte de sus compañeros, el órigen de aquella broma, como si le preguntaran lo que en aquellos momentos estaba pensando el Gran Turco.

Decíase por ejemplo (ejemplo que entonces estaba muy á la mano) que se habian sublevado tres

compañías ó dos ó media de un batallon del ejército, y que despues de arrestar (nada de faltar al quinto del Decálogo) á sus gefes, se habian hecho fuertes en el cuartel, ó en una casa cualquiera.

Era preciso bloquearlos y rendirlos, porque se añadia, que los sublevados tenian un plan muy vasto, y que de no dominar con tiempo la broma, tomarian parte en ella otros muchos cuerpos de la guarnicion, que á ello estaban conprometidos y juramentados. Al efecto marchaban hácia la fortaleza tres ó cuatro batallones de milicianos y diez ó doce piezas de batir, y caballería por si lograban fugarse, y era preciso darles una batida; y por último, solia suceder que comenzaba el tiroteo, con gran detrimento del revoque de las fachadas, que se hacia tregua, no sin tener que lamentar alguna desgracia, y empezaban los parlamentos.

El sitiado decia la del portugués—si me sacas del pozo te perdono la vida—y el sitiador le pedia que depusiera las armas, y las cosas no pasaban á mayores. Tras de muchas réplicas, de una y otra parte, venia á resultar que si el sitiado no tenia prisa y decia nones, salia de allí tambor batiente y con el arma al brazo: si era impaciente y tímido y menudeaba los parlamentos, se le sacaba atado codo con codo, y sin armas, fusilándole por ende con las suyas propias.

Pero esto no pasaba de ser una sublevacion, vencida con mas ó menos dignidad y á mas ó menos costa, esto no era el pronunciamiento.

El pronunciamiento era, lo que ya he dicho á vds., «Un dia y á veces dos y cuatro y ocho de »jolgorio, de salvas y de himno de Riego, en que »mi amo echaba el bodegon por la ventana, y »sus quehaceres debajo de la mesa, trocando la »obligacion de ciudadano por su aficion de »militar.»

Figúrense vds. (esto tambien es facil de figurar) que el Ayuntamiento, gefe supremo de la milicia ciudadana, no se llevaba bien con los ministros, y que cansado de pedirles, tal ó cual cosa, por los medios suaves, se declaraba en sesion permanente, mandaba dar un redoble por las calles de la capital, ponia gente en movimiento, se disparaba una docena de tiros y.... *firme, batallon*! *viva la reina y mueran los tiranos*! *etc.*

El capitan general tambien sacaba su gente de los cuarteles, *tomaba* el edificio de Correos, sin faltar al sétimo mandamiento, porque no tomaba sino lo que era suyo; iba y venia al consejo de ministros, que tambien estaba en permanente; recetábale al empedrado el ejercicio de las patrullas, mandaba dar el ¿quién vive? á los pocos paisanos que en tales momentos se atrebian á vivir fuera de sus casas, y... *firme, batallon*! *viva la Reina constitucional*! *etc.*, *etc.*

Ahí tienen vds. un pronunciamiento completo, pero no acabado; fáltame lo mejor.

Fáltame decir á vds lo que hacian el Ayuntamiento y la Benemérita.

El Ayuntamiento, declarado en sesion permanente, en el afamado y por mas de un título famoso salon de Columnas, fraccionábase hasta un punto casi infinitesimal y homeopático, y diputando cinco ó siete ó nueve concejales, (siempre números nones) para que fuesen á parlamentar con el ministerio, nombraba una comision arbitradora y otra revisora de fortificaciones, y un comité de salud pública, y una junta para inspeccionar los hospitales de sangre; y mientras llegaba el caso de fortificarse y de herirse, daban un redoble de propios y de ordenanzas por todos los pueblos de la provincia, para que á marchas forzadas viniese la milicia rural á reforzar á los milicianos de la córte.

Y solia suceder que antes de llegar el aviso ya se conocia el error de haber avisado, pero esta equivocacion no valia la pena de una contraórden, y la milicia de los pueblos entraba por fin en la capital, á fraternizar y compartir las fatigas con sus llamados compañeros de glorias.

En la Plaza Mayor podian alojarse cómodamente dos batallones, y con menos comodidad tres, é incómodos de todo punto cuatro; y el resto y los escuadrones de caballería se desparra-

maban por el Buen Retiro y la Montaña, y todas las plazas y plazuelas de la córte quedaban convertidas en un campamento.

Campamento, que dicho sea en honor de la verdad, tenia un aspecto tan agradable y tan pintoresco que valia bien la pena de ser visitado, como en efecto lo era por el resto del vecindario.

Habia en él mas vivanderas que soldados, y era de ver á la elegante esposa del acaudalado banquero, apoyarse en el brazo de un cabo de gastadores, mientras que la honrada mujer del artesano hácia lo propio con un alférez, para quien llevaba las mas regaladas provisiones en una cesta de mimbres.

El antiguo empleado de loterías, próximo á cumplir los cincuenta, y acaso renegando por no haberlos cumplido ya, sufria con la mayor resignacion las reconvenciones de su cara costilla, que se desesperaba al verle hacer el Robinson vestido de ciudadano, y con todo el equipo de un militar.

Mas allá otro reácio se habia hecho la levita del uniforme, pero se habia olvidado de comprarse el schakó, y tenia cubierta la cabeza con un sombrero redondo, ó una cachucha de terciopelo.

Los de los pueblos, por el contrario, solian empezar por la cabeza y traian el schakó mas ó menos tirado hácia el cogote, y el resto del uni-

forme le constituian las mangas de la camisa y las polainas.

Pero todos estaban firmes en sus puestos, y todos se entregaban en los momentos de descanso á parlamentar con sus familias, templando los ardores de Marte con el dulce refrigerio de Cupido y de la sangre.

Si estas escenas eran nocturnas, como que el Ayuntamiento no se habia olvidado de nada, una iluminacion general hacia mas pintoresco el cuadro.

Los cafés estaban abiertos toda la noche, las tiendas de comercio entornadas, las plazas llenas de sillas y de vendedores ambulantes, y por último, las bandas de música poblaban el aire de himnos patrióticos, que, á la vez que cultivaban el entusiasmo cívico, halagaban y entretenian la ternura del ciudadano.

Pero de repente..... Oh! repente amargo!..... oíase á lo lejos un tiro ó dos ó tres ó un cañonazo, y contestaban las mujeres con un grito, y el tambor con un redoble y el comandante daba la voz de ¡firmes!... y corrian á coger las armas los milicianos; y ya no quedaba otra cosa del cuadro, sino las luces en los balcones, un peloton de soldados, y las mujeres corriendo en todas direcciones sin oir otra voz que la de ¡atras, paisano! que les daban sus propios maridos y el ¿quién vive? que les preguntaban sus hermanos; y no habia

un café abierto, ni una tienda entornada, ni un portal en donde guarecerse; ni nada en fin, sino un silencio horrible, interrumpido de vez en cuando por el escape de un caballo y el incesante ¿quién vive? y el ¡alto! y otras voces por el estilo.

Los serenos, partícula no integrante pero casi constituyente del Ayuntamiento en esos casos, iban llamando de nuevo á las casas para que cuidaran de que no se apagasen las luces y de tener abierta la puerta de la calle, y de franquear los balcones, si necesario fuese, todo de órden del señor alcalde del barrio.

El cual por suparte, aunque miliciano nacional, no podia estar en las filas y andaba recorriendo su demarcacion con una ronda de vecinos honrados. Oficio, mi querido lector, y perdóname este paréntesis que á su memoria consagro, oficio el mas molesto y peligroso y menos lucrativo de que puedes tener idea.

El oficio de *vecino honrado*, y créeme que era oficio aunque te digan que era un diploma *ad honorem*, y un título de confianza, que expedian las autoridades á todo el que tenia alguna exencion para tomar las armas, le inventaron los realistas y tuvieron la debilidad de acogerle y de aceptarle por suyo los liberales.

Seria un mal muy grande, y yo no me atrevo á suponer que haya desaparecido la honra-

dez, pero puedo asegurarte que me alegro de que haya desaparecido en la matrícula civil el oficio de vecino honrado.

Figúrate un hombre, mayor de cincuenta años por supuesto, retirado del mundo y de sus pompas vanas, sin otra vanidad que la de educar á sus hijos y dejarse cuidar por su mujer, á quien en el agradable momento de reclinar la cabeza en la almohada, ó despues de haberla reclinado y aun de haberse dormido, le alborotan la casa para decirle que se levante y baje corriendo, que hay un herido en la calle y que el alcalde del barrio necesita dos vecinos honrados para que le acompañen y autoricen su caña de Indias y su puño de plata.

¿Te parece agradable la situacion de ese vecino honrado?

Pues figúrate que es de dia y que no ha tenido que dejar la cama, pero que apenas se ha sentado á la mesa, le llama el alcalde para decirle que tiene que hacer el padron general de vecinos, y que ha dispuesto que desde el siguiente dia y todos los que dure el empadronamiento le acompañen tres vecinos honrados. En esta ocasion le vale la honradez para andar entrando y saliendo en todas las casas del barrio, haciendo de escribiente de la autoridad, é indisponiéndose con sus convecinos, que quisieran que *sin dejar de ser honrado*, dejase de matricular al muchacho

que va á entrar en la quinta, y al otro que tiene ya edad de ser miliciano.

¿Y te parece justo que despues de ese trabajo, contribuya el honrado vecino con su metálico para que el ayuntamiento pague empleados y agentes investigadores?

Pues ahí tienes las consecuencias de lo que era la honradez cuando se consideraba como un oficio ó carga concejil.

Añade á todo esto el servicio de las rondas de vecinos honrados, y verás cuan terrible y lastimero era ver una docena de hombres armados de chuzos y de sables, marchar silenciosamente detrás del alcalde de su barrio, guiados todos por el pálido resplandor de una linterna, deshaciendo riñas, mandando cerrar tabernas, registrando portales, sufriendo las maldiciones de los enamorados, y diciendo todos á coro y con una envidiable candidez, cuando les daba el quién vive el centinela... *la ronda de vecinos honrados.*

En suma, ya te lo he dicho, tambien tomaba parte en la escena nocturna del pronunciamiento, siéndole, aunque no siempre, permitido alguna que otra vez el transferir su hombría de bien al criado; el cual era en esa ocasion considerado y tenido por vecino honrado, siquiera al tomar la cesta para ir á la compra, distraido en sisar, se olvidase de la honradez que habia ejercido durante la noche.

En cuanto al pronunciamiento, que es el asunto de este cuadro, no adelantaba gran cosa con la venida del alba, y las familias de los milicianos, que habian pasado la noche en la mayor ansiedad, volvian á lanzarse á la calle apenas rayaba el nuevo dia, considerándose justamente felices al hallar vivos á sus parientes.

El parto solia ser tan laborioso que duraba un dia y dos y tres y una semana, resultando no pocas veces que la patria no se habia visto en estado interesante, y que todo ello habia sido una disculpable ilusion paternal del Ayuntamiento. Lo cual, como pueden vds. figurarse, era muy satisfactorio para todos, menos para los campos y los talleres, que en ese tiempo no habian prosperado gran cosa.

Pero todo se podia dar por bien empleado cuando no habia que lamentar ninguna desgracia, salvo sea el susto del imprudente forastero que llevando bigote y no siendo miliciano se habia atrevido á salir á la calle, donde le corrieron y algo mas; ó los trabajos forzados á que se vió condenado el transeunte que *velis nolis* tuvo que arrancar piedras para hacer barricadas, y algun otro *desahogo patriótico* de poca importancia, hijo unas veces del buen humor de la juventud y otras del fanatismo y de la intolerancia que abundaban sobremanera entonces.

Los retenes y las guardias dobles solian con-

tinuar aun despues de pasado el susto; los muchachos parodiaban las escenas del pronunciamiento, convirtiendo las escobas en fusiles y haciendo barricadas con las sillas de la casa; y los loros del barrio remedaban, con suma gracia, los vivas y las voces de mando que habian oido durante la bullanga. Travesura animal que dió mas de un susto á los dueños de los loros y que alguna vez hizo reforzar las guardias poniendo en alarma á las autoridades y aun al ministerio.

Pero todo esto pasaba con el tiempo, y con el tiempo tambien los milicianos de los pueblos volvian á sus casas y á sus labores, y las tropas á sus cuarteles, y todo quedaba en paz... hasta que volvia á comenzar la guerra; porque la paz no puede ser eterna, y en tiempos de guerra civil la sangre anda alborotada, y la revolucion de las ideas no siempre se consuma en las cátedras y en la imprenta.

Un pronunciamiento, se lo he oido decir á uno de los primeros fabricantes del ramo, no es otra cosa que una tribuna al aire libre, donde se grita mas ó menos segun lo requiere el caso, y si no alcanzan las razones del sable, se hacen unas cuantas citas de artillería y *contraria contraris curantur*, que dijo el otro.

En estos asuntos cada cual dice lo que le parece, á mí, por ejemplo, me parece lo mejor no decir nada mas que lo que dejo dicho.

CUADRO DÉCIMO.

Humo animal y humo mineral ó los refectorios y los talleres.

«Estos, Fabio ¡oh dolor! que ves ahora,
»Campos de soledad mustios collados,
»Fueron un tiempo Itálica famosa.»

Si no escribiera el presente capítulo ó dejára de incluirle en el paréntesis retrospectivo que he abierto para anudar el presente con el pasado, quedaria tan incompleto mi trabajo que no le comprenderian los hijos de los hombres de AYER ni los de HOY podrian incluirle en la herencia que ván á legar á los de MAÑANA.

Haber hablado de realistas y doceañistas, de monarquías absolutas y de régimen constitucional, de palizas y de trágalas, y no decir nada de

la piedra filosofal del negocio, como la llaman los doctores del rito revolucionario, sería una falta imperdonable.

Líbrenos Dios de cometerla, y antes de que los economistas políticos, nos lancen una excomunion matemática, hagamos el debido arqueo en la caja del positivismo, para ver lo que arroja de sí el balance político de las ideas metálicas.

Adoremos de todo corazon el oro, que como vds. saben, merced á la desaparicion de las rancias doctrinas de nuestros abuelos, ha dejado de ser villano, y ya no necesita de pruebas ni de pergaminos para ser noble ni para ennoblecer al que le lleva consigo.

Antiguamente los doblones de á cuatro y los de á ocho y áun las piezas de diez y seis duros, hacian su informacion de limpieza de sangre, y no eran admitidas á la circulacion sin sufrir un pesado interrogatorio sobre su procedencia y sus intenciones, hasta que se venia á sacar en limpio que el dueño del oro tenia patente limpia para poseerlo y usarlo.

En la época presente, como que el vapor tiene un genio mas vivo que la fé, no da tiempo á esos requisitos, y se ha suprimido semejante indagatoria.

El oro tiene carta blanca para cambiar libremente de dueño, y circular á su antojo por la plaza sin que nadie le pregunte cosa alguna;

oblíganle únicamente, y esto consiste en que suprimidos los privilegios, el rubicundo metal es una mercancía como otra cualquiera, oblíganle, digo, á dejarse pesar y á sufrir descuento, si ha permitido que le cercenen un ochavo, ó á ser suprimido por completo, si ha tenido la debilidad de ocultar en su seno el plomo ó la plata.

Pero si se mantiene en sus carnes primitivas; si las vicisitudes no le han enflaquecido ó alguno de sus dueños no le ha pellizcado, anda y corre por donde quiere sin que nadie le pregunte nada, ni haya quien deje de saludarle y requerirle de amor.

AYER era un vil metal sino le ennoblecia la persona que le sacaba á la plaza; HOY es tanta su nobleza, que es villano el que no le lleva consigo, y hé aqui la obra mas grande que ha consumado la revolucion: dar al oro derechos de ciudadanía, pergaminos nobiliarios, y carta blanca en suma para que improvise nobles, y sabios, artistas y guerreros y toda clase de hombres grandes.

Decíase antiguamente que «no hay hombre sin hombre» y hoy puede y debe decirse lo mismo, aunque añadiendo que para estos casos de la fortuna, el oro esta competentemente autorizado para hacer de padrino, ni mas ni menos que esos ciudadanos que viven de ser ***hombres buenos*** en los juicios de conciliacion.

Pero antiguamente el oro no sabia venir á

España de ninguna otra parte del globo sino de la India y era preciso para poseerlo en abundancia, lanzarse al charco y dar una recalada hácia el Perú, de donde venia aquella flota riquísima, fuente y orígen de nuestra exquisitísima y proverbial pereza. Los que no tenian valor para pasarse por agua, tenian que poner en práctica la laboriosa alquimia de hacer el oro ochavo á ochavo, amasando con el sudor de su cuerpo el metal de las piezas segovianas.

Hoy dia de la fecha, hemos suprimido esos trámites para adquirir el oro, y aunque aun existe (en buen hora lo digamos) algo de aquellas Indias, se han perdido las flotas, y es inútil correr en posta á la Habana en caballo de madera para hacerse rico. En cuanto al otro método de ir formando el caudal un ochavo tras otro, es demasiado lento y no lo permite la natural vivacidad del presente siglo. Es pues indispensable hacerse rico de un golpe ó renunciar á serlo nunca.

La sociedad del vapor, es el teatro de las grandes peripecias, y no sufre términos medios ni elaboraciones trabajosas y lentas: ó toda la vida sacristan ó hacerse padre santo desde monaguillo.

El cómo se hacen estos, que la Santa Inquisicion habria llamado milagros, será asunto de que nos hemos de ocupar mas adelante, y no se terminará esta segunda parte de la obra, sin que de-

mos al lector recetas para hacer generales, ministros, hombres públicos y lo que á primera vista parece mas difícil, hasta sábios. Y no sabios de poco mas ó menos, como si dijéramos un antiguo doctor de Salamanca, sino sabios capaces de aturdir y anonadar á todo el Pórtico de Atenas.

Ahora nos limitaremos á buscar el oro sin traerlo del Perú y sin ahorrar el ochavo, y al efecto vamos á examinar esa metempsicosis que han sufrido los refectorios monacales; vamos á ver que nos dice esa altísima y elegante columna que ha reemplazado á la rechoncha y sucia chimenea de cocina.

Antes de que la grasa animal que se evaporaba anunciando un rancho, se convirtiese en esa manga de vapor mineral que pregona una industria, ha sucedido algo y aun algos, y hé aquí la aguja que nos señala el orígen del oro.

Hános caido la mano en la industria y ya puede decirse que hemos puesto el dedo en la llaga. Pocos esfuerzos necesitamos hacer para tropezar con esa plancha metálica que la aristocracia del dinero tiene suspendida sobre nuestras cabezas y que ha venido á ser la válvula reguladora de nuestra existencia.

Pero para entrar en materia, en estas de intetereses materiales, ha de sernos preciso cambiar de pluma y de tono, rogar al lector que nos per-

mita un poco de seriedad y otro poco de mal humor, y tanto por esto, como porque el asunto ha de tener algo de conventual, invocaremos para esta plática el auxilio de la Divina Gracia; y aunque no nos atrevamos á comenzar el sermon, saludando á los oyentes con las palabras del Angel, diremos, sin embargo, *Ave María* y entraremos en materia, que es aquí el alma del negocio.

Ni porque se dijo en mil ochocientos doce, y se repitió en mil ochocientos veinte, y se volvió á asegurar en mil ochocientos treinta y siete, que habia llegado la hora de hacer cada cual lo que le diese la gana; ni porque se rebajó la talla social cuanto se pudo para que todos los hombres fuesen iguales; ni porque se les hizo á todos libres; ni por haber inventado varias cadenas para asegurar esa misma libertad; ni porque se encargó á la artillería que se cuidara de igualar al género humano, de ninguna manera se logró dejar á las gentes contentas y satisfechas. No les parecian mal estas prerogativas y estas libertades, ni dejaban de acompañarlas con el himno de Riego, para que resultasen mejores; pero enmedio de ese bienestar moral hallaban un vacío matemático, que no les dejaba ser completamente felices.

Pedir mas libertad, cuando casi no sabian que hacer con la que tenian, habria sido un desatino; lo que les hacia falta era la igualdad y eso fué lo

que pidieron, hablando unas veces de la nivelacion de las fortunas, tomando por tipo no la del artesano, sino la del propietorio; otras de la desvinculacion y de la supresion de los mayorazgos, y por último de la *desamortizacion* de los bienes de los frailes; que hasta que les ocurrió esta palabra y la pusieron por obra no encontraron la piedra filosofal. Tratóse de repartir esos bienes, que desde luego se declararon *mostrencos*, como pan bendito entre todos los españoles, pero pronto vieron que tocarian á poco aunque la propiedad era mucha, y pensaron en la subasta.

Este sistema de venta, que permite al vendedor encogerse de hombros, lavarse las manos y decir, como los jugadores de física recreativa,—aquí se juega limpio—tiene sus ínsulas de moralidad y de justicia y no podia ser desechado en un pais constitucional, que no tenia mas Dios ni mas Santa María, que lo de «mitad mas uno mayoría absoluta.» Con esto los frailes salieron por una puerta y por otra entraron los capitalistas á hacerse cargo de la propiedad que les habia tocado en la rifa.

Pero en la primera desamortizacion de los bienes mostrencos, no les salió bien la cuenta á los compradores, porque en pos del año mil ochocientos veinte y uno, vino el mil ochocientos veinte y cuatro, y los frailes que habian salido por la puerta trasera, volvieron á entrar por la princi-

pal y sin mas ceremonia se consideraron dueños otra vez de todas sus propiedades, sin que los que les habian desheredado les escribiesen una sola carta desde Lóndres, donde se hallaban emigrados, ó desde la cárcel en que les habian metido; y los pocos que andaban en libertad, estaban tan avergonzados de haber sido compradores de bienes nacionales, que cuando vieron que volvian los frailes, hubiesen querido ó tragarse las fincas que habian adquirido, ó que á ellos se les hubiese tragado la tierra. La primera desamortizacion fué por lo tanto un ligero ensayo de la que habia de hacerse quince años despues.

Esta fué la sábia, la radical, la verdadera.

Mientras la guerra civil diezmaba los españoles y los pueblos de corto vecindario estaban siempre aprontando raciones y repicando campanas, unas veces para celebrar la entrada de los carlistas y otras la de los liberales, en las grandes poblaciones y muy especialmente en la córte, se acusaba de traidores á los que vertian su sangre sin alcanzar una victoria completa, se armaban bullangas para derribar ministerios, y se entretenia la gente en cosas por el estilo. El ejército necesitaba víveres y municiones, y no podia andar descalzo ni desnudo, ni trasladarse de un lado á otro sin acémilas, y como el ministro de Hacienda no tenia ninguna de esas cosas, ni dinero para comprarlas, acudia á los que no tenian

mucho mas que él, pero que al menos eran hombres de negocios; y el hombre de negocios es el hombre del mundo, sobre todo en circunstancias extraordinarias.

El contratista de ranchos, el de zapatos, el de acémilas y el provisionista en suma de todos los artículos que necesitaba el soldado, eran los verdaderos oficiales de secretaría en el ministerio de Hacienda, cuyo edificio habria venido á tierra si no hubiera estado apuntalado con tales apuntes. A su lado crecia el rematante de libranzas del Tesoro, el prestamista ministerial, ó banquero del gobierno, y por último, el comprador de bienes nacionales, que es el rey de los compradores y el rey de los banqueros.

La Bolsa de Madrid, falso termómetro de los sucesos de la guerra, estaba servida con dulcísima candidez por la imprenta periódica, que con la mayor inocencia, insertaba, comentaba, hacia suyos, y aun se batia por defender su exactitud, los falsos rumores que el bolsista habia soltado, en el Café Nuevo ó en los corrillos de la Puerta del Sol, con deliberado propósito de que fuesen á parar á oidos del periodista. El cual era el único, que habiendo hecho mas que todos, cobraba menos que nadie; no cobraba nada, y así se ha visto él, instrumento inocente de la calumnia, atropellado mas tarde por la carroza del calumniador.

Los gobiernos de la época á que nos referimos, creyeron que malbaratando las propiedades desamortizadas, aseguraban mejor el triunfo de la causa liberal, y semejante absurdo, hizo que en pocos dias se vendiera una inmensa riqueza, con gran satisfaccion de los ministros de Hacienda que sabian de memoria el refran que dice—donde no hay harina todo es mohina,—pero ignoraban el otro de que—en la casa en que no hay gobierno, á pellizcos se vá el pan tierno.

Y como poco vale lo que poco cuesta, y en poco se estima lo que al primer ruego se alcanza, los compradores de los bienes nacionales derribaron los conventos, no para reedificar en aquellos solares, sino para enagenar los materiales del derribo, cuyo importe les reembolsaba con un 100 por 100 y á veces mas del coste de la finca. Mas tarde, cuando el aumento de la poblacion y el desarrollo de la riqueza pública ha hecho necesarios los grandes edificios, nos hemos pasado sin ellos, y hemos entonado un Te Deum al encontrar en pié algun convento por pequeño que fuera.

El gobierno por su parte, á ultima hora y cuando ya no quedaba ni el polvo siquiera de los verdaderos monumentos del arte, nombró una *comision conservadora*, que por cumplir su cometido, ha recogido algunos escombros, ha pedido la anulacion de algunas ventas y aun ha vuelto á

comprar algunos de los edificios medio arruinados y sin otra gloria monumental que la de la fecha de su construccion; autoridad parecida á la de los hombres que están faltos de pelo ó le tienen blanco, que no por eso son ni infunden el respeto de los canosos y de los calvos.

Pero á pesar de haber obtenido la venia del lector para tratar este asunto con cierta formalidad, no nos atrevemos á seguir el camino comenzado, que nos llevaria á hacer reflexiones demasiado sérias é inútiles de todo punto, y sobre todo agenas á esta obra y extrañas á este cuadro; el cual no tiene mas objeto que copiár la transformacion de los conventos de frailes, en cárceles ó cuarteles, los refectorios monacales en fábricas de vapor y las chimeneas de sus hornos de bollos en chimeneas de hornos de fundicion.

Los frailes y las cofradías religiosas, que pujaban y vendian en pública subasta, acericos, palomas, bizcochos y otras chucherías á la puerta de la iglesia, declaraban y tenian por mas devoto de la Vírgen, al que pujaba la torta con mas bríos y mas dinero, y los liberales declararon y tuvieron por mas devoto de la libertad y del régimen constitucional al que tuvo mas capital y mas empuje para pujar los bienes mostrencos.

La cosa pasaba de la manera siguiente:

El diario de la familia, esto es el *Boletin Oficial de Bienes Nacionales*, creado al efecto, como

revela su título, publicaba la filiacion del neófito mostrenco que iba á recibir el Jordan de la pública licitacion, para pasar de la comunidad religiosa á la compañía mercantil, y citaba á los aficionados para un dia y hora determinados á las casas consistoriales.

No habia en el palacio del municipio un gran departamento destinado á la venta de los bienes nacionales, ni siquiera un gabinete aislado donde pudiera instalarse el tribunal, compuesto del pregonero, (perdonen vds. el modo de empezar) del juez de primera instancia, del escribano y del administrador de Bienes Nacionales, ó fincas del Estado; se trataba de un acto público, y á no haberlo celebrado en medio de la calle, no se le podia dar mayor publicidad, que la que tenia en una de las antesalas del Ayuntamiento, por la que entraban y salian toda clase de personas agenas á la subasta.

En derredor del tribunal se colocaban unos bancos y en ellos tomaban asiento los licitadores, los *vividores*, los curiosos y algunos *protestantes*.

Entre los primeros, veíase siempre á los principales capitalistas de la córte, colgados á la oreja de sus respectivos representantes para inspirarles la voz y el voto de que ellos por cuestion de lujo hacian aristocrática renuncia; los segundos, gremio que mas tarde conocerá el lector, no

iban allí á comprar bienes nacionales, sino á aprovechar aquella nacionalidad que les permitia *ganarse honradamente* la vida. No iban á ofrecer de corazon su blanca mano á ninguna finca cartuja, sino á ver si pescaban en aquella almoneda de familia, una *prima* que les hiciese mas llevaderas las penalidades del destino y los rigores del hambre. En suma, no iban á rematar sino á ser rematados.

Lo que hacian los curiosos en aquel sitio, demasiado lo sabe quien los haya visto en cualquier otro; en primer lugar *mataban el tiempo*, que es su único gigante Goliath, y tomaban apuntes acerca del resultado de la funcion y para poder dar mas tarde la noticia de quien se habia quedado con el remate.

Otro tanto hacian algunos carlistas trasnochados los que iban á protestar en silencio de aquel *despojo*, diciendo entre dientes cuando se adjudicaba alguna finca—ya vendrá el amo y devolvereis á los pobrecitos religiosos sus conventos y sus casas de campo.

El remate daba principio por leer el pregonero la filiacion del esclavo y el precio de la tasacion, el cual solia ser tan bajo que á las dos primeras pujas dobló mas de una vez el precio. Siguiendo de este modo, los concurrentes pujando y el pregonero repitiendo, hasta que este tiernísimo vástago de la magistratura, fija su vista

en el juez, repetia tres veces el último lote y pronunciaba estas concluyentes palabras:—*A la tercera, que es la legítima y valedera*.—Oyéndosele siempre añadir entre dientes la sacramental muletilla de—*y que buen provecho le haga.* Y el picaruelo se sonreia y miraba al afortunado postor como si quisiera conocerle para pedirle mas tarde los consabidos guantes.

El licitador se acercaba á la mesa provisto de fiador abonado, firmaba el contrato, y negocio concluido.

Pero antes de llegar á este desenlace final, habian ocurrido entre los postores diferentes escenas, que bien valian cada una de ellas por todo el drama junto.

Al llegar á la sala sabíase sobre poco mas ó menos quien iba á ser el mejor postor, y si de antemano no habia podido ponerse de acuerdo con los demás contrincantes para que no le *hiciesen aire*, se les acercaba al oido en el acto de la subasta, y á condicion de no soplar en otro remate obtenia un perfecto reposo de los contrarios abanicos.

El *vividor* era el martinete que solia batir con mas fuerza, y aun aparentaba no querer transacciones; pero el capitalista le conocia de sobra, y no le tenia miedo. Si la *prima* que le ofrecia se le antojaba pobre con un vestido de diez mil reales, le echaba otro de veinte y estaban despacha-

dos; si se obstinaba, que algunos vividores sabian su oficio á las mil maravillas, le dejaba cargar con el remate; seguro de que luego iria á pedir capitulacion, traspasando el negocio; porque ninguno de esos pequeños negociantes dejaba de pedir que se consignara la cláusula de que adquiria para *poder ceder* el remate.

En los primeros tiempos de la desamortizacion, la concurrencia á las subastas fué inmensa, aunque las caras de los rematantes siempre eran las mismas. Mas tarde, cuando al decir de los inteligentes ya se *habian acabado las gangas*, disminuyó mucho la aficion, pero no varió en nada la escena, que siempre fué poco mas ó menos la que acabamos de bosquejar.

Para que esta gran empresa desamortizadora, tuviese cumplido efecto, fué preciso que los constitucionales mas tibios, hiciesen la vista gorda, ínterin la gente de rompe y rasga les daba aderezada y medio comida una cosa tras de la cual se les iban los ojos de gusto, y por la que se relamian una y otra vez las manos.

Todos eran partidarios de las leyes que impiden y evitan la amortizacion, pero no todos querian reconocer el derecho de los desamortizadores. Aplaudian, como era justo, las leyes liberales que se hacian entonces para el dia de mañana, pero no querian que los hombres del siglo XIX fuesen legisladores del siglo XVIII, so-

bre todo en materia tan grave y en asunto de tanta importancia como el de la propiedad particular; y en esto tenian mucha razon.

Andando ese camino que tiene mucho que andar, pero que una vez dado el primer paso se anda pronto, y suponiendo, suposicion fabulosa, que llega un dia en que las obras literarias tienen tanto precio como las de albañilería, puede antojársele á un legislador cualquiera desamortizarlas y sacar á pública subasta, hoy lo *Cierto por lo dudoso*, mañana *La Vida es sueño*, ó la *Araucana* ó el *Don Quijote*, adjudicando en pública licitacion la progenitura literaria de todas esas obras al que mas dinero ofrezca por ellas.

Con un decreto ó una ley por la cual se declaren bienes mostrencos (literariamente hablando) las comedias de Calderon, de Lope, de Tirso ó de Moratin ú otras por el estilo, podrá cualquier tonto hacerse gran autor dramático, con solo presentarse á hacer postura á los que en ese caso se llamarian bienes nacionales. Y otro tanto se podria hacer con las obras de arte, y con las de ciencias é industria.

Por supuesto que cuando llegase tan mala hora para las obras del entendimiento, ya no habria ni siquiera nocion de lo que habia sido la propiedad, y tanto valdria ser mano muerta como mano viva.

Antes de que tales cosas ocurran, han de ver

nuestros hijos la nueva desamortizacion de lo que ahora se está amortizando, porque como ya hemos dicho al principio de este artículo, las ventas de los bienes nacionales, no se han hecho de manera que salgan de las manos muertas á las vivas, sino para echarse el muerto de un mostrenco á otro mas mostrenco aun. Esto es, para pasar de la comunidad de los frailes á la comunidad de los bolsistas.

Asi lo han querido las exigencias políticas, verdaderas madrastras de los principios económicos y de toda buena administracion.

Cierto es que aquellas inmensas riquezas, aglomeradas en una sola mano, aquellas fuentes de prosperidad pública, que solo apagaban la sed de unos cuantos hombres, han vuelto al dominio de la nacion, y que con la contínua sucesion de las generaciones y las leyes desvinculadoras, irán llevando sus ricos caudales á todas las familias, pero harán los siglos lo que debieron haber hecho los años, y esto, si hay alguien á quien no le parezca un mal, nadie de seguro lo tendrá por un bien.

¡Qué granjas-modelos han reemplazado á aquellas deliciosas y fértiles cartujas, donde los monjes, encerrados con todos los prodigios de la naturaleza, se resignaban á renunciar todas las penalidades y miserias de la vida!

¿Donde están las grandes escuelas, los gran-

des talleres, que para la educacion del pueblo, se han planteado en aquellos sólidos edificios que tanto codiciaba la masa comun, cuando se los negaba la codicia de una comunidad?

En aquellos magníficos palacios de piedra ¿qué pobres acuden á curarse de sus enfermedades?

La desamortizacion, amen de una oficina del ramo en cada provincia, y de algunos cuartos que produjo al Tesoro público, lo que hizo principalmente fué procurar negocios á los banqueros y trabajo á los jornaleros que se ocuparon de los derribos.

El derribo fué la última sopa que se repartió en los conventos.

El ornato público, seamos justos, tambien sacó su provecho de la venta de los bienes nacionales, hermoseando con nuevos edificios algunas poblaciones, y hasta hubo barrios que aprovecharon la ocasion, falta les hacia, de pescar una plazuela.

Consolémonos por lo tanto y dejemos este tono plañidero que parece inspirado por alguno de los antiguos habitantes de esos edificios vendidos; consolémonos y echemos una cana fuera, dando por bien empleado lo sucedido al ver lo mucho que ha prosperado la industria con la desamortizacion.

Hemos dicho que los refectorios monacales

se han convertido en talleres industriales y asi ha sido en efecto.

Testigos son de esta verdad, que no nos dejáran mentir por tan poca cosa, mas de una fábrica de harinas y algunas de papel y tal cual taller de coches, y otras varias industrias, que aunque es cierto que no han solido alojarse en la parte principal de los edificios, eso consiste en que son modestas y se avienen á todo.

La industria hace poco tiempo que vive entre nosotros y aun no tiene confianza para hacerlo con comodidad y con holgura. Lejos de arreglarse para su uso aquellos magníficos palacios de mármoles que el siglo la brindaba como á su reina y señora, se ha metido á vivir en los zagüanes de los conventos, y merced á una modesta chimenea, que la han construido para que no la ahogue el humo del carbon de piedra, puede decir á los extranjeros, que aqui tambien nos industriamos para llegar á tener industria.

Y la tendremos cuando nos demos á buscarla y á traerla por su verdadero camino. Entonces no la entregaremos á los braceros sino que haremos que se encargue de ella esa generacion, que hoy se cria para invadir los talleres de los expedientes y los hornos de fundicion de las oficinas del Estado, y ya verán vds. como se desarrolla y crece y pierde ese rubor que hoy tiene, y esa modestia con que huye de los palacios.

Pero hasta entonces..... hasta entonces y mientras vds. no resuelvan cosa mas acertada, resuelvo yo dar aqui por terminado el presente cuadro, siquiera haya quien diga que no está completo.

¿Lo está por ventura la desamortizacion? ¿Han acabado las *manos vivas* de rebuscar las migajas de pan entre las mostrencas? Pues cuando acaben, si alguna vez acaban, terminaremos este artículo.

CUADRO UNDÉCIMO.

El gran relój del siglo XIX.

A cada paso de los que demos en esta segunda parte de la obra me voy á ver obligado á mortificar tu orgullo, querido lector. En viaje eres un bulto, en la fonda eres un número, en el hospital te llaman caso, y en todas partes y á todas horas te suman ó te restan como una cosa ó un objeto cualquiera. Satanás te ha engañado cuando te ha dicho que habia llegado el dia de tu emancipacion y de tu independencia. A medida que vas conquistando libertades, vas añadiendo eslabones á las cadenas de tu esclavitud. Eres muy rico, eres muy sabio, estás casi á punto de ser omnipotente, pero has perdido tu personalidad.

Fuistes una unidad en la lista de los nacidos, y serás otra unidad en la de los muertos, pasando mientras tanto por varias clases y condiciones, sin que sirvas de otra cosa que de aumentar ó disminuir el guarismo total de cada una de ellas.

Al nacer un hombre mas; al morir un hombre menos; cuando enfermas un caso; cuando viajas un viajero; cuando te bañas un bañista. Si alguien te maltrata eres el número 4 ó el 5 de los heridos que hubo aquel dia; si vas á paseo, si compras algo, si trabajas, si vagas, si te prenden, si te escapas ó si te destierran, no eres tú el orgulloso don fulano de tal, el que pasea, ni el que compra, ni el que se escapa; tu nombre no hace al caso para nada, tu personalidad ha desaparecido; te hallas en la casilla de los paseantes, de los compradores, de los jornaleros, de los vagos, de los presos, de los desertores y de los desterrados, pero te hallas como una unidad mas, que se suma con las demás unidades, y punto concluido.

La estadística, el gran cuadrante nivelador de la sociedad presente, se ocupa á todas horas de tí, pero no se ocupa para nada de tu personalidad.

¡Qué le importa á ella de tu nombre ni del orgullo satánico de tu individuo!

Si eres sabio, no se olvida de tí al sumar los

sábios; si pagas mucha contribucion, aunque tú no te veas allí, estás en la casilla de los mayores contribuyentes. Así cuando oigas decir que en Madrid hay tantos ó cuantos (nunca muchos) que saben leer y escribir, si tú sabes lo uno y lo otro ten seguridad de que eres uno de ellos.

Si tienes una tierra, ó una casa, ó un árbol, ó un caballo, ó un perro dogo, en las casillas de los perros dogos, de los caballos, de los árboles, de las casas y de las tierras, estarán los tuyos. A esta moderna Inquisicion se le escapan menos cosas que á la antigua.

No le importa que te bautices ó dejes de bautizarte, ni que te cases ó permanezcas soltero, ni que seas militar ó paisano; de todos modos, para esta ó la otra casilla tu individualidad le dá un número y eso es lo que le hace falta.

La estadística vive de los números.

El siglo XIX es el siglo de los matemáticos.

Su primer trabajo ha sido triangularnos: esto es, partir en triángulos geodésicos la tierra en que vivimos; despues medir las hectáreas y las fanegas de cada triángulo, luego averiguar de quién son las tierras, operacion mas facil de emprender que de llevar á cabo; y divididas y subdivididas las tierras, contadas y recontadas las hectáreas, sumadas las casas y los árboles y las plantas, hecho el recuento de los hombres y de los animales, divididas aquellas en cien clases y

estas en otras tantas, cada cien divisiones en cada una de las especies, y llevando todo á cada casilla respectiva, ha formado el gran relój del siglo.

Con ese relój en la mano, como no te ocurra dudar de la exactitud con que ha sido hecho, no puedes dudar de nada mas.

Es un relój mónstruo, un relój completo, un reló digno en todo y por todo del siglo XIX.

No señala la hora en que vives, pero marca las horas que has vivido, las que has empleado en comer y en dormir y en trabajar y en hacer el vago; las de los malos y los buenos pensamientos, y las de las malas palabras y las malas obras. No tiene música, pero tiene músicos y cantores; no es relój de sol, pero allí constan las horas á que sale y se pone en todas las estaciones del año y en todas las regiones del mundo; tampoco es de arena, pero marca el número de arenas que tiene el mar; no es de bolsillo, y sin embargo dice el dinero que hay en todas las bolsas de España; no es de oro, y cuenta todo el que hay acuñado: y por último, no es relój de pared, ni de sobremesa, y sin embargo tiene un número para marcar las varas de pared maestra, y otro para hacer constar las mesas que hay en España.

Consúltanle con frecuencia toda clase de personas y cada una de ellas va en busca de una ci-

fra distinta. Para todos tiene un dato y todos le atrapan un número.

Ha despertado la curiosidad de muchas gentes, que sin la invencion del relój estadístico, jamás habrian pensado en averiguar cosa àlguna, y acósanle á preguntas por todo y para todo. Afortunadamente, él no se cansa ni se rinde, porque como no usa palabras sino números, sale del paso con un guarismo.

Como el mono de Maese Pedro, el titiritero de la venta, de lo pasado sabe algo, de lo presente algun tanto y nada de lo porvenir. Pero aquí de los calculistas y de los matemáticos. En el siglo de los problemas, en que cada hombre es un enigma y cada cosa un misterio, seria imperdonable con los datos de un problema no averiguar el resultado. Para esto y para otras muchas cosas mas, sirven las matemáticas.

La estadística no puede decirnos cuanta gente se constipará el año próximo, pero sabe fijamente la que se ha constipado este año y los anteriores, y sin más que prestarnos esos datos, hacemos con ellos un quinquenio y $a+b=x$, tenemos resuelta la cuestion.

Ejemplo al canto:

—¿En qué estará pensando la humanidad á estas horas? dice un filósofo, á las tres ó á las cuatro de la mañana, que para cierta clase de filosofías todas las horas son buenas.

Ni por lo intempestivo de la hora, ni por lo extraño de la pregunta, espera el filósofo que haya quien le conteste, y acude al relój del siglo. Coge los últimos *Anuarios estadísticos*, hace un quinquenio con los datos que arrojan las distintas casillas de los estados, y dice:

—99 por 100 durmiendo, 1 por 1.000,000 resolviendo problemas sociales, 1 por 10.000 trabajando para trastornar la sociedad.

Y así continúa averiguándolo todo, hasta encontrar su propia casilla; la de los que están pensando en saber lo que piensa el prójimo.

Por supuesto que averiguar por medio de la estadística y de las matemáticas, cuantos suicidios se estarán cometiendo á tal cual hora del dia, y cuales serán con arma blanca ó en el Mar Negro, y con una caja de fósforos, ó ahorcándose á obscuras, es facilísimo. Eso se sabe al momento.

Tambien se sabe con toda exactitud, con la precision matemática del siglo, el número de niños rubios ó morenos que han de nacer en un dia dado; y cuantos serán varones ó hembras, y si habrá entre ellos algun lisiado, y en que parte del cuerpo será la lesion, y los que serán legítimos ó ilegítimos; y en suma, todo lo que se quiere averiguar se averigua.

En cuanto á los datos absolutos, los que no tienen relacion con una fecha dada, esos son in-

falibles. Esos los contesta el relój por sí propio con admirable precision.

Magistralmente y sin que permita que se le replique, asegura que los naturales de tal país son propensos á la demencia exaltada; y que los del otro lo son á la tranquila; ó que los de cierto pueblo son homicidas, mientras que los del inmediato son incapaces de hacer daño á un mosquito.

A todo eso responde, y para eso y para mucho mas sirve la estadística; pero el gobierno es el que saca de ella el verdadero provecho. Como que bien mirado, ese gran relój, es el relój de bolsillo del ministerio.

Si el ministro de Hacienda no lo tuviera en su faldriquera, no sabria el dinero que tienen en las suyas los españoles. Y no sabiendo lo que tienen no podria saber cuanto les ha de pedir. El relój no le dice lo que les ha de sacar, pero le dá cuenta de lo que el labrador saca de sus tierras, el industrial de sus fábricas, el propietario de sus fincas, el ganadero de sus rebaños y el comerciante de sus capitales, y esto le basta. Con menos tuvieron suficiente los recaudadores del diezmo para diezmar la propiedad antigua; con que figúrate, lector, si con los trabajos estadísticos tendremos ahora de sobra para que no quede nada sobrante. Sabe el ministro que el relój no ha de descubrirle un nuevo mundo; pero tiene

seguridad de que los Colones que han salido á registrar colonos, habrán repetido el milagro de los panes y de los peces, y que la tierra se habrá ensanchado á su vista. Si en el libro de la estadística hay mas fanegas de tierra que fanegas de ochavos en las cajas del Tesoro, toma sus apuntes, apunta hácia la tierra de promision nuevamente descubierta, lanza sobre ella una nube de recaudadores, y al año siguiente ya no queda nada por recaudar.

Si ciertos pueblos que parecian inapetentes y que consumian pocas carnes y poco vino, han dejado de ser morigerados y resultan grandes consumidores, se les aumenta la contribucion de consumos y queda todo consumado y consumido.

De este modo, y consultando con frecuencia el relój, sabe el ministro si ha de aumentar las contribuciones directas ó las indirectas, llevando el producto de todas ellas directamente á las arcas del Tesoro público.

El ministro de la Guerra tambien le pregunta al relój cuantos mozos sorteables hay en cada provincia, y el relój le declara todos los que él conoce, indicándole los que el año anterior resultaron cortos de talla y exentos del servicio de las armas por imposibilidad física ú otras causas.

Para los ministros de Fomento, de Marina, de Gracia y Justicia y de Gobernacion, el relój

es tambien un gran oficial de secretaría, pero es á la vez un remordimiento.

El primero sabe los árboles que tiene, y aunque son pocos, se alegra de tenerlos; pero sabe los que le faltan, que son muchos mas, y este número le entristece. Tampoco le alegra saber el número de kilómetros que están por hacer en las principales carreteras y ferro-carriles, y el estado de los puertos, y el guarismo de los canales de riego, y el cero que ocupa la casilla de los rios navegables le desesperan.

El de Marina cree que ha hecho mucho, pero ve que es poco, muy poco, comparado con lo que le queda por hacer, y le entra el desaliento.

El de Gracia y Justicia, que no puede dar un paso sin llevar el relój consigo, aunque parece que está mirando el número de criminales y la clase de crímenes que hay en cada pueblo y las reincidencias y los escalamientos de las cárceles, lo que hace es mirarse al espejo y asustarse de su propia imágen. Aquellas cifras le dan á entender, y sino lo entendiera daria muestras de ser poco entendido, que los criminales saben el Código penal mejor que los magistrados, y que muchos de ellos parece que al delinquir tenian en una mano el instrumento del crímen y en la otra un ejemplar del Código.

El ministro de la Gobernacion, que tiene en el relój el estado de los hospitales y de los ma-

nicomios y otra porcion de curiosidades por el estilo, parece que no encuentra lo que busca. Saca la llave porque para dar cuerda á la máquina de la estadística, él tiene una llave y el ministro de Hacienda otra, y adelanta y atrasa el minutero, y aun suele hacer esta operacion con la uña y nunca queda satisfecho. Sabe el número de electores y el de elegibles, pero no sabe como piensa cada uno de ellos y esto le aburre con razon. Bueno es que se diga que se respetan y hasta que se respeten si es posible, todas las opiniones; pero bueno es tambien que se sepa cuales son estas. Y no complicaria gran cosa la máquina añadir veinte ó treinta casillas, que no son muchos más los principales bandos políticos, para que se supiese como pensaba cada ciudadano; es decir, cada ciudadano elector, porque los demás ciudadanos pueden pensar como les acomode. Con estos ajusta la cuenta el ministro de la Guerra ó el director de Artillería; al de la Gobernacion solo le interesan los otros.

El ministro de Estado es el único que no mira el relój, porque no señala las horas que el necesita. Como ministro de Negocios extranjeros tiene diferentes meridianos y el de su pais no le hace falta para nada. El sol no se pone jamás en los dominios del ministerio de Estado.

Por supuesto que el relój no es todo lo perfecto que ha de ser con el tiempo, porque las

gentes han creido que aunque los relojeros que recorren sus campos no les piden mas que números, averiguados estos les han de pedir alguna cosa mas. Ven en esta cuestion, una cuestion numeradora, pero se les figura que van á dejar de ver algo de numerario. Asi los pobres soldados de la estadística, que andan sufriendo los rigores de las estaciones, por medir con exactitud las tierras y recontar los árboles y averiguar el número de los animales que hay matriculados en cada aldea, son recibidos con poca amabilidad por los vecinos de los pueblos.

Pero hacen mal en obrar asi y en hacer ocultaciones, para que no se sepa lo que tienen, porque la estadística lo ha de saber mas tarde ó mas temprano. Ya hemos dicho que á esta Inquisicion se le escapa menos que á la otra.

Tan cierto es que no se le escapa nada, que te has de asombrar, lector, cuando en la última parte de esta obra te digamos todo lo que se ha de averiguar por medio de ella.

———————

CUADRO DUODÉCIMO.

Almacen de lágrimas

Exceptuando el Espíritu divino, que es el verdadero espíritu reconocido por todos los filósofos, menos los epicureos y los demócritos, el mejor espíritu que yo conozco, incluso el espíritu de vino, es el espíritu de asociacion. La humanidad se ha hecho un gran bien á sí propia, suprimiendo el individuo y creando la sociedad. El concurso de los espíritus humanos, para formar y robustecer el espíritu de asociacion, es la gran obra civilizadora del presente siglo. Las casas de párvulos, los colegios, las universidades, los casinos, las mesas redondas, las orquestas monstruos y los grandes trenes de viaje, han disuelto los grupos heterogéneos de las antiguas peque-

ñas familias, para formar las grandes y homogeneas familias nacionales. La union dá la fuerza, y la union no puede prescindir de la ley de las afinidades. En el cuadro que expresamente hemos pintado para retratar las sociedades mercantiles, verá el lector los grandes resultados del espíritu de asociacion. El presente no tiene un objeto tan vasto; trátase unicamente de demostrar una de las grandes ventajas de ese gran principio.

El siglo XIX, confeccionador de canastillas de ropa blanca para los hombres que van á nacer, no podia olvidarse de tejer coronas fúnebres para ornar las sienes de los que van á morir. Asociarse para reir y separarse para llorar habria sido digno. Sacar las risas de las tertulias públicas, y no hacer lo mismo con las lágrimas hubiera sido una inhumanidad. El lujo de los teatros, exigia el lujo de los cementerios; los grandes almacenes de juguetes, reclamaban grandes fábricas de coronas fúnebres.

La sociedad presente ha atendido á esta necesidad con preferencia á muchas otras. Desde que los placeres perdieron el pudor, y salian á la calle sin ruborizarse, los dolores no podian conservar la vergüenza ni tener rubor de salir en público. El siglo XIX ha obrado con la sabiduría que le caracteriza al publicar las alegrías y las tristezas del prójimo. Para algo hemos in-

ventado los fósforos y el alumbrado de gas.

¡Pues bueno fuera que despues de haber hecho un mundo de luz, tuviéramos dentro de él rincones obscuros! Nada de eso, lector, vengan las risas y las lágrimas á la plaza pública, que no porque estemos ocupados en cotizar efectos de Bolsa, hemos de dejar de vender los afectos del alma.

Hagamos almoneda general de todo, aunque haya quien diga que estamos próximos á la bancarrota.

—¡Aqui hay un muerto! dice el médico que pretendia hacerle inmortal ¿quién se encarga del cadáver?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!, gritan á la vez quince ó veinte sociedades mortuorias.

—Yo me encargo de embalsamarle en dos horas sin que se desfigure y dándole mayor belleza de la que tuvo en vida, y anuncio su muerte en 20,000 ejemplares de periódicos, y le llevo á enterrar en una carroza fúnebre de gran lujo y buen movimiento, con seis ángeles llorando y la estátua de la Religion y la de la Fé y cien atributos y trofeos sentimentales, y seis caballos enlutados tambien, y le pondré en un panteon holgado y cómodo, con lápida de mármol y adornos de bronce.

—Yo hago todo eso y mucho mas, en menos tiempo y por menos precio.

—Y yo ofrezco mayor perpetuidad que todos porque mi cementerio está al otro lado del rio. Desconfiad, señores, de lo que os prometen esas otras sociedades porque sus campo-santos no están seguros. El ensanche de Madrid los va empujando y los hará desaparecer muy pronto.

Y la familia atribulada tiene precision de elegir entre todas aquellas sociedades, una á quien entregar el cadáver querido, cuidando de expresar toda la estènsion del dolor que siente, ó del que su fortuna metálica le permite sentir, para que aquellos solícitos plañidores puedan representar con toda propiedad el desconsuelo, la afliccion y el llanto de sus poderdantes.

La primera diligencia es privar al dolor de la vergüenza con que huye de la sociedad, apartándose á deshacerse en lágrimas en el rincon mas solitario de la casa. A la viuda desconsolada, al hijo afligido, á la madre transida de dolor, lo primero que les preguntan, es el precio y el tamaño de las papeletas y de los anuncios en que se ha de hacer público su desconsuelo. Al siglo de la publicidad le seria imposible guardar ningun secreto. El muerto no es simplemente un esposo, ni una madre, ni un hijo de familia, es un individuo de la gran familia nacional, y lo primero que hace falta es que el público, que constituye su parentela, sepa que ha fallecido.

Los interesados, como todo lo miden en aque-

llos momentos por su dolor, y su dolor es grande, piden que sean grandes tambien los anuncios; y en el *Diario de Avisos* y en las esquelas que se reparten á domicilio, tras de un niño llorando sobre un sepulcro, ó un bosque de cipreses, ú otra alegoría por el estilo, se anuncia el fallecimiento, y se señala la hora de la traslacion del cadáver, rogando casi siempre que encomienden á Dios al difunto, y *suplicando* siempre *el coche.*

Para refrendar la gerarquía social del muerto y hasta el grado de dolor de la familia, es preciso tener en cuenta el número de coches que siguen al carro fúnebre. Las gentes, que oyen al pasar un entierro, no el ruido de los responsos que se han suprimido, sino el lento rodar de los carruages, salen á contar el número de estos, cuyo número es una gacetilla para los periódicos del dia siguiente. Rezan ó no un Pater noster por el alma del difunto, pero observan si la caja va forrada de paño ó de terciopelo, y si los caballos llevan penachos y los criados van vestidos de riguroso luto, y se retiran á sus ocupaciones, esperando, porque tienen derecho á ello, á que el periódico les diga al dia siguiente el nombre del difunto y sus cualidades, y si se pronunciaron discursos en el cementerio y hasta el juicio crítico de estos.

Despues que la familia ha dado sus instrucciones acerca del grado de pena que quiere ostentar

en público, ó si por abreviar este penoso interrogatorio de los enterradores, ha dicho el dinero que quiere gastar ó autorizado para que se gaste todo el que se crea necesario, el cadáver no le pertenece; el muerto es de la propiedad de los sócios. Inscríbenle en la cofradía como si lo hubiera hecho en vida, y le dan todos los honores de la muerte.

El lecho del dolor desaparece cuando empieza el verdadero dolor, y alzan en su lugar una gran cama imperial, en cuya colocacion trabajan por espacio de dos ó tres horas diez ó doce artistas. El cadáver se expone al público, entre cortinas de terciopelo negro y flecos de oro, con adornos de bronce y alumbrado por multitud de hachas de cera. Al pié de ese lecho mortuorio y cuando cerrada la caja, y embutida en el carro fúnebre va camino del campo santo, nadie llora; en el cementerio le entierran á secas tambien; y no parece sino que el espíritu de asociacion, fácil de asociar las alegrías, ha sido impotente para llorar en sociedad las desgracias.

A pesar de la publicidad del suceso, cualquiera diria que el dolor se habia quedado en el seno de la familia, temeroso de perder el pudor si salia á la calle.

Acaso habria pensado que si la familia desconsolada y afligida hubiese pedido consuelos, y lágrimas en vez de *suplicar coches*, la sociedad

la hubiera acompañado en el llanto, y el luto habria pasado mas allá de los arreos de los caballos y de las libreas del alquilador de carros fúnebres, pero no es asi ciertamente; la sociedad llora y acompaña en el sentimiento, y aun se encarga de sentir por los interesados.

Ahí están, que no me dejarán mentir, los lapidarios, las floristas, los grandes almacenes de objetos fúnebres y los cementerios mismos.

Aunque te parezca, lector, que el público vé pasar con indiferencia un cadáver, no creas que deja de llorar y de sentir ¡y de ocuparse en llorar la muerte de aquella persona. Verdad es que canta la jóven que está encerrada en su modesta guardilla, y que ni siquiera ha tenido la curiosidad de levantarse para ir á ver pasar el entierro, pero en cambio redobla su trabajo y dice á su compañera de labores:

—Date prisa á acabar esa corona, porque ayer me dijo el comerciante que ya no le quedaba mas que una docena; y ya ves que pasa otro entierro, y de gente rica, porque se oyen muchos coches.

—Me incomoda mucho hacer estas coronas, sobre todo con este rótulo tan largo.

—Pues ya ves que son de las que mas se venden.

—Si, ya lo sé: pero mira tú que poner dentro de una corona pequeña: ¡*Ay hijo del alma*

mia, tu madre muere dia por dia! es un fastidio.

—Sin embargo, yo comprendo que á las madres les guste este rótulo, más que aquellos otros que solo dicen *Hijo mio*!!! ó ¡*Angel de amor*! ó *A mi hijo*!!! ó ¡*Pobre madre*!

—Pues y aquellos de ¡*Laura*!!! ¡*Hortensia*! ¡*Luisa*! ¡*Adelaida*! Y por cierto que segun el comerciante tenemos que deshacer algunas de las que hicimos con el nombre de Pepa, porque dice que hace mucho tiempo que ha observado que no se muere ninguna de ese nombre, y le hace falta el material empleado en ellas para otras.

—Las de mas salida son las que dicen: *Amor filial.—Ternura fraternal.—Tu afligida madre.—* ¡*Tu inconsolable hijo*! Todas esas tienen mas aplicacion y hasta son mas bonitas; pero dicen que los trabajos de pelo son los que ahora están mas de moda.

—Si pero esos son cuadros para las casas, no para el cementerio.

—Ya lo sé, y yo no gastaria en ellos mi dinero, porque ahí si que dan gato por liebre. ¿Quién te dice á tí que aquel pelo es el mismo que tú has dado?

—¡Toma, eso lo mismo sucede con las coronas que hacemos nosotras!

—No lo creas, porque la familia no nos da ni las flores, ni las letras, ni las cintas de luto.

—Pero nos las traen del cementerio, que es lo mismo ó peor. Estoy segura de que con las mismas letras hemos hecho algunas veces tres nombres distintos. ¡Tendria gracia que la segunda corona que hicimos con ellas, se la hubiesen puesto al que pagó la primera!

—Yo me ahorraria de todas esas equivocaciones, si tuviera que ir á llorar alguna persona querida, porque no le pondria mas coronas que las que yo misma hiciera.

—¡Ya, pero como las demás gentes no saben hacerlas!

—Que cojan las flores y las echen sobre la sepultura. Y si no tienen flores, que viertan lágrimas, que es mucho mejor.

—¡Buena cuenta nos tendria eso á nosotras! Si no fuera por las coronas fúnebres, no sé de qué viviríamos. En los platos de dulce no se ponen ya flores de mano, y las que usan las señoras para las bodas y los bailes, las traen de París.

En los almacenes de objetos fúnebres, no suele haber nunca semejante conversacion. La corona de siemprevivas, el corazon de pelo, los ángeles que lloran, la lámpara funeral, y la estátua funeraria, son otras tantas mercancías que pagan su contribucion, que tienen su época de mas ó menos consumo, y que exigen por lo tanto amabilidad en el vendedor, exposicion variada para excitar el apetito de los compradores, y

grandes anuncios para llamar parroquianos. Tener de su parte al alquilador de carros fúnebres, y sobre todo al conserge y al jardinero de los cementerios, para que den razon de donde se venden las figuras mas sentimentales, las coronas mas expresivas, los lazos mas melancólicos, y los adornos mas fúnebres.

Mientras el vendedor de lágrimas está á solas con ellas, las trata como si fueran objetos de risa, y hace su balance mercantil con la mayor indiferencia, como si la estadística de su casa no ofreciera un gran dato para la estadística de los dolores de la humanidad. Hasta que entre un parroquiano no debe compunjirse ni manifestar repugnancia hácia aquellos atributos de la muerta, que á él y á su familia le dan la vida.

Pero si de repente, (repente felicísimo para el comerciante de suspiros póstumos) llega á la puerta de su tienda un coche negro, con libreas negras, y atalaje negro tambien, y baja de él una señora envuelta en negros crespones, y soltando gasas negras por todos los ángulos de su cuerpo, el vendedor debe arquear las cejas, doblar el cuerpo sobre el mostrador de sus mercancías, y sacudiendo la cabeza, como si dijera en voz baja—acompaño á vd. en el sentimiento—decir en voz alta aunque lúgubre.

—Sirva vd. sentarse y decirme en que puedo servirla.

Si la señora, que por mas que venga anunciando penas, y afligiendo corazones, puede no estar apesadumbrada ni tener su corazon afligido, se sienta, y alzándose el velo que enluta el semblante, dice con voz clara, sonora y hasta alegre—saque vd. coronas—el comerciante debe cambiar su aspecto lúgubre, y tomando un aire mas jovial, preguntar:—¿de qué clase?

—De las mejores, contestará la señora.

—¿Para párbulos, para adultos ó para personas de edad? Sírvase vd. decirme la edad, el sexo y el estado del difunto.

—Son para mi esposo.

—En ese género tengo cuanto vd. apetezca, porque acabo de recibir de París un gran surtido.

—Yo creia que se fabricaban en Madrid.

—Si señora, las hay tambien, pero son mucho mas ordinarias; para gentes de poco mas ó menos. Las francesas son mucho mejores, porque para estas cosas de sentimiento no hay otro París. Aquellos artistas comprenden de tal modo los afectos y las pasiones del corazon humano, se identifican tanto con las desgracias del prójimo, que parece que lloran las suyas propias.

—Pues sáqueme vd. de las francesas: una grande que abrace todo el nicho, dos mas pequeñas y un corazon para el centro.

—¿Y no quiere vd. tambien lámparas? Las tengo tan elegantes y de una luz tan melancóli-

ca y tan lúgubre, que da miedo verlas encendidas.

—No señor, porque de todo eso tengo, y ya como no sean los coronas, no cabe nada mas en el nicho.

—¿No necesita vd. tampoco un amor llorando sobre una urna, ó algun lacrimatorio de biscuit, ó estátuas, ó alegorías de alabastro?

—Vaya, enséñeme vd. los amores á ver si me gusta la figura que tienen, porque los que he visto el otro dia en el sepulcro que hay al lado del de mi esposo, no me llenan. Tienen una actitud tan poco espiritual y tan tosca, que no dicen nada. Y al mismo tiempo, si tiene vd. coronas para niños, sáqueme vd. una, porque hace tiempo que no he llevado nada al nicho de mi hijo.

El comerciante presenta á la vista de la enlutada señora, cien objetos de lujo, capaces de entristecer al mismo dios Momo, y elogiándolos y ponderando el sentimentalismo y la propiedad de todos ellos, cambia la mayor parte de aquellas lágrimas francesas, por unos cuantos duros españoles, ofrece á la señora si quiere que los dependientes de su casa vayan á clavar los objetos al cementerio, y ella dice que si, y da las señas y el número del panteon, para que la esperen allí, mientras da un paseo por el Retiro y unas vueltas en la Fuente Castellana.

Al anochecer, que es la hora de las grandes

lágrimas, como que la atmósfera se está estregando los ojos para verter las suyas sobre las flores, entra la desconsolada esposa en el cementerio, y riñe con el conserge, porque no ha arrancado la yerba que crece delante del panteon de su marido, y se ocupa con prolijo cuidado de la colocacion de las coronas, y goza al ver que no hay ningunas mayores ni de mas gusto que las suyas; y reza ó no reza un Padre nuestro, que eso ella lo sabrá y el alma de su esposo tambien.

Yo no lo sé ni me quiero quedar allí para averiguarlo. He escrito este cuadro para probar lo que es el espíritu de asociacion, aplicado á llorar las desgracias de las familias, y estas no se sienten á la vista de los cementerios. Ni aquellas anaquelerías, convertidas hoy en escaparates de chucherías de niños y de coronas de rosas y siemprevivas, ni la clase de flores que crecen en aquellos jardines, ni el lujo de las lápidas, ni menos las inscripciones de ellas, dán idea alguna de la muerte.

Aquellas paredes son otras tantas hojas de la estadística del siglo, donde no se vé nada mas que números y unas grandes letras que dicen— ¡*Luisa*!!!—¡*Fernandez*!—¡*Adelaida*!!!—¡*A Dios para siempre*!—¡*Sin ti me muero*! y otras inscripciones por el estilo.

Los poetas ayudan tambien á sentir á las

familias, y cuando les encargan algun epitafio hacen poco mas ó menos las mismas preguntas que el vendedor de coronas y amores fúnebres.

Por respetos que el lector me sabrá agradecer, no copio muchos de los dolores en verso que en este momento acuden á mi memoria. Las penas rimadas y medidas me aflijen mucho mas que las penas desmedidas y en completa libertad.

De todos los gritos que dá la sociedad cuando se le muere algun socio y de los lutos que arrastra, me quedo con el *Diario de Avisos* y con los caballos del carro fúnebre.

Verdad es que el primero *súplica el coche*, pero al menos dice algo. Los versos y las coronas no dicen nada. Y en cuanto á los caballos fúnebres, como dependientes de un alquilador de coches, es posible que en cuanto suelten las bayetas de haber llevado un muerto, se pongan el correage de gala para arrastrar el coche en un bautizo; y acaso lleven á enterrar al mismo á quien llevaron á la boda, pero esto no obsta para que el paso reposado, la bayeta que arrastran, y la cabeza inclinada por el peso de los penachos, produzca un gran efecto funerario, sentimental y lúgubre.

En cuanto al duelo ya no se *despide en la casa mortuoria*; *se despide en el cementerio*, para ahorrarle la incomodidad de volver á la casa.

Despues que ha salido el cadáver, á la casa

mortuoria solo van las cuentas de las lágrimas que ha vertido el alquilador de los coches, el de las bayetas, el marmolista y el fabricante de coronas fúnebres.

Estos industriales vuelven á emplear el dinero que reciben en nuevas lágrimas que guardan fiambres para recalentarlas y verterlas en sufragio de los parroquianos que vayan cayendo.

CUADRO TRECE.

¡Ya no hay distancias!

Lector, ¿eres aficionado á viajar?

Si no me contestas con una pregunta, es señal de que no sabes lo que te he preguntado.

Para ponerte en camino de comprender el que vamos á andar en este cuadro, es preciso que me contestes preguntándome lo que yo entiendo por viajar. Si asi lo hicieres, y quiero suponer que asi lo has hecho, verás cómo yo te respondo que viajar no es dejarse trasladar de un punto á otro.

Y si esta respuesta negativa no te parece digna de la pregunta, te daré otra mas categórica y mas llana. Te diré que el viaje y el transporte son dos cosas enteramente distintas, como lo son

el alimento y el medicamento. El primero es una necesidad y un placer; el segundo es una necesidad y un tormento. Pero de todos modos y aunque esto que digo sea una verdad, tampoco es mentira que los verdaderos viajes pertenecen ya á la historia, y que lo que ahora se usa es el transporte. Las personas han venido á ser cosas que se llevan de un lado á otro, sin que ellas intervengan en su propio movimiento, y que una vez entregadas á la máquina que ha de arrastrarlas en su camino, no les cumple ni les conviene hacer nada mejor que cerrar los ojos para abrirlos en el otro mundo, si el locomotor ha hecho la calaverada de echarse con la carga por un derrumbadero, ó en el término del viaje, si este ha sido feliz.

Así, lector, aunque te he preguntado si eres aficionado á viajar, no es para proponerte que viajemos, sino para decirte que los viajes se han acabado.

Aquella tranquilidad andariega, con que la mula de paso iba uno tras otro llevando los frailes al capítulo, los estudiantes á las universidades, los canónigos á la catedral y los corregidores al pueblo de su corregimiento, ha desaparecido. El siglo de los destajistas ha suprimido las jornadas en los viajes y haciendo apuestas de celeridad con el aire, aunque transporta á los hombres por tierra, los lleva en volandas de un

lado para otro sin dejarles descansar en parte alguna.

Pero como las distancias que separan unas poblaciones de otras, se llaman caminos, siquiera sean caminos de hierro, y las gentes que por ellos transitan se apellidan viajeros, fuerza nos ha de ser llamar viaje á lo siguiente:

La escena pasa en una calle ó en muchas á la vez. Quien hace un cesto hace ciento, y visto un transportado, puedes figurarte los demás. Una señora sola, enteramente sola, sale de su casa en traje de camino; el traje de camino no es hoy como ayer, el mas viejo y el mas remendado, sino el mas nuevo y el mas por remendar. Del brazo izquierdo le cuelga lo que siempre se ha llamado esportillo y ahora se llama *cabás*, y con la mano derecha sostiene un gran talego de color, cerrado con un candado. Este envoltorio que se conoce con el nombre de *saco de noche*, no porque sea la funda de las personas mientras duermen, ni porque haya de servir de almohada para tenderse á dormir durante el viaje, es la prenda característica del viajero. Hoy dia cualquiera puede lanzarse á viajar sin mas ropa blanca que la puesta y gracias si está completa y recien lavada, y puede omitirse y se omite el pasaporte, pero lo que no puede dispensarse es el saco de noche. Dicen que estas prendas se inventaron para guardar en ellas la ropa sucia, y esto no es po-

sible puesto que van llenas al empezar el viaje, ó como suplemento de los bultos del equipaje, y esto tampoco puede ser cierto, porque la mayor parte de los viajeros no llevan mas bulto que el suyo y el del saco de noche.

De todos modos, ¿quién es capaz de saber lo que una señora puede llevar en un saco de noche? Si es una costurera, que no porque la veas con traje de princesa has de creer que lo es ni lo ha sido sino de algun teatro casero, guárdate de pedirla una aguja ni una hebra de hilo; no lleva ella en el saco ninguno de esos remordimientos. Un vestido, por si se le rompe el que lleva puesto; una manteleta de dos caras, para hacer varias, segun los tiempos vengan; un par de botas nuevas, por si conviene saber dónde aprieta el zapato; un estuche de pomadas y barnices, por si le ocurriera ruborizarse ó perder el color con los lances del viaje; algun abanico con el que pueda darse el aire que mas le convenga; y tres ó cuatro libros de novelas y un devocionario de lujo, no por lujo de devocion, sino por ser lujosamente devota, hé ahí el contenido probable de un saco de noche. En el cabás no lleva fiambres, porque harto fia ella en que la suya le hará comer cuanto encuentre al paso, y solo una *Guia del viajero*, un espejito, á quien poderle preguntar de vez en cuando lo que hace el cabello, un peine para que éste se contenga á raya, unos

cuantos caramelos, por si hubiera necesidad de enseñar los dientes y un frasquito de éther para los accidentes previstos aunque indeterminados, es todo lo mas que suele encerrar el esportillo. Alguna vez, no todas, se suele llevar un velo de repuesto por si las tintas de la atmósfera hicieran preferible el velo verde al negro, ó éste al blanco ú al morado; pero este es un verdadero refinamiento de equipaje; esto solo lo hacen las que tienen el viaje como una profesion.

Dejemos, por lo tanto, de escudriñar la conciencia de los sacos de noche y de los esportillos, y sigamos á la viajera.

Acércase á un coche de alquiler, de los que el vulgo llama *tres por ciento*, no porque haya tres buenos en cada centenar de ellos, que todos son malos, ni porque los cuadrúpedos que los mueven den tres pasos mientras debieran dar ciento, sino porque estos carruages fueron uno de los primeros productos del crédito nacional. Acércase, digo, á un coche, abre por sí propia la portezuela, mira al cochero, y mientras éste, sin mirarla, quita la tablilla en que está escrito el consabido *se alquila*, para que no parezca que se alquila el coche con lo que lleva dentro, le dice:

—*Al Mediterráneo.*

El cochero no pregunta nada, y por toda contestacion sacude el látigo tres ó cuatro veces sobre las orejas del caballo, echa el cuerpo hácia

adelante, como para ayudar y dar ejemplo al animalito, y le encamina hácia el Mediterráneo. Pero ya puedes figurarte, lector, que aunque el lacónico lenguaje de la viajera se presta á toda clase de interpretaciones y lo enjuto del caballo no haria de todo punto inútiles los baños de mar, el Mediterráneo á donde se dirigen no es otro que el embarcadero del ferro-carril de M. A. Z., ó sea la primera estacion del via-crucis moderno que vá desde Madrid á Alicante y á Zaragoza.

Aunque el caballo no ha corrido, porque si alguna vez tuvo esas mañas ya las ha olvidado, el servicio que acaba de hacer se llama carrera de real órden, y de real órden tambien se manda que por cada una de ellas, corta ó larga, se pague una peseta. Asi lo hace la viajera al saltar del carruage; pero el cochero se niega á recibir los 4 reales y pide 8, porque á la mitad del camino habia parado el coche para contestar á una pregunta que la señora tuvo la indiscrecion de dirigirle. Disputa en vano, porque el cochero prueba que el caballo ha arrancado dos veces y han de pagarle dos carreras, y la viajera tiene que dar dos pesetas, y las gracias en su interior, porque á tan poco precio se va acostumbrando á la tiranía que en adelante le espera.

Cien carruages de plaza, y diligencias y ómnibus llegan á la vez á la estacion, y multitud de gentes de todas clases se agolpan delante de un

ventanillo de una cuarta en cuadro, dejándose ordenar por un agente de policía que los enfila en un enverjado de madera, donde pacientemente aguardan, primero á que se abra la ventana, y luego á que vayan pasando uno á uno los que estén delante, y aflojando los cuartos recojan un pedacito de cartulina del tamaño de una tarjeta.

—*Dos, Alicante, primera.—Albacete una segunda.* —*Tres, Getafe, tercera,* son las únicas palabras que se escuchan en la rejilla de aquel confesonario, sin que se oigan mas voces que las de los penitentes, que despues de haber facturado sus personas, corren á otro departamento á facturar sus equipajes.

—¡*Una mala*! gritan en voz alta los encargados de aquella seccion, al pesar un baul de cuero, que podrá estar malo por dentro pero que por fuera está flamante y nuevo.

—Mia, contesta un viajero.

Y mientras la mala que reclama sale en un carreton por la derecha, él se acerca á otro ventanillo á la izquierda, donde le dan un papelito en que apenas podria liarse un cigarro, lleno de misteriosos geroglíficos. Guárdale cuidadosamente, porque se trata de un billete al portador, y si le pierde, como que al llegar allí ha trocado su personalidad por el número del billete, y la propiedad de su mala por el del papelito, no podrá reclamar su equipaje.

—¿Qué busca vd., señora? preguntan los factores á una viajera que corre desalada de un lado para otro.

—¡*Un mundo*! contesta, recorriendo aquel inmenso almacen de efectos de viaje con mas avidez que Cristóbal Colon cuando buscaba el suyo en el mapa. ¡Busco un mundo!

—¿Es este? le dicen, enseñándole un cofre mas grande que el arca de Noé.

—No, señor, replica afligida, mi mundo es mas grande. ¡Ah! ¡ya le veo! Aquí está, dice poniendo la mano sobre una caja mayor que la de los antiguos coches de viaje.

Y mientras los factores continúan pesando camas, colchones, sillerías, armarios y toda clase de efectos por cientos de cientos de quintales, en otro departamento admiten y facturan rebaños de obejas y de cabras, vacas, mulas, caballos y toda clase de animales, á los cuales aco modan en sus carruages antes que á los viajeros, sin que de esta preferencia haya derecho á formar queja, porque sobre haber pagado todos su dinero, allí se sirve al que primero llega, y cómo las personas, los animales y los bultos, todos son objetos numerados, se establece una igualdad perfecta.

A toque de campana se abre y se cierra el despacho de billetes, y ya los viajeros, encerrados en tres departamentos distintos, sin mas prefe-

rencias que las del dinero que han pagado por el asiento, aguardan en la primera, ó la segunda, ó la tercera jaula, á que se abran las puertas del anden para tomar los carruages, que como las jaulas tienen tambien sus tres distintas denominaciones, sus tres diferentes pelajes, y sus tres diversas temperaturas. En los coches de primera solo tiene el viajero á la vista siete caras desconocidas; en los de segunda, treinta y nueve; en los de tercera, todas. En los unos descansa el cuerpo sobre muelles, los pies en alfombras y la cabeza en almohadones; persianas y cortinas libran del sol, cristales del viento y caloríferos del frio. En los de segunda apenas alcanza el respaldo para reclinar la cabeza; pero tienen derecho á cerrar los cristales si les molesta el viento ó el frio. Los viajeros de tercera clase tienen tambien derecho á recostar la cabeza en la del vecino, y derecho tambien á usar los cristales; pero es el caso que no los tienen los coches. Ni siquiera hay en ellos rejillas como en las jaulas de los rebaños, ni rejás como en las perreras. Tambien los equipajes van con alguna mas comodidad y menos expuestos á los percances del camino.

Porque has de saber, lector, y me alegraré que no lo sepas por experiencia propia, que en estos transportes modernos se han suprimido todas las molestias de los antiguos viajes, menos los vuelcos.

Los almacenes de efectos de viaje, que habrian sido utilísimos cuando el viaje era una peregrinacion en la que todos los preparativos parecian pocos, los despachos de diligencias y el continuo rodar de estas por las calles, nos han acostumbrado de tal modo á viajar, que hemos suprimido las despedidas, y con ellas los abrazos, los besos y las lágrimas. Guárdanse estas para soltarlas cuando por efecto de un descarrilamiento se rompe el viajero la cabeza; los besos se los dan las máquinas cuando chocan unas con otras; y entonces los viajeros, si no se abrazan contra cosa peor, se abrazan entre sí quebrándose una clavícula ó hueso de mayor cuantía.

Nadie vé partir el tren sino los mismos que parten y los dependientes de la empresa que recorren los coches contando y recontando las cabezas para ver si hay algun hueco en las frasqueras; y encajonados todos, personas, animales y efectos, abre el mónstruo sus pulmones de hierro, da un resoplido, y bufando y arrojando aliento de fuego, se lanza como una exhalacion á través de los campos.

En este momento supremo es cuando el viajero da por bien empleada y bien perdida su dignidad personal. Ya no le pesa de que entre él y su cofre no se haya establecido diferencia alguna, y que ambos vayan allí sin nombre ni voluntad propia, esclavos de aquella máquina á quien

han hecho dueña y señora de su albedrío y árbitra irresponsable de sus vidas. El hombre, lo mismo el que se considera capaz de haber inventado la pólvora, si hubiese nacido á tiempo de descubrirla, que el que no sirve ni siquiera para usarla, todos sienten un orgullo indecible al recorrer los primeros kilómetros del ferro-carril.

—Preciso es confesar—dice uno de los viajeros, sin que los demás se hayan negado á confesarlo—que el hombre ha hecho grandes conquistas en el campo de la inteligencia.

El hombre, á quien se refiere el viajero, no es Watt, que viendo hervir el agua en las ollas de su cocina, atrapó el vapor que se escapaba por la chimenea y aplicó su fuerza elástica al movimiento de los telares y de los talleres; ni Stephenson, ni ninguno de los perfeccionadores de las máquinas de vapor y de su aplicacion á los ferros-carriles. El hombre de que habla es él, él mismo, el propio viajero, que como hijo del siglo XIX, cree que le pertenecen y son suyos todos los adelantos de la civilizacion.

Cuando un pueblo comete un crímen, los mismos que le han aplaudido en secreto, ó que tal vez han impulsado á que se cometa, se apresuran á pronunciar el nombre de los criminales y á dejar á salvo el suyo de la infamia.

El plural no se usa sino cuando se trata de algun título de gloria, cuando se disputa una

corona de laurel. Entonces se apresuran las gentes á olvidar el nombre del autor del milagro y á procurar que la corona tejida para un solo individuo ciña las sienes de toda una generacion. Por eso se dice tan á menudo que los hombres del siglo XIX serán el pasmo de la historia y la admiracion de los siglos venideros.

Y mientras los viajeros, llenos de orgullo, van á merced de la máquina, en cuya invencion todos reclaman su cacho de gloria, ella, legítimamente altiva, devora con instantánea rapidez las distancias, pasa como el rayo por encima del rio que se habia tendido en el prado para cortarle el camino, rompe y atraviesa la montaña que le sale al paso, salta los barrancos mas profundos por invisibles barras de hierro y no encuentra obstáculo que le impida llevar de un lado á otro los millares de almas y los millones de arrobas que arrastra consigo. Y cuando el hombre, el verdadero hombre, no el viajero charlatan, sino el maquinista, la enfrena para hacerla parar en alguna de las estaciones, no está agitada ni rendida; su resuello es igual al que tenia al empezar el viaje; su corazon no late con mas ni menos violencia, y dá mas ó menos pulsaciones por minuto, segun la prisa que lleva, pero siempre con la misma regularidad.

En el momento en que para la máquina, quedan inmóviles los veinte ó treinta carruages ó

wagones que arrastra consigo; una voz, al parecer humana, penetra por las ventanillas de los coches, diciendo:—*Getafe, dos minutos*, ó *Aranjuez, ocho.*—Y suben y bajan personas, entran y salen animales, cargan y descargan bultos; y vuelve á chillar la máquina y vuelve á continuar su interrumpida carrera, pasando con igual rapidez por los desiertos arenales que por los floridos vergeles. Unos y otros los vé el viajero como otras tantas sombras chinescas, y los compañeros de transporte se le van quedando en las estaciones del tránsito, subiendo otros á ocupar el lugar de aquellos, y sin que los unos le digan «quédese con Dios», ni los otros le saluden con un «Dios le guarde.»

A fé que él se despidió de sus amigos en Madrid con una tarjeta póstuma, en la que se veia una S y una D, que así podia leerse *se desespera* como *se despide*, sin decir para dónde, ni cómo, ni cuándo; y los que no son sus amigos, sino sus compañeros de encierro, con una cabezada cumplen, y aun si tardan en darla se exponen á que el tren marche y los lleve mas adelante de donde pensaron ir.

La época presente ha declarado mayores de edad á todos los hombres y aun á todos los niños, y en los viajes el único Mentor es el dinero. Un perro sabio, que los hay en grado heróico á pesar del monopolio que han hecho los hombres de la

sabiduría, se presenta en un despacho de billetes con una moneda en la boca y le dan una plaza de perrera hasta donde alcanza el valor de la moneda; si sobra algo se lo ponen en la boca, le enjaulan y le sueltan en el punto hasta donde ha pagado. Un mudo puede hacer otro tanto y un niño de pecho lo mismo. En los Estados-Unidos, hácia cuyo bienestar material caminamos todos, los niños de menor edad viajan solos con una bolsita atada al cuello, de la cual les sacan en todas las estaciones el dinero preciso para pagar la comida, y cuando llegan al término del viaje, les almacenan hasta que alguien viene á reclamarlos; dándoles de comer y aun cama para dormir, mientras les dura el dinero. Cuando se les acaba.... ¡figúrate lector, lo que les sucederá! mas vale que no se les acabe nunca.

En las mesas redondas, que ordinariamente son cuadradas, se sirve la comida en quince minutos de los cuales hay que descontar siquiera uno para bajar del tren y otro para volver á subir, quedando trece para ver otros tantos platos, pescar algo de ellos, comerlo allí mismo, porque está prohibido guardar nada como no sea en el estómago y pagar la cuenta.

Los viajeros vuelven al coche rumiando; algunos no vuelven porque llegan tarde y otros no han bajado del coche porque nadie les ha dicho que se trataba de comer. Como mayores de

edad todos tienen obligacion de cuidarse á sí propios, oliendo dónde guisan y averiguando dónde dan posada al peregrino.

Aunque para esto último no necesitan hacer grandes indagaciones. En cada estacion le acosan al viajero multitud de personas, apoderándose cada una de ellas de un bulto del equipaje (para que repartidos entre muchos toque el peso á menos y las propinas á mas) y asedian al bulto mayor con papeletas de fondas y asientos en los ómnibus, ofreciéndose á ser sus cicerones gentes que no saben serlo de sí propios.

Por supuesto que antes de que el viajero se encamine á la fonda en el pueblo donde dá termino su viaje, ya le han hecho pasar diferentes humillaciones, identificando de vez en cuando, no su personalidad, porque ya está dicho que la perdió al salir de Madrid, sino su individualidad y la categoría de su billete; multándole, como es justo, si ocupa un asiento superior al que ha pagado, y sin decirle—vd. perdone--como era justo tambien, cuando ven que tiene su factura en regla y que no se ha extrafacturado.

Oblíganle por último á pasar por una puerta de una tercia de ancho, sumando su cabeza con la de los demás viajeros, como se acostumbra á hacer con los rebaños, y recogiéndole el billete, si no le ha perdido, que si esto le acon-

teciere y no prefiriese pagar otro, tardará un buen rato en probar su inocencia.

Aunque sus parientes y sus amigos salen á recibirle, ni él los abraza ni ellos le besan, porque aunque hayan estado ausentes los unos de los otros muchos años, como saben que podrian haberse visto en pocas horas si hubieran querido verse, se figuran que no se han dejado de ver.

Valencia es un arrabal de Madrid; Alicante está á las puertas de la córte; París y las principales capitales de Europa, forman un gran barrio.

Esto dicen las gentes, y á fuerza de oirlo decir, el siglo XIX ha formulado el suceso con esta frase un tanto arrogante y un tanto andaluza:

¡YA NO HAY DISTANCIAS!

CUADRO CATORCE.

Impresiones de viaje.

VERDAD es que aun no se ha descubierto el movimiento continuo; pero tambien es verdad que ya no tenemos gran interés en descubrirle, porque hemos descubierto la manera de estarnos moviendo continuamente.

El viaje es la fórmula del siglo; el saco de noche el símbolo de la sociedad presente; la *Guia del viajero* el Coram de los modernos creyentes.

Un mapa y una maleta son dos objetos indispensables hoy en toda casa de buen gobierno.

Los viajes son el gran libro de la humanidad.

Asi lo han dicho algunos sabios; asi lo han repetido otros hombres que no lo eran, y asi

presagiaban que habia de decirse las gentes de los siglos pasados, cuando arrojando al fuego el mejor tronco de leña, desollando el mas tierno de sus carneros y escanciando el añejo licor, daban plaza de preferencia en el hogar y trataban á cuerpo de rey al que lo era entonces de los viajes: al soldado que volvia de la guerra ó al peregrino que daba la vuelta de la romería. Estos eran los únicos viajeros oficialmente tenidos por tales, y mientras remojaban su garganta con el jarro del vino, resecaban las de sus oyentes con la augustiosa relacion de sus aventuras, y quedaban tan ufanos cuando alguna vieja, de las que formaban el auditorio, cerraba la boca diciendo que aquellos hombres eran unos sabios y que hablaban mejor que unos libros.

Los hombres de ayer no conocieron ni aun sospechaban que habia de conocerse nunca, el comisionista y el *tourista* y el visitador de rentas, y el investigador de contribuciones y el bañista y el diputado á Córtes, y el tomador de aires y el bebedor de aguas minerales y otros muchos viajeros universales de los que hoy conocemos. Si hubieran alcanzado estos tiempos locomotores, habriales tocado su cacho de locomotividad, en la universal locomocion y se hubiesen ahorrado de escuchar la relacion del soldado y aun de pagarle con tan opíparo banquete.

Ademas de lo que por sí propios hubiesen aprendido, porque dicho se está que habrian viajado, por 8 ó 10 reales, que este es el precio ordinario de los libros, hubieran comprado uno, en el cual se hiciese la relacion de diez ó doce viajes de mil ó mil quinientas leguas cada uno, con tantos pormenores y tales detalles, que mal año para las insulsas relaciones de los soldados y los peregrinos. ¡No, sino decirle á un escritor de viajes, sobre todo si es francés y el viaje ha sido por España, que omita el nombre de la criada de la fonda en que estuvo alojado y la *jota* que oyó en la calle mientras estaba durmiendo y otras particularidades tan instructivas como estas, que asi lo hará como dejarse desmentir por nadie! Llamará venta á la fonda, y á la criada Mencía y dirá que su ama doña Sol, tenia una amiga doña Gomez, la cual enamorada del viajero, despidió á su amante don Nuño, quien despechado no quiso torear aquella tarde. Y aqui es donde el viajero pondra una nota en la que diga: Que en España todos los toreros se niegan á trabajar cuando regañan con sus novias *(queridas* añadirá por via de paréntesis y alarde de erudicion filológica). Y otra en que explique y comente el como todas las criadas de las ventas friegan con guantes, porque para guantes le han pedido por via de propina.

Con estos libros apenas hay necesidad de

viajar y por esto se llaman *impresiones de viaje*, porque todas las emociones del viajero se hallan consignadas en ellas. Y si el editor del libro salpica sus hojas con unas cuantas viñetas, ó al comprarle, y esto es mucho mejor, te provees de un *estereoscopo*, y un centenar de vistas fotográficas, de monumentos y de paisajes, entonces no solo es inútil viajar sino que llegas á saber mas que los que han hecho el viaje; porque este ya hemos dicho á lo que esta reducido hoy dia.

Réstanos hablar de sus impresiones.

La primera, la mas fuerte de todas es la que produce el anuncio de la sociedad de ***seguros sobre vuelcos, descarrilamientos*** y otros percances del camino. Titúlase la ***Libertadora***, y la primera impresion que te causa es de placer, de consuelo y de regocijo.

Aunque ccmo buen cristiano, no te atrevas á cambiar los estatutos de esa sociedad por la novena de San Rafael, que es el santo á quien se encomendaban tus padres cuando viajaban, te alegra saber que haya quien ha pensado en librarte de un vuelco y asegurarte contra un descarrilamiento.

Bendices la filantropía moderna que ha inspirado tan benéficos seguros y corres á asegurar tu persona, recibiendo la grata inpresion de que por mucho que tú la estimes, la sociedad la tie-

ne en tan poco que solo te pide por ella, como maximum 16 ó 20 reales.

Pero asi como en la vida humana no hay un placer que no venga empujado por un dolor, asi en las impresiones que recibe la humanidad ván mezcladas y revueltas las risas con las lágrimas. Apenas has pagado el seguro, sabes que lo que has asegurado no es tu vida, que queda expuesta como antes al vuelco y al descarrilamiento, sino tu muerte. Lo que has comprado con aquel billete, no es un freno para la locomotora, ni para las caballerías, sino un pañuelo para enjúgar las lágrimas de tu familia. Un pañuelo, de batista ó de arpillera, segun hayas pagado más ó ménos por el seguro, tasando en más ó en ménos tu brazo, ó tu pierna ó todo tu cuerpo.

Si no te hubieras precipitado á tomar el billete habrias podido leer el anuncio en el que está inserta la siguiente tarifa:

Por un vuelco, con susto *acreditado*... 5 duros, 10—15—25—50.

Por un arañazo—25—35—50—60—80.

Por el brazo derecho—50—60—80—100—y 120.

Por las dos piernas—80—100—120—140—y 200.

Por una pierna ó el brazo izquierdo—20—30—40—50—y 80.

Por cada cadáver—500—1.000—2.000—3.000—y hasta 5.000 duros.

Todas estas indémnizaciones varian segun el número de acciones que haya tomado el individuo. Es decir, que no vale mas el brazo del *bracero*, si este, como es natural, ha impuesto menos capital que el mayorazgo ó el caballero de industria ó el jugador de manos.

Despues de esta primera impresion, y hasta que no llegue la del vuelco, que no llegará si llegan al cielo las oraciones de los sócios de la *Libertadora*, recibes las demás impresiones de que hemos hablado en el cuadro anterior, y que no son las del presente. En aquel dijimos como se viajaba, y ahora estamos viajando.

La *Libertadora*, que mucho mejor haria en llamarse la consoladora ó la enterradora, ó la enjugadora de lágrimas, aplicándose el refran de que los duelos con pan son menos, nos ha asegurado el bulto; si en otra sociedad análoga hemos asegurado el baul, y los muebles que han quedado en casa, podemos viajar sin cuidado, y sin otras impresiones que las del camino.

A los compañeros de carruage no hay para que dirigirles la palabra, ni ellos nos contestarian aunque se la dirigiéramos.

Las impresiones del paisaje que cruza fugaz por nuestra vista, son siempre las mismas. Todo aparece y desaparece como en una cámara

obscura, sin darnos tiempo á examinarlo. Las impresiones deben estar de puertas adentro del coche.

Abramos la Guia del viajero y leamos. Todos los demás hacen lo mismo.

Al entrar allí con su libro debajo del brazo, parecian curas protestantes que no querian soltar la Biblia de la mano. Encerrados en el wagon y leyendo, parecen niños de escuela, castigados hasta que no aprendan la leccion.

El libro nos dice lo que estamos viendo y no tenemos necesidad de mirarlo.

«Desde este pueblo al inmediato hay 25 kiló»metros de via ferrea, con grandes obras de des»monte y de fábrica; un túnel de 800 metros de »largo, un puente de hierro, un viaducto de 20 »arcos de 12 metros de luz cada uno, y tres al»cantarillas. En el primer kilómetro á la derecha, »se ve un gran campo, donde el año 1820 fué »fusilado un gran guerrillero; mas allá se ve un »monte célebre por haber servido de guarida á »los constitucionales en 1824; á la izquierda del »puente se ven los restos de otro magnífico de »piedra que destruyeron los facciosos en 1836: y »á la salida del túnel se ven las ruinas de una »gran cartuja, verdadero monumento del arte »que incendiaron los liberales en 1838, para que »no volviese á servir de fortaleza á los facciosos. »El terreno produce mucha caza menor, y antes

»de la guerra civil, abundaba en reses mayores, »pero ya no ha quedado un solo árbol. Hay gran»des viñedos y algunos molinos de harina en el »rio. Hasta hace pocos años la industria del país »era el esparto, hoy trabajan en la construccion »de carreteras, y en el ferro-carril. El carácter de »los habitantes es franco y abierto, pero tienen »fama de ser muy apegados á sus opiniones. »Cuéntase á este propósito una curiosa anécdota »de que no queremos privar á nuestros lectores.»

Y la Guia del viajero, libro traducido del francés por mas señas, refiere la anécdota; y así van los viajeros entretenidos y viendo lo que pasa, segun van pasando las hojas del libro. Y aunque esto mismo pudieran hacerlo en sus casas, dejarian de trasladarse de un punto á otro, y esto es lo que no puede dejar de hacerse hoy que el viaje es la gran necesidad y el gran placer del siglo.

Pero vamos hablando demasiado de él, y no decimos nada de sus impresiones, que es para lo que hemos tomado la pluma. Nos importan poco ó nada los que viajan por viajar; los héroos de este cuadro son los que viajan para decirnos despues que han viajado. Clase numerosísima en la estadística de la locomocion.

Desde el escritor, que viaja alrededor de su país, y confecciona luego alrededor de su biblioteca un viaje alrededor del mundo, hasta el ga-

cetillero, que escribe sus impresiones de viaje desde Valdemoro, ó desde una casa de baños poco mas distante, hay un mundo de distancia, y ese mundo está lleno de impresiones y de gente impresionable.

La obra del primero, como ordinariamente tiene un tomo, y á veces dos ó cuatro, no cabe en este cuadro y la pasamos en silencio. Su autor es libre de decir en ella cuanto se le antoje, porque como el mal de muchos ha sido siempre el consuelo de todos, y en la obra no queda un rincon del globo de que no se hable, todos quedan iguales. Esto no obsta para que de el libro se vendan muchas ediciones, sin que á nadie le sirva el retrato de su país para juzgar como estarán hechos los otros.

—La obra es buena, suelen decir las gentes, pero en lo que habla de mi provincia no dice una sola palabra de verdad.

En esos libros es donde se hace el verdadero retrato fotográfico de la omniscencia del siglo. El autor de unas *Impresiones de viaje*, no puede ignorar nada y debe dar su opinion sobre todo.

Los usos y costumbres del pueblo, el carácter de sus habitantes, el cultivo de los campos, la arquitectura de los monumentos, la conservacion de las obras de arte, y cuantas cosas y personas le salen al paso, y cuantos pensamientos le ocurran al verlas, otro tanto debe consig-

nar en su libro. Y no rápidamente, ni de pasada, como se lo ha enseñado el ferro-carril, sino deteniéndose á decidir magistralmente todas las cuestiones sociales, económicas, administrativas y artísticas que le ocurran. La reseña de las costumbres, del cultivo y de los monumentos, corresponde al autor de la *Guia*; el de las impresiones debe aspirar á algo mas. Decidir de repente y sin vacilaciones ni dudas si una obra de arte es de tal ó cual autor y de los buenos ó los malos tiempos, de esta ó la otra escuela; fallar contra todo lo fallado hasta el dia, sobre la época en que se construyó la catedral y el castillo; y señalar el orígen de los usos y costumbres de los pueblos, esto es poca cosa para un viajero moderno. Lo que deben hacer y hacen los autores de las impresiones de viaje, es mucho mas. Ellos conocen las causas de la sequía de una comarca, y dan un remedio infalible para que llueva; saben las clases de enfermedades que allí reinan, y sueltan un precepto sanitario para que todos queden gordos y colorados como una manzana; explican y corrigen las causas de la miseria, y van legislando sobre todo con una sabiduría que encanta.

El escritor bañista, ó simplemente tomador de aires puros; el que sale á veranear, (no á *hacer veranos*, sino á huir de ellos) ese da sus impresiones á la menuda en las columnas de un pe-

riódico y no puede tener tan altas aspiraciones.

Habla muy mal de la carretera y á veces no le falta razon para hacerlo, aunque haria mejor en dar gracias á Dios sino ha volcado; pone el grito en los cielos, (donde se queda hasta el año siguiente), por el abandono en que se encuentran las obras públicas, y la reparacion de los monumentos artísticos; se asombra de que no haya caminos vecinales, como sino hubiera habido vecinos que se asombraran de ello hasta que el periodista ha ido allí; se queja de la falta de buenas fondas, y del mal servicio de las que tácitamente ha calificado de malas y lanza otra porcion de lamentos, de que él mismo no se volverá á acordar hasta el verano siguiente. Y tras de esta invocacion, que es de rigor en todas las correspondencias veraniegas, dice que en aquel pueblo se ha reunido la sociedad mas escogida de la córte y los hombres mas eminentes de España; porque además de estar él allí, se halla tambien el digno magistrado, el simpático general, y el inimitable artista, y el elocuente orador, y el entendido jurisconsulto, y el distinguido escritor, y la hermosa baronesa y las amables señoritas..... Y los nombra á todos haciendo una completa guia de forasteros, que es verdaderamente forastera en el resto del año.

Las autoridades del pueblo, desde donde escribe el periodista, y el médico de los baños, y los

bañeros, y el sacristan de la iglesia, y los mozos de la fonda, todos son distinguidos y entendidos y elocuentes y simpáticos como los forasteros y los bañistas.

Ni él ni sus compañeros de excursion veraniega olvidarán nunca el explendido almuerzo que les ha dado á todos, el opulento banquero don Fulano; y siempre recordarán con entusiasmo la brillante acogida que les hicieron los alegres bañistas de otro establecimiento inmediato, adonde fueron en una improvisada romería.

Tales son las impresiones públicas de los viajes.

Las privadas las guarda cada viajero consigo; unas sobre el cuerpo, en forma de cardenal ó lesion de mayor cuantía, y otras en la ropa ó en los efectos del equipaje. La impresion del bolsillo, que es la mas dura, es la que menos les dura, porque aunque le sacaron repleto de oro, recibió tantas impresiones que despues de haber pagado á los mozos que trajeron los baules á casa, apenas les quedan dos cuartos para comprar un impreso, que seria la última impresion.

CUADRO QUINCE.

El casero de ogaño.

La propiedad es un robo.

Esto dijo Proudhon, y es fama que se quedó tan fresco al decirlo, como los propietarios al oírselo decir. El propietario de la casa en que vivia el modernísimo regenerador de la sociedad, se presentó al dia siguiente á verle, le felicitó por su obra, le cobró un trimestre adelantado del inquilinato, y le anunció que desde el siguiente le pagaria mayor alquiler por el cuarto que ocupaba. Proudhon rogó y suplicó al *ladron*, y cuando mas tarde le han querido obligar á que sostenga su extravagante máxima, ha dicho con la misma frescura que antes: «No quiero repetir con necia y cobarde impertinencia, la fórmula

demasiado conocida y poco comprendida de que *la propiedad es un robo*; esto *se dice una vez* y no se repite. Dejemos esta máquina de guerra, buena para la insurreccion, pero que hoy no puede servir ya sino para contristar á *las pobres gentes*.»

Las pobres gentes á quienes Proudhon alude son los propietarios: tu casero, lector; tu casero y el mio, los cuales lejos de contristarse han preferido contristar á sus inquilinos Y aunque hay quien cree que todo lo que hacen por estrujarnos es por miedo de que algun dia la máxima proudhoniana sea el primer artículo del código fundamental del Estado, esta es otra paradoja, y ya ves que trazas tienen de creer que la propiedad es un robo, cuando añaden un piso y otro á las fincas, apilando habitaciones, como el avaro apila onzas de oro.

Aunque Proudhon es el que parece haber hecho la frase, la frase estaba hecha; y con mas palabras, porque antiguamente todo se daba mas desleido, estaban los propietarios muy acostumbrados á oirla, y muy acostumbrados tambien á reirse de ella.

Todos los filósofos, desde que á la humanidad le ocurrió inventar la filosofía, (que no debió ser ni al vaciar la olla en el pláto, ni al tender la cabeza sobre la almohada, sino despues de haber comido y haber descansado); todos los filósofos, digo, han tratado de pedirle á la propie-

dad su fé de bautismo, para ver hasta que punto era hija legítima del derecho y de la equidad y donde estaban sus padres cuando ella vino al mundo; que es casi lo mismo que preguntarle á éste donde se hallaba antes de ser lo que hoy está siendo. Si Dios hubiera empezado por hacer la luz, habria sido fácil ver de donde venia el mundo, pero como éste se hizo á obscuras, y como tampoco el hombre se hallaba presente cuando el sol hizo su debut artístico, es imposible averiguar nada por otro camino que por el de la fé, que afortunadamente no necesita ni papel sellado, ni pergaminos, ni menos escribanos que legalicen lo que ella afirma, que es la verdadera legalidad cristiana.

Grandes disputas y no pequeñas batallas ha habido en averiguacion del tuyo y el mio, y como los hombres creen haberse hallado todos á la vez en el mundo, piensan de vez en cuando que á todos les asiste igualmente el derecho de ser propietarios de la tierra, de los frutos y de las fincas.

Nosotros, ya lo hemos dicho en la primera parte de esta obra, creemos que «eran pocos, llegaron los primeros, vieron el mundo, les pareció hermoso, le partieron en cuarterones, tomó cada cual el suyo y punto concluido.»

Los comunistas modernos, y aun los antiguos, que ribetes de ello tuvo Moisés y ribetes y

aun puntas y collares Platon, siempre quieren que vuelvan al cántaro los títulos de propiedad y que se reparta esta como pan bendito entre todos y por partes iguales. Las comunidades religiosas no discutieron, pero negaron la propiedad haciéndola prácticamente un bien comun, y este ejemplo ha trastornado á muchos filósofos, hasta que ha venido la Economía política y en nombre de las clases desheredadas, ha desheredado á los frailes, á las monjas, á los hospitales y á los municipios, y por medio de la desamortizacion ha hecho un ligero ensayo de comunismo. Pero ya hemos dicho en otros capítulos que la propiedad ha pasado así, de la comunidad de los frailes, á la comunidad de los capitalistas, y así tejiendo y destejiendo, las cosas han venido á quedar en el fondo lo mismo que estaban.

Quererle quitar al labrador la propiedad de la tierra y no poderle expropiar del sudor con que la ha regado, ni de los afanes con que la ha convertido de un erial improductivo en un vergel de grandes productos, es una cosa que pueden pensar á todas horas los filósofos, pero que no saben ejecutar los matemáticos. Estos suman el vuelo y el suelo y no conciben que la tierra sea una cosa y el fruto que ella ha criado otra.

Pero á tu casero y al nuestro, carísimo lector inquilino, nadie le disputa el suelo ni el vuelo. El terreno es suyo, y la finca que sobre él ha cons-

truido tambien, Proudhon dirá cuanto quiera y se arrepentirá despues de lo que ha dicho, pero nuestro casero, hará cuanto le dé la gana sin enmendarse ni arrepentirse.

En el ayer de esta historia, la propiedad era del casero, pero la casa era del inquilino. El tenia legalmente hablando el suelo, pero tú hacias del vuelo lo que te daba la gana. Aquellos polvos han traido estos lodos. Apartemos de nuestra memoria semejantes recuerdos, que hartas lágrimas vierten los inquilinos cuando lloran en los juicios de conciliacion, siempre irreconciliables, su perdida independencia, y veamos al casero de ogaño como si hubiera existido el de antaño. Si te diere, lector, la mala tentacion de registrar la primera parte de esta obra, pasa de largo el cuadro 40, como si estuviera en la restauracion, reza un Pater noster por el alma del difunto y nada mas.

El casero de 1850, el propietario urbano, no por su urbanidad sino por la de sus fincas, lo primero que hace es no tratar, ni casi conocer al inquilino. Sabe que el trato engendra simpatías, las simpatías amistad, la amistad cariño, el cariño debilidades, y estas, su nombre lo dice; las debilidades no son fortalezas, y él quiere ser fuerte contigo. Hay además otra razon para que no te trate ni aun te conozca, y es la de que tendria que hacer lo mismo con los demás inquilinos y somos demasiados.

Los de una sola casa serian bastantes, porque desde que la propiedad es un robo, se aprovecha mucho la cosa robada; pero el casero que ahora te enseñamos, no tiene una finca sino varias, y sería imposible que cumplimentara á los inquilinos de todas ellas.

Ya has visto lo que eres, cuando viajas: un bulto y un número. Pues como inquilino eres casi menos. Tu casero no te tiene en mas de lo que te tenia el gefe de la estacion que te enjauló hasta que llegó la hora de la partida, y el maquinista que te arrojó en el lugar donde dió término el viaje. Hasta allí pagastes y hasta allí te llevaron. El casero hace lo mismo y á veces menos, porque como le tienes dado algun dinero en fianza, antes de que esta se acabe procura aburrirte y acabarte la paciencia todo lo posible.

Tiene todo su capital invertido en casas, los intereses en casas los invierte tambien, y de este modo es un fabricante de fincas, como el constructor de coches ó el de cajas de muerto, ó el de pistolas y carabinas, que ninguno de ellos piensa ni en el que irá dentro del coche cuando vuelque, ni en el que ha de ocupar el ataud, ni en el que se ha de levantar la tapa de los sesos con la pistola.

El manda hacer la casa; si cuando está concluida hay un inquilino mayúsculo que quiere pasar al bando de los caseros, se la vende toda,

siempre que halle ganancia proporcionada; en otro caso arrienda las habitaciones, no por sí propio, sino por medio de su administrador, el cual anota en el gran libro los nombres de los inquilinos abriendo á cada uno su cuenta corriente. Clase de cuentas desconocida hasta que ha llegado este siglo de las carreras.

Pero antes de que pasemos á ser el inquilino número tantos, del cuarto numerado tambien en el piso quinto, de la casa número cuantos que tiene algun piso mas del sexto, es preciso hacer la casa y aun adquirir un solar para ella, porque ya sabes, lector, que somos aficionados á tomar las cosas desde muy lejos.

No se trata de robar la propiedad á nadie. Ni somos socialistas ni queremos serlo. Hemos puesto los ojos en un convento que sale á subasta, y el cual, si nos arreglamos con los *primistas*, (parientes, lector, á quienes ya conoces,) podremos adquirir por poco precio; y como se paga á plazos y plazos largos, con el derribo de la finca pagaremos los primeros y los inquilinos de la que en su lugar construyamos pagarán los restantes. Dejemos por lo tanto de pensar en el suelo, ocupémonos del vuelo.

Es preciso que este sea alto, muy alto, digno de la altura del siglo. Que no sean los gorriones los únicos que puedan anidar en el tejado; que le encuentren tambien las águilas digno de

ellas; que no puedan pasar las nubes sin besar las chimeneas, y en suma, que tenga toda la elevacion que permita el Ayuntamiento, que no será poca, porque los concejales tienen miras muy elevadas, y la que resulte de mas si nuestro arquitecto se equivoca, y el del municipio no conoce que aquél se ha equivocado. Sin que por esto se crea que queremos hacer una casa desproporcionada. Nada de eso. Ya le hemos dicho al arquitecto que nada mas que piso principal, segundo, tercero y cuarto; los sotabancos, las guardillas vivideras y las trasteras, como en las demás casas; el sótano, el piso bajo y el entresuelo lo mismo.

Nuestro hombre, es decir, el casero que tenemos á la vista (porque ya nos habrá hecho el lector la justicia de creer que no éramos nosotros los que comprábamos el convento ni los que vendíamos los materiales, sacando de ellos lo que el vendedor no sabia que se iba á sacar) nuestro hombre, le hace esas advertencias al arquitecto y le echa un cálculo, porque sino fuese calculista no seria casero, de los productos que quiere que le rinda la finca antes de hacerla, y cuando vé el plano le parecen pocas las *crujías* proyectadas. Quiere que crujan mas los futuros inquilinos, y para convencer al arquitecto, que no lo necesita porque está dispuesto á hacer lo que el sastre de la Insula Barataria con el paño de las monteras,

le dice que Madrid tiene un clima muy frio y que no convienen las habitaciones grandes.

Acuérdase hacerlas pequeñas, es decir, cortas y estrechas pero bajas de techo, y si es posible, que lo es muy á menudo, acuchilladas, ó de otra forma tambien irregular y tambien acuchilladora.

No es indispensable ver construir la casa; con pasar por la calle tres ó cuatro veces al mes, veremos levantado en cada semana un piso, y con otra que demos para sacar los cimientos, otra para cubrirla, media para empapelarla y pintarla y dos ó tres dias para quitar la andamiada, ya la podemos enviar al registro de la propiedad y correr nosotros á ver si atrapamos un cuarto llevando los que podamos en el bolsillo.

El principal esta alquilado y ya suben efectos para amueblarlo; en la tienda trabajan dia y noche para abrirla al dia siguiente; los demás pisos están todos comprometidos. No queda otra cosa que un cuarto cuarto, á piso sexto, contando como es justo el piso bajo, y uno de estos que aun no se ha ocupado, porque la señora que fué á verlo dijo que lo queria para usarlo, y como tenia la costumbre de no encender luz sino de noche echaba de menos la del dia, que faltaba en todas las piezas, menos en la mitad de la sala y el gabinete. Subimos con poca comodidad, porque la escalera está llena de escombros, pero tambien

con peligro porque aun no han puesto la barandilla, y por fin llegamos al piso cuarto dudando si la fatiga nos ha hecho sudar ó nos ha mojado el agua que vierten las paredes de la escalera. Las de la habitacion están enfundadas con papeles de color, y no se puede ver la circulacion de la savia que ocultan; pero toda la casa está fresca y húmeda. A primera vista parece un establecimiento de inhalacion de gases; despues ya se conoce que puede servir de casa de baños de vapor, no precisamente para curar el reuma, ni los catarros, sino para adquirir una ú otra ó las dos enfermedades.

Por supuesto que en esto nada tienen que ver los caseros, porque aunque el inquilino pague, como tiene obligacion de pagar, desde el dia en en que vé el cuarto, le queda el derecho de no irse á vivir allí hasta que todo esté perfectamente seco, y estucado el portal, y terminada la escalera, que para ninguno de esos trabajos estorban los inquilinos.

Nuestra habitacion es preciosa; lástima dá que para verla haya necesidad de subir ochenta escalones, porque desde la calle, ni se distingue el prolijo trabajo de los balcones que parecen una filigrana de hierro, ni se vé el brillante estucado de las paredes, ni los arabescos festones que adornan el voladizo del tejado. Para todo eso, que aunque pertenece al exterior, no deja de te-

ner su encanto para el inquilino, es preciso asomarse á uno de los tres balcones que tiene el cuarto, cuya distribucion parece excusado que nos detengamos á explicar, porque es ni mas ni menos que la de todas las casas de Madrid. Un pasillo prolongado, que además de la luz que recibe de dia cuando se abre la puerta, de noche puede tener toda la que el inquilino quiera; al extremo de esa antesala, está la sala con su correspondiente alcoba, y dos balcones, y á un lado el gabinete con otra alcoba, una chimenea y otro balcon. Contramarchando á buscar el otro extremo del pasillo, se vé una puerta muy bonita que no es la del oratorio, sino la de un aposento que puede servir para criado; enfrente de ella otra que es el despacho del amo, con su chimenea, su alcoba, su ventana y su patio de vecindad. El pasillo se prolonga por medio de un ángulo y allí se ven diferentes puertas á derecha é izquierda que son alcobas para doncellas, el cuarto de tocador para la señora con otra chimenea, otra ventana y otra alcoba, el comedor con dos ventanas y una chimenea y una alcoba, y la cocina, con ventana tambien al mismo patio que el despacho del amo y el tocador de la señora. En la cocina hay dos puertas juntas y elegantes, charoladas, con herraje dorado ambas. La una es la de la despensa, la otra nadie se dispensa de tenerla aunque la llaman puerta del excusado.

En suma, el cuarto es precioso, la distribucion es admirable, los papeles que adornan las paredes del mejor gusto; y luego cuatro chimeneas y la de la cocina cinco, que no es posible tener frio habiendo tantos sitios donde encender lumbre, y ocho dormitorios, con los cuales puede el inquilino alojarse á sí y á los siete durmientes; y el pavimento del patio asfaltado, y la escalera imitando caoba, y el pasamanos de caoba fina, y luces de gás, y el portal que parece un oratorio, con hornacinas estucadas, y vidrieras de colores como en las grandes catedrales, y otra porcion de detalles, todos dignos de un palacio. El cuarto es nuestro, nos falta tiempo para ir á ver al administrador, y casi temblamos verle, por si nos dice que ya está comprometido con otra persona.

Pero, á Dios gracias, no sucede semejante cosa. El cuarto está libre. Aunque el administrador de la finca no lo sabe cuando se lo preguntamos, apenas registra un libro pequeño y luego otro mas grande nos dice que sí, y entablamos el siguiente diálogo.

—¿Y cuánto renta? (Esta es la pregunta sacramental, pero deberia decirse, ¿cuánto quiere vd. que le rente?)

—Diez y ocho mil reales anuales, y lo de costumbre: veinte reales al mes para el portero, y media semana de luz

—Estamos corrientes, porque nos gusta el

cuarto, pero la media semana de luz no nos hace falta; será mejor que se la dé vd. al cuarto bajo que parece que no se alquila porque está obscuro.

—La media semana de luz, es que han de pagar vds. el valor de las cinco luces de gas, del portal y de la escalera, tres dias y medio de cada mes.

—¿Y las condiciones de pago?

—Las corrientes: medio año de fianza, y un trimestre adelantado.

—¿Y como se entiende el medio año de fianza?

—Nueve mil reales que me entregan vds. y que quedan á favor de la finca, si vds. se mudan antes de cuatro años, y que despues de ese plazo si á vds. les conviene dejar la casa, yo se los devuelvo.

—Duras son las condiciones, pero nos acomoda el cuarto; estienda vd. el recibo.

Antes de hacerlo, el administrador nos pregunta si tenemos mucha familia, porque al dueño no le gusta alquilar sus cuartos para mucha gente, y que tampoco quiere que llevemos demasiados muebles; y sobre todo, que no permite colgar mas cuadros ni poner mas clavos en las paredes que los que hay puestos. Todas nuestras observaciones son inútiles, y por mas que protestamos contra cada una de aquellas tiranías, no

nos sirve de nada. A cada paso alza la pluma y nos dice:

—Si á vds. no les conviene, no hay nada perdido. *Nosotros* no sabemos lo que es poner papeles en los balcones, *nos* sobran inquilinos.

Temerosos de perder la proporcion que se nos presenta, accedemos á todo, y firmamos un papel de compromiso, recibiendo otro igual firmado por el administrador, que no se compromete á otra cosa que á desalojarnos y apremiarnos á cumplir lo estipulado *sin trámites judiciales* (como si dijéramos á palos), siendo de nuestra cuenta todos los gastos que se originen hasta *nuestro despojo*, (sin perjuicio de los nueve mil reales de la fianza) y á no dejarnos poner tiestos en las ventanas, ni criar pájaros, ni mantener perros grandes.

Con todo esto, lector, no lo niegues, te lo he oido decir muchas veces; cuando recibes alguna persona de visita, lo primero que haces al despedirla es decir:—esta casa está á la disposicion de vd.—y tú sabes que no puedes disponer ni siquiera del cuarto que al parecer ocupas

Por supuesto que el encargo que se nos hizo de no llevar muchos muebles, era excusado, porque la mitad de los que tenemos no podemos acomodarlos en ninguna parte, y la otra mitad, tras de ser preciso desarmarlos para que pasen por las puertas, no podemos volverlos á armar

cuando están dentro de las habitaciones. Pero preciso es confesar que la casa es lo que se llama una tacita de plata. La luz que vierten las vidrieras de color, la que se desliza á través de las persianas, los bellos matices de los papeles, el charolado de las puertas, los dorados de las chimeneas, el alabastro del pavimento, todos estos detalles son dignos de un palacio de príncipes. Verdad es que en la despensa caben pocas provisiones, y las que caben se pierden, no porque nadie las coma, sino porque ellas se pudren de estar á obscuras; pero las despensas se inventaron cuando no se conocian los grandes almacenes de comestibles, ni las lonjas de ultramarinos, ni los depósitos de embutidos, ni otra porcion de despensas públicas y despenseros universales que ha creado el espíritu de asociacion del siglo. En el comedor hay que pasar los platos de uno en otro convidado, porque si hay ocho personas sentadas á la mesa, ya no pueden los criados servir la comida; en las alcobas, como las camas sean estrechas, cabe además una silla y á veces un baul y encima una percha; en el despacho, como es un lugar de estudio y no de paseo ni de baile, aunque no quede espacio para andar por él, despues de colocada la mesa, cuatro sillas y un armario para cien volúmenes, no importa nada. Pieza en donde lavarse el cuerpo no hay ninguna pero en todas ellas puede colocarse una jofaina

para estregarse los ojos y mojarse las uñas. En cambio, la sala y el gabinete, que son las piezas que dan tono á la casa, son dignas del portal, de la escalera y del revoque del edificio. Ellas solas valen los diez y ocho mil reales y las diez y ocho mil condiciones penales del recibo de inquilinato.

Y que bien mirado, aunque las habitaciones modernas son pequeñas, como hay muchas en cada casa, y el espíritu de asociacion permite á los hombres tratarse como hermanos, resulta un perfecto comunismo entre los inquilinos de una finca. Cada cuarto tiene una campanilla en la puerta de entrada, pero como cada inquilino oye las de la vecindad lo mismo que la suya, las disfruta todas sin pagar mas que por una. Si un vecino enciende la chimenea, el calor y el humo alcanzan á los cuartos contiguos. La conversacion es general, aunque cada inquilino crea que está hablando á solas con su familia; con un piano hay bastante para todos; con una criada que cante, sobra para muchos, y como cantan todas sobra para muchos mas; si deletrea un niño, aprenden á deletreear todos los vecinos; si alguna señorita dá leccion de solfeo, todos salen profesores de solfa; si en la guardilla mecen una cuna para arrullar un niño, retiembla toda la casa, y á la media hora duermen profundamente los inquilinos: y si por el contrario á deshora de noche hay un sonámbulo que dá un grito ó sacude

un martillazo ó cierra una puerta de golpe, todos se despiertan asustados.

Generalmente esta comunidad de ruidos, no es tan provechosa como la de los olores, sobre todo los de la comida. Cuando un vecino frie jamon y otro está comiendo patatas, ni el uno sabe lo que come, ni el otro lo que guisa; del plato de fresa que comen los del piso bajo, disfrutan todas las narices de la vecindad; y cuando una cocinera tiene la desgracia de que se le requeme un asado ó se le agarre un plato de leche, todas las señoras de la vecindad regañan á sus criadas, creyendo que el percance ha sido en su cuarto.

Pero estamos hablando demasiado del inquilino y apenas hemos dicho nada del casero. No parece sino que éste solo vive para cobrar los alquileres, para echar á la calle al que no los paga con puntualidad, y para poner la ley al Ayuntamiento, cuando en virtud de la dé expropiacion le compra la finca y la derriba para ensanchar ó estrechar la calle, siempre en nombre del ornato público y de la comodidad del vecindario. Lo cual sucede tan á menudo, que las casas de Madrid parecen un regimiento de reclutas que siempre se están moviendo sin acertar nunca á entrar en línea. El casero tiene que ocuparse de otras muchas cosas, entre ellas la de ir subiendo cada dos ó tres meses los alquileres, lo cual apenas le

deja tiempo para nada mas. El inquilino va pagando el aumento mientras puede; cuando no tiene de que, busca otra habitacion mas barata, y si no la encuentra se arregla como puede. Esa no es cuenta del casero; esa cuenta la lleva el inquilino. Si no la lleva con paciencia eso mas pierde.

Finalmente, porque hora es ya de finalizar este artículo, hemos oido decir que no todos los caseros son como el que acabamos de bosquejar; pero no sabemos si es que los demás son peores. Que cada lector compare el nuestro con el suyo y si sale ganando buen provecho le haga, y procure conservarle por si se lleva á cabo el establecimiento del Museo de antigüedades. Para ese caso, un casero que se dé un aire de familia á los caseros de antaño será un hallazgo inestimable. Sin escrúpulo se le podrá recomendar á la Sociedad Económica para que le tenga presente cuando reparta *los premios á la virtud*.

CUADRO DIEZ Y SEIS.

Los colegios electorales.

De Senador á Guardian
¿cuántas van?
Las mismas que de Padre presentado
á Diputado.
(*Salmo político de autor anónimo*).

I.

Han visto vds. cosa mas natural que las madres de 1824 vistiendo á sus hijos de frailecitos, y las de 1837 de milicianos nacionales, y las de 1850 de caballeretes y de guardias marinas?

En la época de las primeras no habia más que procesiones; en tiempo de las segundas todo era retenes, y hoy no tenemos otra cosa que afanes de Parlamento y pujos de Lepanto.

En tiempo de los frailes, el derecho electoral servia para hacer guardianes y definidores; en

la época de los milicianos para nombrar jefes y oficiales, y hoy le usamos haciendo diputados y regidores.

Ahórrense vds. de preguntarme cuál de las tres épocas es la mejor, porque aunque supiese decirlo, sé que debo callarlo y basta.

Digo y repito que hicieron bien las madres de 1824 en vestir á sus hijos de frailecitos, que obraron con acierto las que en 1837 (esposas de los frailecitos de antaño) vistieron á los suyos de milicianos, y en cuanto á las que hoy los visten de caballeros parlamentarios no pueden dejar de hacerlo así.

Decíase, y acaso con razon, que se iba perdiendo la raza de los caballeros de la edad media, y aun la de los hidalgos de edad mas crecida, y con solo encargar á los sastres que hiciesen unos cuantos millones de *fraques*, hemos improvisado otros tantos millones de caballeros.

Mas adelante, cuando me tome la libertad de servir á vds. una *ensalada de pollos de* 1850, comprenderán la influencia que tiene el frac sobre un niño de doce años, que debe al sastre el tutearse y disputar con el catedrático, el decir que está aburrido de vivir antes de haber vivido, y por último, el discutir y hablar de todo, la víspera de haber aprendido que no sabe hablar de nada.

Y esto no crean vds. que se debe á otra cosa que al frac y á la levita; prendas ambas que ves-

tidas antes de tiempo, hacen unos talles parlamentarios que dá gozo verlos.

El parlamentarismo está por esa razon tan en la masa de la sangre que ya no nos le arrancan á dos tirones; y aun si vinieran, que no vendrán, trescientas ó cuatrocientas mil bayonetas rusas, las habíamos de dejar mas romas que punta de colchon con medio ciento de discursos.

Pero el parlamentarismo no es un manjar que puede usarse á discrecion, y los parlamentarios como los frailes y los milicianos, se han visto obligados á regimentarse y á dividirse en grupos.

Hay entre ellos sus definidores y sus guardianes y una gran porcion de legos, y cada compañía tiene su capitan y su sargento y sus cabos de vara y sus reclutas y su ranchero. No porque todos tengan facultad de hablar, siquiera haya muchos que para el caso tengan pocas facultades, vayan vds. á creer que hablan todos á un tiempo.... Nada de eso... ¡Para qué sirve la ley electoral!...

La ley electoral sirve, amigo lector, para dividir á los hombres en tres grandes grupos: el primero compuesto de los que no tienen voz ni voto; estos son eternamente mudos; el segundo se compone de los que tienen voto y no tienen voz; estos son tartamudos: y el tercero de los que tienen, amen de su voz y de su voto, los votos y las voces de todos sus conciudadanos.

Mas claro; y esta es la última vez que voy á usar de la claridad en este artículo: los primeros son los que no tienen derecho para elegir al que mas tarde ha de llamarse su elegido; los segundos son los que pueden nombrar apoderado, sin poderle residenciar por el uso que haga de los poderes; y los últimos son los representantes de los primeros y de los segundos y de sí propios; son los padres de la madre que los trajo al mundo, la garganta universal del pueblo, la lengua de todas las lenguas, el verdadero corazon parlamentario.

El representante del pueblo, el que antiguamente llamaron procurador y hoy llaman diputado, es la vocina comun del vecindario, el cordon acústico que tienen los pueblos para elevar sus ayes hasta el poder supremo.

El diputado es una trompeta que si la cogen los contribuyentes, se te antoja la del juicio final, y si la agarran los empleados no has oido nada mas seductor ni mas bello que sus tocatas.

El labrador suele aplicársela á los labios para decir que le hagan caminos, porque no tiene medio de acarrear sus granos, y cuanto mas sopla tanto más muda está la trompeta. Esto consiste èn que el labriego no sabe tocarla ó en que las gentes no saben oirla.

Las viudas no tienen aliento ni para decir que les vá faltando, y pocas son las clases meneste-

rosas que saben hacer sonar el instrumento; advirtiendo, y esto es muy de advertir, que á veces no consiste la falta de voz en el que sopla, sino en la trompeta que es muda. Porque de cada cien bocinas que el pueblo cree perfectamente sonoras y acústicas, las noventa y siete son de madera y están siempre roncas y hasta mudas.

Pero de esos parlamentarios que no parlamentan, de esos hombres que hacen profecía de hablar y no hablan, de esos que se encargan de contar lo suyo y lo ageno, y no dicen nada ni de lo ageno ni de lo suyo, ya nos ocuparemos en el fondo de este cuadro; por ahora ni de la trompeta de laton, ni de la de hojadelata, ni de la de madera podemos decir nada.

Demos tiempo al tiempo y no atropellemos el cuadro.

Antes de buscar el apoderado, otorguémosle el poder, y antes de otorgarle el poder busquemos al poderdante.

Ya vendrá el elegido; ahora no viene otra cosa que el *elector*.

II.

La *ley electoral* ha tomado el paseo á la inversa, y vá de lo desconocido á lo conocido; pero nosotros no tenemos obligacion de seguir el mis-

mo camino que esa señora, y antes de tropezar con el efecto hemos hallado la causa.

Antes de encontrar al elegido hemos topado al elector.

Pasa de veinticinco años, uno, dos, tres ó ciento; por la edad no prescribe su derecho; ó es individuo de alguna academia científica, ó doctor ó licenciado, ó cura, ó juez de primera instancia, ó promotor fiscal, ó empleado activo, ó cesante, ó jubilado, siempre que su sueldo anual llegue á 8.000 reales; y si no es ninguna de esas cosas, será capitan retirado, ó abogado, ó médico, ó cirujano, ó boticario, ó arquitecto, ó pintor, ó maestro de escuela; y en suma: si no ejerce ninguna de esas profesiones, ejercerá la de contribuyente, y siempre que pague mas de 400 reales al año de contribucion directa, no tengas duda de que es elector.

Lo único que podemos hacer, para que pierda ese derecho, es probarle que está procesado criminalmente, ó que ha padecido pena corporal ó aflictiva, ó infamatoria, sin haberse lavado la honra; ó que tiene interdicto judicial por tonto ó por loco; ó que está fallido, ó intervenido ó apremiado por moroso en el pago de las contribuciones. Cualquiera de estas nulidades y principalmente la última, son muy fáciles de alcanzar en estos tiempos en que el apremio suele asistir á casa del contribuyente la víspera del dia seña-

lado para el pago. Tal es la religiosa puntualidad de los recaudadores.

Pero el elector que yo te presento no tiene ninguna de esas tachas, y si malvendió ó no malvendió su cosecha para pagar las contribuciones, no es cuenta tuya ni del comisionado de apremios. Lo que hay de cierto es que ha pagagado con puntualidad sus cuotas, que ha reclamado en tiempo oportuno su inscripcion en las listas electorales y que es tan elector como el primero de los electores.

Y el primero de los electores, es (con la ley en la mano) el ciudadano, cuya honradez y buenas costumbres resultan acreditadas por el pago de 400 reales de contribucion directa. Pero como la ley no pasa de ser una coleccion de reglas y de preceptos, que están sujetos á varias excepciones, suele suceder y sucede, que el primer electer no es el primero ni aun el último de los contribuyentes, sino un ciudadano cualquiera que no contribuye ni poco ni mucho, y que por el contrario, vive á expensas de lo contribuido y de lo recaudado.

El derecho electoral de estos individuos tiene por padrino al jefe superior de la provincia, y con esto queda dicho que es el mas seguro de todos. Reclaman contra su validez muchos electores invalidados, pero las reclamaciones y las protestas son como la limosna que casi nunca

llega á tiempo de ahorrar la vergüenza y el hambre al necesitado.

Dice la ley que el jefe político *oyendo*, (cuestion de urbanidad) á los alcaldes y ayuntamientos de los pueblos, recogiendo (aquí está el busilis) de las oficinas de Hacienda los datos convenientes y *valiéndose de otros medios* formará las primeras listas de electores.

Excusado nos parece decir que la ley ha tenido siempre el mas exácto cumplimiento. Las autoridades civiles han formado siempre las listas *oyendo* á los alcaldes.

Pero como las distracciones son tan naturales y tan frecuentes en la especie humana, y á nadie se le puede obligar á que oiga todo lo que le dicen; los jefes políticos suelen dejar de oir las rectificaciones que les proponen los alcaldes, y aun muchas veces despues de oirlas se quedan, como se queda el que oye llover debajo de techado: enjuto y seco sin que se le haya pegado una sola gota del aguacero.

Por otra parte, preciso es confesar que las reclamaciones de los ayuntamientos y de los particulares son chinchorrerías é impertinencias de lugar que no valen la pena de ser atendidas ni aun escuchadas.

¿Qué importa que veinte ó treinta de los primeros contribuyentes no figuren como electores, si hay en cambio doscientos ó trescientos inclui-

dos en las listas que no pagan contribucion alguna? Ultimamente, si no se conforman con la sordera de la autoridad, aun les queda el recurso de acudir en queja á la audiencia, y como la queja no se pierda en el camino y la audiencia haga justicia al elector y el jefe político atienda la irrevocable sentencia de la superioridad, aun puede el reclamante alcanzar la dicha de verse incluido en las listas.

No se cuentan muchos casos de esta naturaleza, porque es demasiado trabajoso el camino para alcanzar un empleo sin sueldo que no vale la pena de grandes intrigas. Los electores suelen desmayar y curarse de su noble ambicion á las primeras diligencias, y la suerte nada próspera de los que llevaron su tenacidad hasta la última trinchera, retrae á muchos del asalto.

Ultimadas las listas, con la escrupulosidad que dejamos referida, el jefe político se frota las manos como un general que acaba de concebir un gran plan de batalla, y que cuenta con triples fuerzas que el enemigo y desplega por la provincia sus guerrillas estratégicas.

III.

El comisionado de apremios, tipo tan antiguo como la morosidad de los contribuyentes, cuyo orígen se ha perdido en la noche de los tiempos,

sale á campaña mucho antes de que se publique en la *Gaceta* el decreto convocando las Córtes.

Pero el comisionado de apremios, de cuya antigüedad pudiera suministrarnos algunos informes el célebre manco de Lepanto, ha sido una de las ruedas administrativas que mas adelantos han merecido y más reformas han logrado en el gran taller de la industria política. La madre que le parió, que fué sin duda alguna la miseria de los contribuyentes, y el padre que le engendrara, que no fué otro sino el desacierto de los gobernantes, difícilmente le reconocerian hoy que ha cambiado su nombre de pila por los de *agente investigador*, *comisionado dc estadística*, *conservador de montes y encargado especial para hacer las elecciones*.

Este ministro plenipotenciario, del cual no hace mencion la ley electoral, es sin embargo, la primer rueda que funciona en los distritos electorales con el único y exclusivo objeto de *hacer las elecciones*. Frase sacramental de los gobiernos constitucionales, cuya elocuencia histórica podria muy bien ahorrarnos el trabajo de escribir este artículo.

Si los electores de nuestras pequeñas aldeas viesen al comisionado despedirse en un paseo público de sus amigos, diciéndoles á voces que vá *á hacer las elecciones* de tal ó cual provincia, no abandonarian sus hogares, sus quehaceres y

sus familias para ir á la capital del distrito á cumplir el mas importante deber de los ciudadanos. O se sublevarian contra esa interpretacion de la ley, ó resignarian su derecho en el hombre que vá á hacer por sí solo lo que ellos creen que no puede hacerse sino con el general concurso de los electores; ó finalmente, creerian que las palabras del comisionado eran una pura baladronada.

Pero no es tal en efecto, y para que el lector tenga una cabal idea del oficio en cuestion, vamos á ensayar un bosquejo de la gran fábrica electoral.

IV.

Pasa la escena en el despacho del ministro del ramo. El ramo de las elecciones pende del árbol administrativo conocido con el nombre de Gobernacion del Estado.

El ministro no está solo; le acompaña un oficial de su confianza. Este destino, en tiempo de elecciones, viene á ser otra de las metamórfosis del comisionado de apremios.

Tienen delante de sí un gran estado en papel bristol, y de acuerdo con el jefe, el oficial vá haciendo diferentes signos al márgen y en las casillas de observaciones.

—¿Cuántos nos faltan?—pregunta S. E.

—¿Cuántos nos sobran?—replica con sorna, aunque respetuosamente, el privado del ministro.

—¿Pues qué, tenemos ya arreglados los 349 distritos?

—Si señor, todos, aunque yo desconfio del jefe político de.....

—No tenga vd. cuidado, son buenos todos, y como saben lo que les va en ello ya verán de andar listos. Pero el caso es que yo no quiero ganar todos los distritos; es preciso dejar algunos para la oposicion extrema, porque sino hay claro-oscuro en la Cámara, todo se lo llevó el diablo y moriremos de plétora, que no seria la primera vez.

—¿Y á la oposicion de casa, cuántos les dejamos?—pregunta el oficial sonriendo.

—Ninguno—contesta el jefe incomodado.—Lo primero que ha de encargar vd. á los jefes políticos, es que á todo trance impidan el triunfo de los candidatos de esa fraccion desleal; á todo trance, aun apoyando en último caso y cuando no se pueda pasar por otro punto, á los absolutistas y hasta á los demócratas y á los republicanos, si hubiese alguno.

—¿Cuántos diputados de oposicion quiere usted que vengan al Congreso?

—Doce ó catorce de los menos conocidos y tres ó cuatro notabilidades de esas cuya eleccion no se puede combatir sin grandes infracciones de ley.

–Pues en ese caso en el distrito de..... hay que dejar que triunfe el candidato de la oposicion.

—De ningun modo, porque se le ha ofrecido ya al general R.....

—Vamos á quedar desairados.

—Con el jefe político que habia si, con el que he nombrado para que *haga la eleccion* no tenga usted cuidado.

—Tendrá que andar á palos con los electores, porque á pesar de cuanto se ha hecho en las listas, tienen mayoría los contrarios.

—No tenga vd. cuidado; ese distrito es seguro, añade el ministro.

Y sacando de la cartera un manojo de cartas dice:

—Ahora vamos á ver si acabamos de dar gusto á los candidatos.

—La mayor parte no saben lo que piden y nos van á echar á perder la eleccion en algun distrito El marqués de X... se ha empeñado en que ha de salir por su provincia, y ya ve vd. lo que dice el jefe.

—Bien, yo haré que desista y le acomodaremos en cualquiera otro distrito, ó en segundas eleciones. A esta carta, añade S. E., conteste vd. que haré lo que se desea, y que se extiendan hoy los nombramientos de esos corregidores.

—Los periódicos van á poner el grito en los cielos, cuando sepan que en un solo distrito y para dos pueblos de cuatro casas se crean dos corregidores.

—Digan lo que quieran no nos han de hacer mucho daño porque ya anoche interpelé al señor N... para que no anduviera tan parco en las recogidas.

—¿Y á este otro que se le dice? pregunta el oficial enseñando al jefe una carta.

—Que si, que si, que se hará si es necesario. Pero no dé vd. la órden por el correo. De palabra se le dirá al comisionado para que se lo comunique al jefe, que si la cosa anduviese mal parada la víspera de la eleccion á última hora, cambie el lugar de la cabeza de seccion.

—Es un rodeo de siete leguas para la mayor parte de los electores, dice el oficial sonriendo.

—No llegará el caso de hacerse ese cambio, replica el ministro, como no llegaria nunca el de recurrir á las medidas violentas si los jefes tuviesen habilidad para conquistar á los caciques de los partidos, que en ninguna provincia pasan de tres ó cuatro. La autoridad manda mucha fuerza y no hay elector que se niegue á seguir sus indicaciones.

—¡El partido avanzado está trabajando mucho! exclama el oficial de confianza.

—Cuando ellos van, yo vuelvo, contesta el

ministro con orgullo, y por esta vez se llevan chasco porque lucharé en todos los terrenos.

Renunciamos á copiar la humildísima lisonja con que el privado contesta á la arrogancia del jefe, y dejamos que se abra la mampara para que entre á ver á S. E. el hombre que va á *hacer las elecciones* de la provincia de.....

—¿Es la de vámonos? le dice el ministro.

—Si V. E. no manda otra cosa..... contesta el comisionado.

—Nada, lo dicho; á ponerse de acuerdo con el jefe, y á no dormirse; lo demás corre de mi cuenta. A ver cómo ganamos nueve distritos.

—Los diez son seguros, Excmo. Señor, dice el comisionado. Y haciendo una profunda cortesía se sale del despacho.

La persona que entra en seguida ni hace reverencia ni da tratamiento al ministro; pero se pone colorado al pasar el umbral de la puerta y se acerca á la mesa con humildad.

—¿Cómo vá, marqués? ¿qué noticias hay de la provincia? Yo ya le hacia á vd. camino de su distrito.

—No me he marchado, contesta el marqués, porque aun no lo tengo todo corriente.

—Por mi parte, dice S. E., no creo que haya nada pendiente.

—No señor, vd. ya me ha dado los nombramientos de esos administradores de correos y el

de comisario de policía; pero al de Gracia y Justicia no le puedo arrancar el de un juez de primera instancia que necesito, porque dice que no se atreve á dejar cesante al que hay en la actualidad y que él me responde de su buen comportamiento. ¡Figúrese vd. que acaba de sentenciar dos pleitos en contra mia!

—¿Y al de Estado le sacó vd. ya las cruces que le pidió para aquellos electores?

—Todo lo tengo en mi poder; hasta los honores de intendente de marina para un pájaro que dará treinta votos, y tambien el de Hacienda me ha servido en regla. Si el jefe político nombra los estanqueros que yo le diga salgo por unanimidad.

—Mucho me alegraré de tenerle á vd. por compañero en las Córtes, dice el ministro.

—¿Usted saldrá por mas de un distrito? replica el candidato.

—Supongo que me elegirán por cuatro ó cinco, contesta S. E.

Y despide al marqués para recibir en secreto á un candidato de oposicion que vá á reconocer en el Gobierno el derecho de intervenir oficialmente en las eleciones, rogando al ministro, no que recomiende su candidatura, porque eso seria *indigno de sus principios políticos*, sino que retire la ministerial.

Nosotros corremos el telon, porque ni antes ni

despues de oir lo que pase en esa pudorosa entrevista, podremos comprender la metafísica dignidad de ese candidato independiente.

V.

Y abandonando la córte nos trasladaremos á la capital de una provincia cualquiera. En tiempo de elecciones todas son iguales.

Tropezaremos en el camino y aun vendrán con nosotros en el coche, algunos candidatos de oposicion, de esos que asisten en persona á luchar si hay lucha, ó simplemente á presenciar su derrota.

Seguiremos los pasos á mas de uno de ellos para que pueda el lector tener una idea exacta de las distintas especies en que se divide la gran familia del aspirante á la progenitura nacional.

El primero de todos, es á nuestro juicio, el que se propone alcanzar los votos de sus conciudadanos, sin que pueda contar ni con el suyo propio, porque no es elector, ni con él de su criado, porque no existe el sufragio universal.

Dios hizo el mundo de la nada, y nosotros, perdónesenos este orgullo satánico, queremos hacer un diputado de la nada.

Y no hemos de acudir para ese milagro al martinete del ministerio, donde, como sabe el lector, se forjan y se arreglan á gusto del consu-

midor, y á despecho del consumido, sino que lo haremos con nuestras propias fuerzas, contando únicamente con la constancia y el teson del interesado.

Supongamos un hombre á quien se le antoja ser diputado á Córtes. Este primer síntoma de la enfermedad parlamentaria es indispensable. El destino de padre de la patria no es carga concejil; el país seria capaz de estarse toda la vida sin averiguar quienes eran sus padres. Es pues, indispensable acudir con un memorial á las urnas.

Supongamos tambien que el antojadizo ciudadano no tiene noticia de que haya llegado la de su existencia á ningun rincon de la Península. En semejante caso necesita dar por sí propio la noticia de sí mismo y decir que tiene la edad que marca la ley con los demás requisitos anejos al caso. Si le faltare alguno, aunque sea el de poder acreditar que contribuye al mantenimiento de la mesa redonda de los empleados, eso importa poco; ya diremos como se arreglan esas impertinencias de la ley.

Sigamos las suposiciones.

Hemos dado por cosa segura que el aspirante no tiene ningun distrito electoral que le solicite para darle sus poderes ante la representacion nacional, y lo que es mas aun, que no tiene patria de quien pueda esperar que le llame padre. Que-

remos suponer tambien que no tiene amigos influyentes que hagan su presentacion á los electores incluyendo su nombre en alguna candidatura, y decididos como estamos á presuponer dificultades, tambien se nos antoja que le falta un amigo periodista, un gacetillero conocido, un corresponsal cuando menos de un diario político.

Imposible y hasta fabulosa le parecerá al lector tanta desnudez de amistades, sobre todo la del gacetillero, que son por la necesidad del oficio amigos de todo el mundo, pero es, sin embargo, cierto el aislamiento del candidato. Le falta, no ya un redactor de fondo que anuncie sériamente que «en tal ó cual distrito, se piensa votar al sim»pático jóven D. N. N.,» sino hasta un gacetillero que le dedique un «*parece* que el apreciable D. N. N. »se presenta candidato para la diputacion por el »distrito de C*** con grandes probabilidades de »triunfo.» Y por último, no hay un corresponsal de periódico que al final de una carta sobre elecciones añada esta tan usual como inofensiva línea: «Tambien se cita entre los candidatos á un D. N. N.»

Todo eso le falta y aun asi no desiste de obtener las simpatías de gentes á quienes no conoce, para defender intereses que no ha visto y de que nadie le ha hablado.

Hé ahí lo que se llama un candidato perfectamente *cunero*.

Pero si Dios, de una deleznable porcion de barro, le hizo hombre, justo es que el ya hombre se haga hombre-diputado. Que si con paciencia, virtud y anhelo, se gana el cielo, con arrojo, descaro y *sans-façon* se alcanza la diputacion.

Son trescientas cuarenta y nueve las plazas vacantes al publicarse el decreto de convocatoria, y el candidato seria dueño de dirigir un memorial á cada uno de los trescientos cuarenta y nueve colegios electorales, ó de elegir entre todos los que primero se le antojaran, ó de fijarse en uno solo.

Nosotros, que somos los maestros directores de esta empresa, le aconsejamos que adopte el último partido. Que se fije y ponga los puntos á un solo distrito.

¿Y ha de ser el suyo propio, el que le vió nacer, el que produjo el espliego con que le perfumaron los pañales que usaba cuando niño?

No, y mil veces no. ¡Detente, candidato, detente! No malogres tu parlamentario propósito con empresa tan arriesgada. Dios, por tu desgracia, habrá permitido que viva aun aquel maestro de escuela que ahogaba los gritos de su ignorancia zurrándote el pellejo, y dirá á los electores que no te voten porque eres un bárbaro. El cura, persona muy influyente en la materia, se reirá en la tertulia del boticario, de que aspire á ser diputado el chiquillo travieso que lle-

vó calabazas en el exámen del Catecismo. Y por último, los electores, que son en su mayor parte tus compañeros de escuela, creerán al votarte que eligen diputado al muchacho que les acompañaba á saltar las tapias del huerto para robar las brevas de la higuera de las Bernardas, y no se atreverán á echar tu nombre en las urnas.

Acuérdate del refran que dice: «nadie es profeta en su patria» y no olvides que el gran Federico aseguraba, y el no menos grande Napoleon repetia que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara.»

Huye lejos, muy lejos de la tierra que te mató el hambre infantil con sus doradas espigas, y fíjate en otro distrito cualquiera, seguro de que el que ahora elijas, ese será mas tarde tu ***distrito natural***, como dicen los parlamentarios.

¿Pero piensas tomar al pie de la letra mi consejo de hacer un memorial ó lo que la ciencia conoce con el nombre de programa? ¿Has determinado ir lisa y llanamente por el camino mas corto diciendo á los electores quién eres, quienes son ellos, cuales son sus necesidades, cuál es la tuya y como te prometes remediarlas todas si ellos te prometen y te cumplen la palabra de hacerte diputado?

Eso es ni mas ni menos lo que se hace en Inglaterra y en otros paises parlamentarios de profesion, pero yo te aconsejo que no lo hagas.

No tomes el camino mas corto, que en materia de elecciones suele ser el mas largo; vente conmigo y yo te probaré que en cuestiones electorales, la práctica ha demostrado que las matemáticas se equivocan al sostener que la recta es mas corta que la curva

Me será difícil, acaso imposible, hacerte desde luego diputado, porque esa receta solo la tiene el ministerio con privilegio de invencion y explotacion, pero te haré candidato. Y como tu nombre entre en las urnas, por desairado que salga en las primeras elecciones, ya triunfaremos en las segundas.

Los periódicos no quieren anunciar tu nombre, y no me importa. Por esta razon me opongo á que hagas el programa. Si se ocuparan de él seria para hacer burla y decir que te anunciabas donde no habia una sola persona que te conociera y quiero probarles todo lo contrario.

No vas á pedir, vas á negar; en vez de empezar por el primer acto vamos á principiar por el segundo.

Con tu dinero en la mano no habrá periódico que se niegue á insertar un remitido y ese es el primer paso que vas á dar para ser candidato, escribir un remitido.

Te le ajustarán á tanto mas cuanto la línea, y le haremos corto para que no te cueste mucho dinero. Coge la pluma y escribe:

«Sr. Director de EL ENTENDIMIENTO.

»Muy señor mio y de toda mi consideracion: Los numerosos amigos, con cuyo aprecio me honro en la provincia de B***, se han empeñado en dispensarme la altísima honra de proponerme como candidato para diputado á Córtes por el distrito de C*** en las proximas elecciones. Ya he contestado particularmente á algunos de ellos, manifestándoles cuan grato seria para mí tener todas las grandes cualidades de que necesita estar revestido el que aspire á merecer tan elevado cargo. No cedo á nadie ni en patriotismo, ni en abnegacion, ni en constancia y valor para defender con los intereses generales de la nacion, los de esa hermosa cuanto desgraciada provincia, y muy especialmente los del distrito de C*** llamado por su posicion geográfica, por la naturaleza del terreno y por la inteligencia de sus habitantes, á ocupar otro lugar del que hoy tiene, á ser la mas rica porcion de nuestra Península. En defensa de esos sagrados intereses y de la ley fundamental, sabria desafiar contra mí toda la tiranía de los gobiernos despóticos y no espiraria la palabra en mis labios aun cuando viera alzarse sobre mi cabeza la cuchilla del verdugo.

»Pero contra estos deseos, que han sido siempre el bello ideal de mi vida política; contra esas

aspiraciones y esa fuerza de voluntad, que tanto he probado en las adversidades de mi carrera constitucional, están las consideraciones que dejo expuestas anteriormente.

»Nadie me ganaria á servir con desinterés y patriotismo el cargo de diputado, pero muchos pueden aventajarme en ilustracion y en otros títulos mas dignos de la estimacion de sus conciudadanos que los escasos que yo tengo.

»Que elijan uno entre tantos nombres ilustres, los electores del distrito de C*** y que le honren con sus sufragios.

»Yo permaneceré en la vida privada á que me he condenado hace algun tiempo, aunque considerándome desde este dia como el representante, como el amigo de todos los electores, sin distincion de partidos.

»A todos les ruego que me permitan envanecerme con ese título y que me den órdenes, en la seguridad de que no quedarán defraudadas sus esperanzas.

»Y vd., señor director de EL ENTENDIMIENTO, me perdonará la molestia que le he ocasionado con esta carta; pero he querido hacer órgano de mis sentimientos el periódico que tan dignamente dirige, por el talento y el patriotismo con que defiende las cuestiones vitales de este infortunado pais.

»Soy de vd., etc., etc., etc.»

—¡Pero semejante carta, dirá el aspirante á la diputacion, me cierra la puerta del parlamento! ¡Esa accion de gracias y esa negativa tan enérgica me inhabilita para pretender la diputacion en otras elecciones! ¡De ese documento se reirán los electores como del manifiesto, porque ninguno me ha escrito nada, porque nadie se ha acordado del santo de mi nombre!

Y si tal dice, el aspirante, se engaña.

El director del periódico será el primero que, agradecido al último párrafo, la insertará recomendándola al público y diciendo que semejante abnegacion deberia tener muchos imitadores; las gentes todas sabrán que hay un D. N. N. en quien se ha pensado para representante del pais; y en cuanto á los electores del distrito, ninguno se atreverá á decir que él no le ha propuesto y muchos se figurarán que le habian escrito. Otros le dirigirán cargos porque rehusa la diputacion siendo un hombre independiente y de verdadero patriotismo; y empezada la correspondencia, ya está hecho el milagro. Con mas ó menos fortuna será candidato.

Hasta que ocurran nuevas elecciones debe conservar una activa correspondencia con ***sus electores***, los cuales le honrarán con diferentes encargos, y muchos de los mismos que no le votaron, querrán pasar por tales á sus ojos, acudiendo en queja del diputado del distrito, y diciendo

aquello de «yo le aseguro que en otra eleccion no ha de tener ni un voto.»

Por supuesto que nada nos importa que se los den todos menos la mitad mas uno que son los que necesitamos para sacar airoso á nuestro aspirante.

Y saldrá sin gran trabajo, porque apenas se oiga circular su nombre, y entonces viene de molde el programa, nadie preguntará—¿quién es?—sino que todos dirán:—este es aquel candidato que en las elecciones pasadas no quiso salir diputado.

Con semejante receta, es probado, puede cualquier mortal que pase de veinticinco años tomar asiento en la asamblea, y llamar á la patria, á boca llena, hija suya.

Algunas veces exige mayor constancia, y no se logra hasta la tercera ó cuarta embestida; pero el sistema es infalible, y solo puede fracasar si se empeña en ello el fabricante universal de elecciones. A cuyos talleres volvemos la cara para ver al maestro de la fragua sucursal de una provincia.

VI.

Llegamos á mal tiempo. S. S. ha salido á girar una visita por los pueblos de su mando.

Desde que se encargó de gobernar la provin-

cia pensó en buscar á domicilio los cumplimientos de sus gobernados; se propuso estudiar las necesidades de los pueblos, echar un tiento á la capacidad de los alcaldes y buscar el chichon del magisterio en la cabeza de los profesores de instruccion primaria, con otras averiguaciones de no escasa valía; pero tuvo pereza de montar á caballo, y cuando sonó la trompeta del gobierno llamando á juicio á los electores, aun no habia llevado á cabo su paternal pensamiento.

Estaba en descubierto con todos sus feligreses, y era preciso no prolongar la falta por más tiempo.

Salió, pues, á campaña, acompañado del comisario de montes, del investigador de contribuciones y de algunos otros funcionarios, conocedores todos del terreno que pensaba recorrer S. S. Cuya persona y las de su comitiva, iban suficientemente amparadas contra una mala voluntad, un testigo falso y una mala hora, por el amor de los pueblos... y una fuerte escolta de la guardia civil.

No tiene la ronda precision absoluta de visitar todos los distritos, porque ya antes de emprender el viaje les ha marcado la aguja electoral los pueblos en que es indispensable su presencia, y solo en ellos echan pie á tierra, dirigiendo sus pasos á la vivienda del elector mas influyente del distrito.

Si el alcalde es persona independiente, que no por ser muy rara esta fruta en el árbol de las modernas administraciones, deja de cogerse alguna en sazon, acude presuroso á felicitar al jefe político, dándose por sentido de que no haya elegido su casa para tomar algun descanso y aparentando no conocer ó desconociendo de buena fé, el verdadero, el único objeto de la visita.

Háblale de buenas á primeras del estado en que se encuentra la instruccion primaria, de los caminos vecinales, de los monumentos artísticos que se están deteriorando por falta de fondos para su conservacion, y el jefe suele interrumpir la letanía, diciéndole:

—Ya nos ocuparemos de todos esos asuntos, y otro dia vendré expresamente á visitar la escuela, aunque, vigilada por vd., señor alcalde, y por los dignos individuos del ayuntamiento, creo que es excusada mi intervencion.

El alcalde y los demás concejales sacuden la cabeza en accion de gracias, y el jefe añade:

—La visita que hoy hago á vds. tiene otro objeto mas importante, aunque menos grato para mí; pero lo he demorado cuanto me ha sido posible, y ya me veo cada dia mas estrechado por el Gobierno de S. M. la Reina (q. D. g.)

El jefe se alza en pie para dar mayor solemnidad á sus palabras, y continúa diciendo:

—Están vds. muy atrasados en la recauda-

cion de la territorial, y es preciso que en esta semana quede entregado en caja el completo de esa contribucion.

—Pero, señor jefe, replica el alcalde, ya sabe V. S. en lo que consiste ese retraso, que humanamente podemos remediar nosotros.

—Ni yo tampoco, responde el jefe; pero no puedo esperar mas tiempo; y vd., señor comisario, añade, dirigiéndose al de montes que le acompaña, aproveche vd. la estancia aquí para evacuar las citas que falten en ese expediente de la corta de leñas, porque mañana mismo lo hemos de remitir al ministro.

—Está concluido, contesta el comisario, y solo falta que vd. providencie lo que tenga por conveniente.

—Lo que resulte probado en el expediente con arreglo á la ordenanza del ramo.

En vano apelan los concejales protestando su inocencia y asegurando que la mala fé de los vecinos del pueblo inmediato es la que les ha traido ese compromiso. El jefe se hace el sordo, y alzándose en pie para volver á tomar los caballos, se dirige al dueño de la casa, no al alcalde, y como quien habla del tiempo ó de cosa mas indiferente, le dice:

—¿Y como vamos de elecciones? ¿Se trabaja mucho?

—Pregúnteselo vd. al señor alcalde, replica

el candidote elector ministerial, que me parece que esta vez vamos á batir un poco el cobre.

—¿No están vds. de acuerdo en el candidato? dice el jefe sonriendo.

—Si el gobierno insiste en que se vote al que nos ha recomendado V. S., interrumpe el alcalde, será imposible ganar la eleccion.

—¿Y por qué? dice el elector influyente.

—Porque está desprestigiado en el país.

—Ustedes se arreglarán como gusten, replica el jefe despidiéndose; yo en materia de elecciones no hago mas que indicar la persona que me parece mas á propósito; pero cada uno es dueño de hacer lo que guste en la votacion.

—¿Es decir que V. S. no tiene empeño ni compromiso con ese candidato? pregunta inocentísimamente el bienaventurado alcalde.

—Yo no vengo á tratar de elecciones, dice secamente la autoridad superior de la provincia; vengo á que salgan vds. del descubierto de la contribucion, y á avisarles del resultado de la corta de leñas.

Y volviendo á montar á caballo sigue su peregrinacion electoral, deteniéndose en algunos pueblos, pasando de largo por otros, y llamando no pocas veces al camino á electores determinados con quienes *transige* expedientes gubernativos por ahorrar disgustos á sus gobernados, y si *de paso* gana algunos votos y algunas

influencias, eso se tiene para el dia de mañana.

Rara vez regresa á la capital descontento de su correría, y antes de vaciar la alforja de la Providencia, que viene repleta de sufragios, escribe una carta al ministro, asegurándole la eleccion de todos los distritos de la provincia; ó poniéndole algunas dificultades por aquello de que lo que poco cuesta poco se estima; ó diciéndole, cosa muy frecuente, que tiene seguridad de triunfar, pero que para conseguirlo ha hecho ofertas, que no podrá cumplir, y que es indispensable su traslacion despues de las elecciones.

Instálase acto contínuo en la oficina, recibiendo sin distincion y contra costumbre, á todas las horas del dia y de la noche, hasta que llega el primer dia de la eleccion.

VII.

En ese momento supremo, se declara en sesion permanente, recibiendo por minutos avisos de la marcha que lleva la eleccion en los distritos de la capital, y no almuerza tranquilo hasta que tiene noticia de haberse ganado las mesas. Y no porque de antemano no tenga la seguridad de que ha de suceder así, sino porque necesita imaginar esa alegría y esa sorpresa para engañarse á sí propio, creyendo que real y verdaderamente se ha consultado la voluntad de los elec-

tores, y que entre estos no hay ninguno que no tenga los requisitos legales.

Siendo así que le consta y sabe, que á falta de otros mejores, se han copiado en las listas dos docenas ó mas de lápidas sepulcrales, contra cuyos nombres protestan atemorizados los propios herederos del difunto. El cual no viene á reclamar otra cosa que el derecho electoral; y le usa dejando la guadaña á la puerta del *colegio*, donde no es permitido entrar con armas, y depositando tranquilamente su voto. Cosa en extremo curiosa, ver un muerto que demanda sufragios por su alma, alzarse del sepulcro para echar su óbolo de voluntad nacional en el cepillo de las ánimas parlamentarias.

En los distritos rurales, de los que recibe noticias á cada momento la autoridad de la provincia, anda la marimorena si la oposicion se obstina en luchar contra el candidato del ministerio, y allí donde tal cosa acontece, puede decirse que hay verdadera eleccion. Las que se hacen en paz y en gracia de Dios, con arreglo al programa del ministerio, apenas pueden llamarse simulacros.

Redúcense á correr los polizontes de un lado para otro, acarreando sufragios de carne y hueso en locomotoras de hueso y carne, si lo requiere la distancia, ó arrastándolos suavemente por el brazo para que ejerzan libremente el derecho electoral.

Tómanse asimismo el trabajo de escribir las papeletas, y entran y salen en el comicio como los verdaderos amos del cotarro.

Hacen lo mismo, aunque con mayor reserva y mas humildad, los jefes del bando contrario, y es cosa de ver los caminos en dias de eleccion llenos de carruajes de todas especies acarreando votos á las urnas.

En cuanto á los candidatos, si asisten en persona á la lucha, tienen dispuestos sus respectivos comedores, perfectamente surtidos de apetitosos manjares y de no menos excitantes vinos. Para tener entrada en esos refectorios se necesitan las mismas cualidades que para acercarse á las urnas: estar incluido en las listas y afiliado en alguno de los dos bandos que se disputan la eleccion. ¡Pero infeliz del elector que habiendo votado por uno, entre distraido en el comedero del contrario! ¡Cara podrá costarle su opinion política, pero mas cara le saldrá de seguro su votacion gastronómica!

VIII.

De las escenas que dejamos referidas, y de otras muchas que de intento y por rubor hemos callado, nacen multitud de episodios que nos seria imposible narrar, no ya en este cuadro mónstruo, que sin querer hemos escrito abusando de

la paciencia de los lectores, sino en otro de mayores dimensiones.

Las peripecias del sistema electoral, tal cual le practican los gobiernos constitucionales, son infinitas, si bien conducen todas al mismo resultado, aunque por distintos caminos.

Y para que el lector conozca hasta qué punto hemos sido parcos en este cuadro que ya le parecerá eterno, y para que los interesados nos perdonen lo que hemos dicho en gracia de lo que hemos dejado por decir, les recordaremos que hemos pasado en silencio todas las *medidas de gobierno* que suelen ponerse en práctica á última hora.

Ni hemos adelantado el relój del ayuntamiento para ganar la mesa; ni hemos movido un alboroto para anular el acto por haberla perdido; ni nos hemos ocupado de cortar *in extremis* un puente para que los electores de tal ó cual seccion tengan que optar entre ahogarse ó llegar tarde á la votacion; ni se nos ha ocurrido hacer que el elector mas influyente vaya de buen grado ó por fuerza á la capital el primer dia de la eleccion... Nada de eso hemos hecho, y á pesar de todo hemos triunfado en todos los distritos, y en algunos de ellos por *unanimidad*.

Resultado este último tan sospechoso como las cuentas de los mayordomos cuando resultan al maravedí.

Finalmente, el ministro está muy ocupado y no despacha nada en los dias que dura la eleccion, asombrándose, como de cosa inesperada, cada vez que le dicen haberse ganado algun distrito.

Y se lo dicen muy á menudo, de dia y de noche, los extraordinarios de á pie y de á caballo que llegan de todos los puntos de la Península, y *el telégrafo óptico*, que trabaja en tiempo de elecciones con mas ardor que los molinos del Hidalgo manchego.

Hecho el escrutinio en toda la Península, el gobierno se envanece de su obra.

Los *colegios electorales* han sido dóciles á la voz del rector de la universidad electoral.

CUADRO DIEZ Y SIETE.

El té y el chocolate.

He aquí dos nombres que hoy se escriben juntos en todas las tiendas de ultramarinos, y en todos los cafés y en todas las fondas, y que sin embargo han vivido por espacio de muchos años enteramente separados, sirviendo cada uno de ellos de bandera de guerra, á dos distintos bandos sociales, á dos grandes partidos políticos y á dos irreconciliables escuelas filosóficas.

El té y el chocolate, ó lo que es lo mismo, la filantropía inglesa y la caridad española, el patriota y el fraile, la dama aristocrática y la monja descalza. El té y el chocolate, ó como si dijéramos, la civilizacion y el obscurantismo, la libertad y la tiranía, la soberanía nacional y el poder absoluto.

La historia del té en España, es la historia de nuestra regeneracion social y política. Su importacion de la China y su uso y su abuso, son la historia del uso y el abuso de nuestras libertades.

En las hojas del té está escrita la vida y milagros de la mitad de este siglo.

Yo, te aseguro lector, aunque me tengas por demasiado sentimental y romántico, que no puedo sorber una taza de té sin pensar en las conquistas de la civilizacion, ni aspirar el aroma de sus hojas, sin sentir los aromas del árbol de la libertad.

Pero la historia del té, su peregrinacion desde las Indias Orientales, su entrada de contrabando, sus cuarentenas en los lazaretos de farmacia y su tránsito desde la anaquelería del boticario, á las despensas de todas las casas, aunque seria muy interesante no mereceria fijar mi atencion ni excitar la de los lectores. Mientras el té fué un simple ciudadano botánico, sustituto cuando mucho de la salvia ó de la flor de tila, pero siempre avasallado por la amapola y la flor de malva, no tenia otro trato que el de los enfermos de poco mas ó menos, ni pisaba otros salones que los del hospital, ni abria sus hojas en otras vasijas que en las de Alcorcon, ni soltaba su esencia en otros vasos que en las tazas de Talavera. Hasta que el sufragio universal, la libre

eleccion de los españoles, no le hubo sacado de las boticas y de los hospitales, para llevarle al palacio de los reyes y á los salones de la aristocracia su historia ofrece poco interés. Cuando dejó de ser un simple ciudadano en el herbario de los naturalistas, y perdiendo su humilde condicion de sudorífico adquirió el rango de emperador de las aguas cocidas, rey de las infusiones aromáticas, y soberano y señor de todas las bebidas de placer y de salubridad, entonces empezó su historia.

Los mismos, que mientras perteneció á la plebe de las yerbas medicinales, le cocieron y le abrasaron en pucheros de Alcorcon, prohibieron que se le hirbiera, y mandaron que se le dejara abrirse á sus anchas, en vasijas de plata, que en honra suya se llamaron *teteras*, y que no le vertieran menos que en tazas de china y aun de oro, sobre azafates de plata, y usando guante para evitar toda profanacion los criados que habian de manejarle y servirle.

Hasta el dia del sufragio universal el padre Terreros le trataba de «hoja con la cual se hace un cocimiento muy raro, que dicen, añadia el padre, que cura la gota y el mal de piedra.» Otros como Simon Paulo, un médico de cámara de Dinamarca, decian que en Europa no tenia los efectos que en Asia, y que pasados los cuarenta años, nadie debia usarlo, porque desecaba y abre-

viaba la vida. Don Tomás Iriarte, que no era médico, y debia estar exento de ojeriza, tambien le echó á reñir con la salvia en una de sus fábulas suponiendo que esta se iba á las Indias donde la compraban á buen precio, mientras aquí la abandonábamos por el té.

Pero todas estas rivalidades eran dentro de los hospitales y las boticas. Los grandes círculos de la sociedad no tomaron parte en la contienda, hasta que el té invadió los comedores y las salas y los gabinetes y quiso hombrear con el chocolate.

Cuando este perezoso americano que estaba en quieta y pacífica posesion de todos los estómagos y que era árbitro de todos los secretos de las familias, inclusos los de las comunidades religiosas y aun los de los inquisidores, vió que un chino venia á arrojarle del trono y del confesonario en que habia estado por espacio de tantos siglos, se echó á reir y siguió entrando y saliendo en las tertulias y en el locutorio y en los tribunales.

Entraba en la celda de la monja y esta en vez de echarse el velo á la cara, se le alzaba para besar con mas comodidad á su amado; la jóven soltera recibia el morenillo en la cama, y en suma, por mas que el chocolate oia decir (porque ya hemos dicho que para él no habia secretos) que el té iba ganando terreno, á él le pare-

cia que no perdia el suyo y volvió á encerrarse en su chocolatera de barro ó de laton, riéndose de que el té para ser algo tuviera necesidad de andar en vasija de plata. Incomodose algun tanto cuando supo que la leche le habia hecho la infidelidad de admitir los requiebros del té y aun de contraer matrimonio con él; pero tampoco esta noticia le hizo perder su pereza americana. Confiaba en que el café le declararia la guerra, y de ese modo creia verse libre de ambos rivales. Se hizo potencia neutral, diplomacia pancista aprendida en los conventos de frailes, y esta fué la causa de su perdicion. Habia oido decir tantas veces que á tal ó cual ministro le habian *engañado como á un chino*, que no creyó que el té viniendo de la China fuera un sabio.

Pero el chocolate fué el engañado, porque el té entrando por las narices se subió pronto á las cabezas, y como estas andaban trastornadas por los bandos políticos, propuso á los hombres que le parecieron de mas accion, á los revolucionarios mas calientes, que le tomaran por símbolo de combate, y desde ese momento creyó asegurado el triunfo de su causa. Inspiró con su aroma los mejores sermones políticos y los mas fogosos discursos patrióticos; desveló á los conspiradores, hizo pasar las noches en vela á los periodistas y cuando los unos estaban inspirados y los otros mal dormidos, les hizo un argumento incontesta-

ble. Les dijo que los frailes, las monjas y los inquisidores habian sido siempre los grandes consumidores del chocolate y que siendo todos ellos los mayores enemigos de la civilizacion la consecuencia era forzosa: el chocolate era un brebaje absolutista, enemigo de las luces y de la civilizacion. Trató para mayor disimulo de suponer que el chocolate no era el único reaccionario, sino que estaba unido con los garbanzos y con las sopas de ajo, y dijo que en Inglaterra y en Francia, paises clásicos de la libertad, no se usaba el cocido ni el chocolate, ni las sopas de ajo, y con esto creyó tan asegurada la suerte de sus hojas como la de las hojas del código fundamental de la monarquía.

Dejaron muchas gentes de comer garbanzos y otras de decir que los comian; dieron los médicos en opinar que el chocolate era ardiente, y el pobre americano, ardiendo en ira, se retiró á los conventos y á las casas de los carlistas.

Desde entonces el antagonismo de las dos bebidas ha sido profundo, y el ódio de los bandos irreconciliable; y aunque hoy ha vuelto el chocolate á las tertulias públicas, y á las grandes reuniones aristocráticas, es porque ha dejado de ser neutral, es porque su mal aconsejada diplomacia de antaño le ha obligado á humillarse transigiendo con el espíritu moderno. Buscando á las máquinas para que le muelan el cacao, á la

vainilla para que le dé aromas y á los reposteros para que le cuezan en vasijas de plata. Si hubiera continuado firme en sus creencias reaccionarias; si el hombre siguiera labrándole á brazo, y empleando dos dias en cada tarea, ó habria vencido en la lucha y en ese caso conservaria la pureza de sus principios americanos, ó habria desaparecido del mundo con honra. No lo ha hecho asi y está tocando los efectos de su reprensible pereza y de su funesta neutralidad.

Pero él y su antagonista no se mezclaron directamente en nada despues que el segundo hubo inflamado los ánimos de los reformistas. Grandes ejércitos de ocupacion vinieron de la China, reforzándose á menudo las guarniciones en todos los pueblos de España, y el té es hoy el símbolo de la civilizacion y del buen tono.

El té negro, el té verde, el te imperial, y el té perla, han producido una gran porcion de tées.

Hay tées políticos, y tées literarios, y tées artísticos, y tées magnéticos, y tées sonámbulos, y tées parlantes, y tées músicos, y tées *dansant*, que son la crema de los tées y el refinamiento de la civilizacion. Tambien los que juegan al tresillo, y los que juegan con la tranquilidad pública, se reunen á tomar el té, y asi como antiguamente cruzaban las espadas jurando sobre ellas antes de empezar á conspirar, ahora nadie

conspira sin beber una taza de la infusion china. Y quien dice una taza es como si dijera una docena, porque el té no es como el chocolate que se daba á jícara por barba, si no que se tiene por mas amigo de la casa, y por mayor literato y mas distinguido artista al que sorbe mayor número de tazas. Y no hay manera de rehusar el obsequio, porque pareciéndonos que el té estaba poco honrado si le servian los criados aunque lo hicieran con guante blanco, hemos dispuesto que lo sirvan las mismas señoras de la casa; distincion que en tiempo del chocolate solo alcanzaba algun padre definidor ó guardian como ha visto el lector en la primera parte de esta obra.

Pero como el siglo, aunque tiene fama de hablador ahorra todas las palabras que puede, ha inventado una manera de decir que no se quiere mas té sin abrir la boca para hablar.

Si se deja la cucharilla en el plato, la señora está sirviendo té hasta que se declara la hidropesía; pero si se suelta dentro de la taza ya no vuelve á llenarla. En los refectorios de los frailes se hacia una cosa análoga. Cuando no se queria comer mas, se volvia boca abajo el plato. Solo que dice el vulgo, lo cual es posible que no sea verdad, que cuando un fraile volvia el plato ya no podia hablar porque estaba apoplético.

No es para las señoras una ocupacion cualquiera la de servir el té á sus amigos y á sus

convidados, sino una ciencia espinosa y difícil que toca tanto en el arte de repostería, como en la diplomacia, y aun tiene sus puntas y ribetes de botánica, con algun tanto de medicina y algo y aun algos de higiene. El saber si el té *negro* es mas estimulante que el *verde*, y éste y cada una de sus distintas especies excita mas ó menos el sistema nervioso, y averiguar si el *imperial* es preferible al *perla* ó en que cantidades se ha de mezclar el uno con el otro, y como ha de haberse desecado la hoja, y en que clase de vasijas ha de conservarse, y si èstas han de perfumarse y cual ha de de ser el perfume, todos estos conocimientos que atañen á cada una de las ciencias que hemos indicado ha de tenerlos muy presentes la señora de la casa, si quiere que sus convidados digan que el té que allí se toma es el mejor que viene de la China. Y si àspira, que es una aspiracion muy legítima, á que digan tambien que ella sabe prepararlo mejor que ninguna otra, no ha de desdeñar el poner por sí propia con tino y medida las hojas en la tetera, caldeándola primero y verter luego el agua, no sin enterarse de su temperatura. Y si por último, despues de hecho el té, quiere que al repartir las tazas, se pueda decir con fundamento que es una consumada diplomática, ha de cuidar de aprender mucho de gerarquías sociales y no olvidar nada de los rumores políticos, para saber quien de

los convidados va á dejar de ser persona importante ó cual otro esta mas en camino de empezar á serlo; que si todo esto no le interesa directamente á ella, puede interesar y de seguro le interesa á su esposo.

La que es HOY verdaderamente señora de su casa, ha de procurar no saber nada de lo que le enseñó su madre, y olvidarlo todo, para poder con mayor desembarazo, *hacer el té y hacer los honores de la casa y de la mesa*, que son quehaceres harto mas difíciles que el de recoser la ropa blanca y cuidar las demás haciendas menudas.

Hacer los honores de la casa los amos de ella, es cosa tan importante en estos tiempos, que la cartilla del buen tono castiga las faltas que en tan grave materia se cometen, con mayor rigor que la ordenanza del ejército cuando fusila por no haber hecho los honores á una bandera, ó el saludo á un oficial general.

Hacer los honores, *hacer ilusion*, *hacer música*, y otras haciendas, que ha inventado el inventariado y mal vendido idioma castellano, constituyen una ciencia que no está al alcance de todas las gentes, pero que bien ó mal todos tienen necesidad de profesar en ella.

Un té político, un té literario ó un té conspirador (que el té no se opone á que cada cual piense y obre como le dé la gana) aunque todos ellos parece que están oliendo á tabaco y que en

ninguno habria de sentirse la falta de las señoras, necesita una de estas por lo menos. Si el que convida á sus amigos á un té es solteron, ó no tiene á su esposa en su compañía, lo primero que ha de pensar es en buscar una señora para que vaya á hacer los honores de la casa, mientras el *hace política... ó hace atmósfera*, que es otro oficio del cual podrá sacarse algun dia gran partido para la navegacion submarina. Si no tiene una tia ó una prima, no le faltará alguna amiga cotorrona como él, que le saque del compromiso.

El *te dansant*, que es el verdadero té, no necesita que se alquilen señoras para servirlo, ni que se repartan diccionarios para que los dánzantes que acuden á beberlo sepan lo que significa. Nadie ignora que té dansant, aunque no lo diga la Academia, es un baile donde se sirve á los convidados una ó mas tazas de té, y que nunca falta en la casa una señora que haga los honores por derecho propio, y el té con su propio té verde y su propia azúcar. A cierta hora de la noche, la mas dentro de la madrugada que sea posible, salen los lacayos, colocan una mesa llena de objetos de plata en medio de la sala, y la señora de la casa empieza á hacer su juego de manos con los cubiletes y aparatos de su improvisada repostería. En el mismo mostrador ó en otro inmediato, se ponen muchos platos con diferentes bollos y mendruguitos de pan tostado, y las

hijas de la casa, si las hubiere, deben ayudar á la mamá en el reparto de las tazas y de los mendrugos.

Algunas veces, en los tées musicales y en los magnéticos, suele alternar el chocolate con vainilla y con ambar gris, elaborado á máquina, cocido por un repostero y aun por una criada alcarreña, pero jamás batido por una duquesa, ni servido por una dama del gran tono.

El gran tono es el té, ya lo hemos dicho.

La lápida de la Constitucion ha caido sobre el sepulcro de la Plaza Mayor; los estancos nacionales han sustituido á los estancos reales; la filantropía á la caridad; las tintas verdes á las encarnadas; el siglo de las luces y de los fósforos, al siglo del obscurantismo y de las pajuelas; el progreso á la reaccion; el té al chocolate.

¡Quién se lo hubiera dicho á Hernan-Cortés cuando le arrancó ese gran secreto á Motezuma, y vino mas orgulloso con el descubrimiento que si le hubiesen dado para sí los pueblos que acababa de conquistar!

¡Y que dirian ahora Fr. Agustin de Avila y Fr. Juan de Torquemada y los demás frailes y seglares que han cantado las excelencias del chocolate, incluso don Antonio Colmenero de Ledesma, autor de un famoso opúsculo, sobre las cualidades y naturaleza del chocolate, en cuya edicion latina hay una gran lámina que repre-

senta á Neptuno, saliendo con su carroza de gala á saludar en medio del mar el *Chocolate inda*!

¡Y cuándo pensamos que por no haber sabido marchar con el siglo ha estado á punto de perecer al grito de viva el té y viva la libertad, se nos oprime de pena el estómago!

Bendigamos la hora en que le ha ocurrido liberalizarse y ponerse de moda y al alcance de todos los estómagos y de todas las fortunas, hasta el punto de haberse inventado el *chocolate de las familias*; brebaje que debe tener tanto de cacao y de azúcar como de harina de trigo y de almazarron. Si se hubiese obstinado en su antiguo epirismo y en su dominacion absoluta, habria muerto con las gentes de AYER.

Hoy, á Dios gracias, aunque no reina y gobierna. porque el sistsma constitucional no consiente estos poderes ambidiestros, reina á medias con los otros dos poderes: el té y el café.

Su nombre ha pasado á la posteridad con los de esos otros dos colegas, y algo es algo.

CUADRO DIEZ Y OCHO.

Levantaos, muertos, y venid á juicio.

Cuando la humanidad era menor de edad se divertia con cualquier cosa.

Un juego de prendas, las sentencias de estas, un rato de gallina ciega, las cuatro esquinas, el sopla-vivo y otras diversiones menos vivas y menos sopladas que estas, eran los pasatiempos honestos de aquellos bienaventurados mortales, cuya mayor edad, ó llegaba tarde, ó no llegaba nunca. Ahora no se ha perdido la honestidad y el tiempo se pasa honestamente tambien; porque lo único que ha variado es la moda, y esta apenas tiene influencia sobre las costumbres.

Dos ó tres pulgadas mas de escote en los vestidos, un metro de ensanche en los miriñaques, la polka íntima, y cualquiera otra intimi-

dad de las que HOY se usan, no altera en nada, esencialmente hablando, las costumbres de AYER. El pecho no es mas noble ni mas sensible, porque el jubon le cubra mas ó menos, ni la libertad y la holgura del miriñaque supone que las piernas hayan de andar en malos pasos. Dánse estos, por el contrario, muy menuditos, y aunque es verdad que se ha inventado la polka íntima, este baile es tan sentado y tan casi dormido, que mas bien que despertar los sentidos de nadie, una pareja polkando parece que arrulla y mece á un recien nacido.

De manera, lector, que los pasatiempos de ogaño son tan honestos como los de antaño, y no tengo inconveniente alguno, en que vengas á cualquiera de esas diversiones, que cuando no habia palabra que les sirviera en el Diccionario de la Lengua, las llamaban *saraos* y ahora que la teniamos hecha, las conocemos con el nombre de *soires*.

Precisamente me acaban de convidar á una que promete ser de las mas animadas y divertidas, y aunque no tengo confianza para llevarte desde luego conmigo, porque ya se acabó aquello de que un convidado convidaba á ciento, puedo anunciar tu nombre, para que seas invitado; con lo cual tendrás, por derecho propio y aunque advenedizo, las mismas prerogativas que yo que he pedido que te convidaran.

Tu esquela de convite será impresa y dirá lo mismo que la mia.

«Los señores duques de Nicaragua, tienen el »honor de anunciar á vd. que reciben el lunes, y que »aunque en esta soire se hará música, como de cos»tumbre, habrá sesion magnética y evocacion de es»píritus.—On danserá.»

No me preguntes quienes son los duques de Nicaragua, porque no sabré decirte otra cosa sino que ninguno de sus infinitos amigos los conoce, aunque todos convienen en que su casa es la de mas lujo de la córte, que son muy expléndidos, que sus fiestas son muy brillantes y que *hacen los honores* de su casa como nadie. Así lo confirman los periódicos al anunciar que *abren sus salones* á sus numerosos amigos, y que allí se reunirá la sociedad mas escogida de la córte; con que ya que has sido de los llamados, ven á ser de los escogidos.

No vayas demasiado temprano, ó para hablar con mas propiedad demasiado tarde, por que si lo haces una hora despues de la que te han citado, ya es en la madrugada del martes, la fiesta del lunes. Esto no importa nada; así puedes asistir al teatro y al café, y un rato al casino ó á alguna tertulia de confianza, que hoy las hay, aunque no en las casas como antes, sino en los palcos del coliseo.

Precisamente al entrar en la casa están circu-

lando helados y dulces. Tomamos de ambas cosas con ambas manos, y luego nos dirigimos á estrechar la de la señora de la casa, que nos *hace los honores* de ella con una profunda cortesía, y diciendo á los criados que nos aproximen de nuevo las bandejas.

Volvemos á tomar y volvemos á hacer otra cortesía, y si la duquesa se digna dirigirnos la palabra (con aire de distraccion porque ella tiene su pensamiento en las bandejas y en que refresquen todos los convidados) entablamos el siguiente brevísimo diálogo:

—¿Cómo tan tarde?

—Hemos ido al Teatro Real.

—¿Y *es por eso que* vds. no han venido? Yo tambien *fuí en el* primer acto; pero *me seca* la música de Bellini, y luego la prima donna que ha *debutado* es tan desafinada, que me da horror. Aquí han estado *haciendo música* hasta este momento, y *han sido* todos muy bien.

—Sentimos mucho no *haber sido* aquí desde el principio... y

—*Pardon,* nos dice la duquesa, viendo que los criados pasan por delante de un caballero sin que éste tome un helado.

Y ya no la volvemos á ver ni á hablar hasta las cinco de la madrugada, en que terminará la soire, y daremos otro apreton de manos, otra cabezada y otra cortesía.

Antes de que esto suceda, suceden otras muchas cosas que son la parte principal de este cuadro; el cual ya habrá comprendido el lector que está destinado á copiar con el mayor lucimiento posible, la lucidez del siglo, sus milagros magnéticos, y sus prodijios sonámbulos.

Hemos averiguado que la naturaleza no ha dicho aun su última palabra, y hasta que la diga no hemos de dejar de arrancarla secretos.

El del magnetismo es gordo, el del sonambulismo es mucho más, el de la lucidez magnética no se diga, y en cuanto á la evocacion de los espíritus no es ya una revelacion de la naturaleza, sino habérsenos entregado ella misma.

¡Pues ahí es una friolera lo que puede hacer el hombre ahora que es dueño de evocar todos los espíritus que moran en la eternidad desde los mas remotos siglos! ¡Qué falta nos hace ya la Historia Sagrada ni la profana, ni noticia alguna de lo que ha pasado en el mundo desde que él mismo salió del caos! ¡Por qué ha de afligirnos el no saber donde moran los restos de tal ó cual hombre grande! ¡Hay mas que evocar el espíritu de cualquiera de sus enterradores y él nos lo dirá de coro!

Acabáronse ya las disputas históricas y las controversias cronológicas. Que no vengan veinte ó treinta pueblos pretendiendo ser cada uno de ellos la cuna legítima de tal ó cual celebridad

histórica. Evocaremos su espíritu y le preguntaremos el lugar de su nacimiento y si tal obra que se le atribuye fué suya, ó tal otra que le usurpan es suya tambien, y así saldremos de dudas.

Gran cosa ha sido la de quitarle al ángel del Apocalipsi la trompeta del juicio final, y anticipándonos á su pensamiento, decir á los muertos: —Ea, señores, levantarse y venid á juicio.

Cuando pensamos que si *hoy* existiera el tribunal del Santo Oficio, no habria podido descubrirse semejante milagro, nos estremecemos de espanto.

¡Quién hubiera dicho que el siglo, que empezó por demoler los monumentos históricos, habia de acabar por resucitar y entrar en conversacion con los autores de aquellas obras y con los hombres de aquellos tiempos! Bien dice el refran, que donde menos se piensa salta la liebre, y que debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

Pero tú y yo, lector, no decimos nada; asistimos en silencio á la soire magnética y sonámbula; y aunque la despreocupacion y la incredulidad con que nos hemos amamantado, nos daria derecho á reirnos de todo, queremos por el contrario pecar de preocupados y de crédulos, antes que pasar por supersticiosos y fanáticos.

Vedla, ahí está, ¡qué hermosa es la jóven que han sentado en medio de la sala, cubiertas de ru-

bor las mejillas, sombreada su frente por la transparente aureola de la inocencia y animados sus ojos por la luz fosfórica de la inteligencia!

Otra silla han colocado en frente de la suya, y el hombre que la ocupa es hermoso tambien; pero su belleza es enteramente opuesta á la de la jóven. No busqueis rubor en sus mejillas, ni carmin en su frente, ni pureza en sus miradas, ni candidez en su figura. Su rostro no tiene la palidez cadavérica, sino la blancura transparente del mármol; el brillo de sus ojos desvanece todas las miradas; su ancha frente, su larga cabellera negra y su luenga barba negra tambien, le dan un aspecto siniestro, pero hermoso.

La de la jóven es completamente angelical.

Sin embargo, esa mujer y ese hombre viven estrechamente unidos, y parece que han nacido el uno para el otro. El es un gran magnetizador que se encuentra de paso en la córte, y ella la jóven que le sirve para todos sus experimentos, para sus grandes prodijios, para lo que habria llamado falsos milagros la sociedad de AYER. A él y á ella los habria quemado el Santo Oficio, y la duquesa de Nicaragua no habria podido llevarlos á su casa para que diesen una soire de magnetismo, de sonambulismo, de doble vista y de evocacion de espíritus. Soiré de brujas completa.

Un silencio profundo reina en el salon, y todas las miradas se fijan en las dos personas que ocupan el centro. La jóven ha colocado sus manos sobre las rodillas, y allí ha puesto sus pulgares en contacto con los del magnetizador que la mira fijamente, hasta que no pudiendo ella resistir su mirada, cierra los ojos, deja caer la cabeza sobre el pecho, abandona los brazos y vá perdiendo el color del semblante, como si estuviera sufriendo un terrible accidente ó hubiera dejado de existir.

El magnetizador se levanta; pone las manos sobre la cabeza de la jóven por espacio de algunos segundos; hace igual operacion, siempre á distancia respetuosa, en otras partes del cuerpo, y volviéndose á los señores de la casa, les dice:

—La jóven *no está ya más* sensible; pueden ustedes pincharla y clavarla alfileres en todo su cuerpo como si ella *estuviera* un acerico, que no despertará ni sentirá mas nada.

Y antes de que los circunstantes vuelvan de su asombro, el mismo magnetizador saca un largo alfiler y le clava despiadadamente en varias partes del cuerpo de la jóven, sin que ésta se extremezca ni dé la menor señal de sensibilidad. Y á medida que los presentes van llenándose de terror, él vá ejecutando diferentes maniobras, y vuelve á hacer nuevos pases magnéticos, preguntando que parte del cuerpo quieren que

sea la mas dormida, y por último, si desean que declare el sonambulismo, y que sentido quieren que deje despierto, ó si prefieren que lo estén todos; ó si les parece mejor que desarrolle el *sexto*, descubierto por los magnetizadores y que consiste en un refinamiento extraordinario de las facultades intelectuales, superior á todo lo conocido hasta el dia por entendimiento humano.

Una sola voz se oye en la sala y esta es para pedir el sexto sentido, el cual no se hace esperar mucho tiempo, porque el magnetizador despues de unos cuantos pases, dice que ya está todo hecho, y que la jóven se halla en completo sonambulismo.

Advierte á los circunstantes que tiene esa noche mayor grado de *lucidez* que nunca y que pueden preguntarla, *por su conducto*, cuanto quieran, porque está en rèlacion magnética con todos los seres divinos y humanos, con las generaciones pasadas y las venideras, y que tiene delante de su vista todos los rincones del mundo.

Crece con estas explicaciones el asombro en la reunion, y aumenta el terror y el espanto de tal suerte, que la mayor parte creen sentir lo que al parecer no siente la sonámbula y les parece que se les seca la garganta, y que vén chispas en la atmósfera y aun se les representa todo ese mundo de imágenes y de visiones que finge el miedo.

El magnetizador, por el contrario, cada vez mas pálido, pero arrojando cada vez mas fuego por los ojos, hasta hacer creer á alguna persona que amortigua con el brillo de su mirada las luces del salon, se vá apartando lentamente de la jóven y desde lejos, con voz lúgubre, pero solemne, le dice:

—¿Puedes hablar?

—Si, contesta con acento sibilítico la jóven; puedo hablar, pero no me preguntes mucho porque quiero dormir.

—Tú no puedes querer nada más que lo que yo quiera. ¿Olvidas que eres mi esclava? dice el magnetizador con voz de trueno, que horroriza á los circunstantes.

—Lo sé, exclama la jóven suspirando. Pregunta lo que quieras.

—¿Dónde estás?

—En Nicaragua.

—En casa de los duques de Nicaragua, querrás decir.

—No, en Nicaragua, en medio de las grandes posesiones que tienen allí los duques.

La mayor parte de los circunstantes fijan la mirada en los duques, al oir que el ducado existe y que hay en él grandes posesiones, cosas ambas de que empezaban á dudar.

—¿No ves nada mas?

—Veo todo lo que quiero.

—Aquí hay una señorita, dice el magnetizador, que desea saber donde está su madre, ¿la conoces?

—Si.

—¿La ves?

—La veo.

—¿Dónde está?

—En el otro mundo.

—Eso ya lo sabe su hija; ¿pero está sufriendo ó gozando?

La jóven sonámbula, guarda silencio y el magnetizador vuelve á repetir la pregunta aunque inútilmente, hasta que por fin dice:

—Veo que no puedes ó no quieres decirlo.

—Su misma madre se lo dirá y aun le estrechará la mano ahora mismo, si ella mete la suya debajo del *trípode* en que estoy sentada.

La jóven aludida, que habia empezado á palidecer desde que oyó hablar de su madre, quiere hacer la prueba que la ofrecen, pero cae desmayada al acercarse á la sonámbula, y este accidente pone fin á la sesion magnética.

Mientras los unos corren á socorrerla, los otros huyen horrorizados del magnetizador, que permanece inmóvil con una sonrisa satánica al lado de su compañera, la cual no pestañea siquiera.

La duquesa se le acerca con toda familiaridad y estrechándole la mano le felicita por el buen

resultado de sus experimentos y le dice que despierte á la sonámbula y que traerá el ***velador parlante***, para evocar un rato los espíritus.

El magnetizador vuelve á imponer silencio para recoger el fluido que habia depositado en la jóven; vuelve á imponer sobre ella las manos y á dar ***pases inversos***, hasta que poco á poco, se oyen tres profundos suspiros y otros tantos chasquidos de huesos, y abre por fin los ojos, y despierta sin que, como dice el magnetizadore ***tenga conciencia*** de lo que ha dicho ni de lo qu, por ella ha pasado.

El velador parlante, que no es ni mas ni menos que un mueble de pino toscamente labrado, pero tan hablador y tan sabiondo, que eriza los cabellos el oirle hablar y el escuchar su profunda sabiduría, viene á ocupar el lugar de la sibila; mientras ésta que dice sentir la cabeza muy pesada, hace una cortesía y sale del salon, dando gracias á los duques porque han mandado que pongan el coche para llevarla á su casa.

El magnetizador queda á solas con el mueble, cuyas tres patas tienen cada una su número; y con esto y una clave escrita sobre un papel y en la que constan las letras del alfabeto que corresponden á cada de las patas, impone á los circunstantes del sistema que hay que seguir para averiguar lo que dice el velador por el número de golpes que dé cada pata.

Tres ó cuatro personas rodean el mueble, imponiendo sus manos en el borde y tocando los índices y los pulgares, y el magnetizador les dice que se concentren en sí mismos, que si alguno siente vértigos que se retire, y que guarden sobre todo el mas profundo silencio.

Obedecen puntualmente todos y aun algunos hacen mas de lo que les mandan, porque tiemblan y mueven el velador antes de tiempo.

El magnetizador se llega pausadamente, aumentando con su presencia el temblor de los que rodean el mueble, y dirigiéndose á éste, con toda la gravedad senatorial con que podria hacerlo á una persona, le dice:

—Si tienes algun espíritu presente haz la señal.

El velador obedece y da un golpe.

—¿Quién eres?

El velador dá varios golpes con distintas patas y el magnetizador pregunta:

—¿Qué haces en ese mundo en que vives y que piensas de nosotros?

Y á cada pregunta que le dirige, el velador contesta con un lenguaje simbólico que vá traduciendo en un papel con la clave á la vista, cualquiera de los circunstantes, á quienes el magnetizador dicta el número de golpes y las patas que los han dado.

Y así se revela á los circunstantes, de quien

es el espíritu que ha descendido sobre el velador, lo que hace en el otro mundo, lo que piensa de los que están en este y cuantas cosas quieren averiguar los circunstantes; á los cuales tambien les está permitido pedir que venga tal ó cual espíritu, sin que nunca se hagan rogar mucho tiempo, sino que vienen y charlan tanto que mal año para los sueños del Dante y de Quevedo y de cuantos poetas soñadores ha habido en el mundo.

Y de tal manera se ha familiarizado la sociedad presente con la venida al mundo de los espíritus, que á nadie le quita el sueño, ni siquiera el apetito, el haber conversado y echado un párrafo mano á mano con Julio César ó con Neron, ó con el Bobo de Coria, ó con Bernardo el de la espada que ni cortaba ni pinchaba; y ahora mismo ves, lector, en casa de los duques, qúe recogen el velador, y lo llevan á un rincon de la casa, donde tal vez los lacayos le conviertan de trípode sibilítico, en taburete de juego.

Y vuelven á circular las bandejas de helados y de dulces; y se *abre el buffet*, que es como si dijéramos y decimos, que abierto el apetito, puerta que nunca llevan cerrada los convidados, se abre el comedor y se presentan unas mesas y unos veladores no parlantes, pero que son capaces de hacer hablar en ruso y en scandinavo, á los que beben los variados vinos y comen los excelentes

manjares que allí se presentan. Y el erudito, que acaba de estar de palique con Ciceron, se agarra á brazo partido con medio pavo trufado, ó medio jamon cocido, y conjura los espíritus que poco antes ha evocado, con una botella del Rhin y otra de Champagne y de ahí en adelante lo que venga. Y si no viene por bien vendrá por fuerza, que cuando un *buffet* se abre, se abren y se rompen todas las etiquetas y todas las consideraciones sociales.

¡No sino andarse con repulgos y con ceremonias, dejando pasar delante á las señoras ó entreteniéndose á servirlas y ya verán como se quedan sin probar bocado!

Entre trozo de jamon y trago de vino, todo comido y bebido de pie para que el estómago pueda ser elástico, se recuerdan los diálogos de los espíritus, y aun se discute formalmente sobre lo que han dicho, rectificando la historia si está en contradiccion con algunos de ellos.

Y cuando acaban de cenar, ó mejor dicho, cuando se acaba la cena, empieza el baile, porque los billetes de convite decian *on danserá*, y las niñas, que acaban de tener en el trípode una conversacion con su bisabuela, no quieren dejar de *echar una polka*, con el que está en camino de ser biznieto político de aquella señora.

Ya ves, lector, con que poca cosa se divierte

la humanidad en 1850, y cuan modestamente practica sus grandes descubrimientos.

¡Cuánto no habrian alborotado los hombres de antaño, si alguien se hubiese atrevido á creer en el magnetismo, en el sonambulismo y en las revelaciones de los ***estáticos***, de los ***videntes***, de los ***lúcidos*** y de los ***medium***! Sobre todo de estos últimos, que tienen la propiedad de coger una pluma, y sin que jamás se les canse el brazo, y con la cabeza vuelta, escriben obras de ciencia que nunca han visto, y en idiomas que nadie les ha enseñado!

¡Que autos de fé tan exquisitos habria hecho aquel tribunal, que andaba siempre con el ascua en una mano para quemar las lenguas que habian hablado, y la mordaza en la otra para imponer silencio á los que iban á hablar! Los calabozos del Santo Oficio habrian sido unas grandes prenderías llenas de mesas giratorias, de veladores parlantes, de trípodes sonámbulos, y de objetos videntes.

Ahora, por el contrario, gracias sean dadas á la ilustracion que nos distingue, podemos hacer eso y mucho mas sin que nos tengan por supersticiosos ni por fanáticos, ni menos por herejes.

Ya has visto, lector, como es verdad el ***sonambulismo lúcido y vidente, y la evocacion de los espíritus***, pues lo mismo que tú lo has visto, lo han

visto los demás. El que quiere lo cree y el que no, lo duda ó lo niega; pero cada uno tiene el derecho de hacer lo que le dé la gana. Aqui no se hace fuerza á nadie para una cosa ni para otra.

Los que no tienen criterio propio, van en estos tiempos de las mayorías, tras del criterio general; estas son cuestiones de moda. Cuando se descubrió que todos los objetos animados é inanimados giraban, no se podia entrar en un café sin que las mesas, las sillas, los platos y los vasos, estuviesen andando á impulsos de los que querian hacerlos girar; los tenderos abandonaban sus quehaceres por ver si giraban los efectos de su tienda; y en los paseos, y en las calles, se veian grupos de gente pidiendo al que estaba enmedio, que no tuviese voluntad, que se *hiciese el mueble* á ver si le hacian girar. Pues bien, ¿qué resultó de aquella manía giratoria? Que sin quemar á nadie, todos se han convencido de que no giran, y se están quietos viendo girar el sol que es el que les mide el tiempo. Lo mismo sucede ahora con los espíritus. No hay nadie que no los vea y no los hable, y á nadie se le quema por eso, y los espíritus acabarán por irse y no volver.

Mientras tanto algunas gentes morirán del susto, ó irán á una casa de locos; pero lo mismo se podian morir ó perder el juicio sin eso.

¿Qué culpa tienen los sonámbulos, ni los videntes, ni los estáticos?

Eso seria llevar las cosas demasiado lejos, y tratar á esta sociedad, tan desarrollada y tan crecida, como á la de antaño que era menor de edad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

CATALOGO

de los cuadros comprendidos en esta segunda sala del Museo de AYER, HOY Y MAÑANA.



